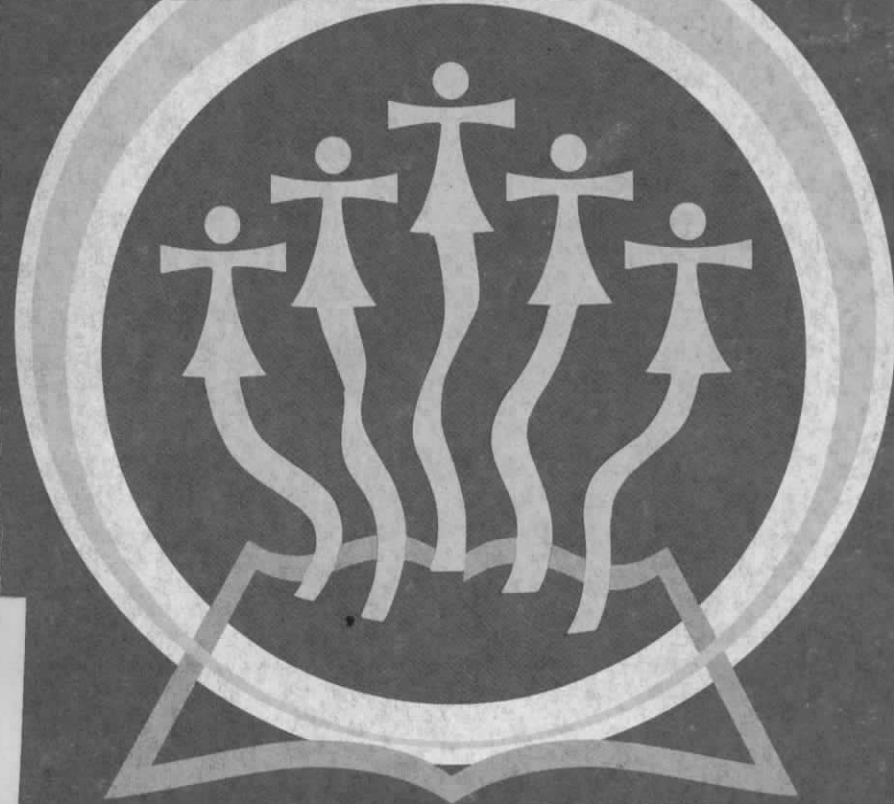


LA IMAGEN DEL
MINISTERIO
EN
EL NUEVO
TESTAMENTO



POR W. T. PURKISER

**La Imagen del Ministerio en el
Nuevo Testamento**

por
W. T. Purkiser

**Casa Nazarena de Publicaciones • P. O. Box 527
Kansas City, Missouri, 64141, E. U. A.**

Esta obra apareció en inglés con el título *The New Testament Image of the Ministry*. Fue traducida al castellano por Eunice Bryant bajo los auspicios de la Junta Internacional de Publicaciones.

Es propiedad. Reservados los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin la debida autorización de los editores.

COPYRIGHT 1969
BY BEACON HILL PRESS

IMPRESO EN E. U. A. — PRINTED IN U. S. A.
9/79

Introducción

El doctor W. T. Purkiser ha hecho un servicio de mucho valor mediante esta serie de capítulos novedosos y penetrantes sobre el ministerio, a la luz de la tendencia moderna a menospreciar su importancia histórica. Hay dos elementos característicos de nuestro tiempo: una búsqueda del significado de la vida, y el descubrimiento o fabricación de una "imagen", hasta para el hombre que ocupa el púlpito. Después de varios intentos de robarle importancia a la tarea del predicador, nos llena de estímulo encontrar un libro que nos recuerda los aspectos esenciales de la tarea que Dios nos ha encomendado.

El impacto de esta obra no yace en la exhortación sino en una exposición cuidadosa. La imagen bíblica en estricto apego a los hechos, y haciendo a un lado la imaginación, es pintada, paso a paso, mediante una serie de estudios, que examinan las referencias al hombre de Dios como el siervo de Dios en ambos Testamentos. Luego, el autor hace un estudio exegético adicional de los pasajes del Nuevo Testamento que tratan con el ministro como estudiante, predicador, pastor y supervisor. La consideración de las voces en el idioma original arroja nueva luz sobre el significado y la intención con que se usaron dichos términos. He aquí un estudio de palabras que deja muchas recompensas, y que ilumina el camino para el predicador que lea este libro, y que por ende sacará mucho provecho de ello.

Al describir una imagen general del ministerio, este libro no cae ni en extremos sentimentales ni de exageración alguna, sino que deliberadamente permite que el texto bíblico hable por sí mismo. En este contexto resulta muy fructífero el método de abordar de nuevo las palabras usadas

para describir al predicador y su tarea. Poco a poco se va desarrollando una vista clara de la imagen que Dios ha revelado del ministerio. Este libro debería ser un piquete fresco a la conciencia letárgica de todos aquellos que hayan perdido sus ideales que tuvieron antes, y debería también moldear al estudiante en una dirección positiva de trabajo y testimonio.

El hecho de que el autor de este libro procede de una de las denominaciones evangélicas más jóvenes es una señal de que Dios está obrando en nuestros días para levantar voces y testigos de su causa que interpreten de nuevo la esperanza eterna a través del predicador. Esta contribución ocupa ahora su lugar en la rica sucesión de intérpretes del pasado al trazar para nosotros la norma divina para el ministerio.

—RALPH G. TURNBULL

Prefacio

Este libro es un resultado del deseo que el autor tuvo de hacer un examen personal de las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre el ministerio cristiano. Si bien hemos consultado a muchos escritores modernos, lo hemos hecho para ilustrar la aplicación moderna que ellos están dándole a los pasajes bíblicos pertinentes. Casi no es necesario decir que los únicos autores con quienes el autor está en completo acuerdo son los escritores de los libros de la Biblia.

El único deseo del autor es que la circulación más amplia de este material, que fue ofrecido primero en retiros pastorales de varias clases, ayude ahora a profundizar y enriquecer nuestra comprensión de la dignidad y el desafío del ministerio en nuestro día.

—W. T. PURKISER

Reconocimientos

Reconocemos con muchísima gratitud a las siguientes casas publicadoras y personas por el permiso de citar sus obras con derechos reservados:

The Abingdon Press: Thomas J. Mullen, *The Renewal of the Ministry*.

Charles T. Branford Co.: Th. C. Vriezen, *An Outline of Old Testament Theology*.

Channel Press: Paul R. Clifford, *The Pastoral Calling*; and Wayne C. Oates, ed., *The Minister's Own Mental Health*.

The Christian: Charles F. Kemp, "On the Work of a Pastor."

Fortress Press: H. Grady Davis, *Design for Preaching*.

Harper and Row: Gene Bartlett, *The Audacity of Preaching*; D. Elton Trueblood, *The Incendiary Fellowship*; and Kyle M. Yates, *Preaching from the Prophets*.

Light and Life Press: J. Paul Taylor, *Holiness, the Finished Foundation*.

The Macmillan Co.: D. R. Davies, *On to Orthodoxy*.

Oxford University Press: Leslie J. Tizard, *Preaching: The Art of Communication*.

The Westminster Press: William Barclay, *Fishers of Men*; Walther Eichrodt, *Theology of the Old Testament*, Vol. I; and Wayne C. Oates, *Protestant Pastoral Counseling*.

Reconocimientos

El autor desea expresar sus agradecimientos a los señores...

Contenido

1. El Concepto Cambiante	13
2. Un Bosquejo de la Imagen Bíblica	31
3. El Ministro como Estudiante	53
4. El Ministro como Predicador	73
5. El Ministro como Pastor	99
6. El Ministro como Supervisor	115
Referencias	137
Bibliografía	146

CAPÍTULO 1

El concepto cambiante

Uno de los rasgos más notables de la sociedad moderna es su concepto del ministerio del evangelio, una estimación que va cambiando rápidamente. En ningún otro período desde la Reforma se ha modificado tan drásticamente la valoración popular de la obra del ministerio, como se ha hecho durante el último medio siglo.

En un tiempo no tan lejano, el pastor* era uno de los hombres más preparados de la comunidad. Era respetado como uno de los líderes con más impacto sobre la opinión pública. Se buscaba su consejo en asuntos del bienestar de la comunidad. Aunque su remuneración no era excesiva, se comparaba favorablemente con los salarios de otros profesionales, al tomar en cuenta la provisión de la casa pastoral. Era, en fin, considerado como representante de una de las profesiones más altamente respetadas.

Pero tal época, en su mayoría, ya no existe.

I

Son muchas y variadas las señales de la escena cam-

*Los conceptos de este párrafo se aplican primordialmente a la posición del pastor en las sociedades protestantes, que casi equivale a decir, anglo-sajonas. También de esa cultura se han sacado las referencias literarias. —N. del T.

biente. Uno de los aspectos más significativos es la descripción del ministro en la literatura. El examen hecho por Horton Davies en *A Mirror of the Ministry in Modern Novels*¹ (Un espejo del ministerio en las novelas modernas) revela una preponderancia de valoración adversa, particularmente del ministro evangélico. En esta categoría se incluirían: la selección hecha por Nataniel Hawthorne del señor reverendo Dimmesdale, a quien se describe como víctima de una disolución lenta por su propia hipocresía y cobardía en *The Scarlet Letter*; Elmer Gantry el hipócrita socarrón de la novela amarga de Sinclair Lewis del mismo nombre (*Elmer Gantry*); y las caricaturas del misionero y del ministro por W. Somerset Maugham en *Rain* y *Of Human Bondage*.

En esta misma categoría general se encuentra el cinismo de *Hawaii* por James Michener. De acuerdo al redactor de "Time", la versión cinematográfica de *Hawaii* es el retrato de

cómo los misioneros que temían a Dios pero odiaban la vida destruyeron las almas afectuosas y modernas que habían deseado salvar. El héroe es un pastor de Nueva Inglaterra con la cara parecida a la ciruela, quien se identifica invenciblemente con la deidad. Categóricamente incapaz de comprender que los isleños son más cristianos que los cristianos, este imperialista religioso destruye su dios de amor con una justicia despiadada y levanta en su lugar a un dios de ira. Con su religión en ruinas, los habitantes de Hawaii quedan expuestos a todas las bendiciones de la civilización: El whisky*, la sífilis y la explotación económica. Al terminar la película la población aborigen en sólo 50 años se ha menguado desde 400.000 hasta 150.000 almas, y el pastor por fuerza tiene que asumir la carga de culpa del caucásico.²

Para ser justos con el señor Michener, probablemente se deba decir que el retrato de los naturales de Hawaii como "más cristianos que los cristianos", es o un toque de Hollywood, o el concepto erróneo del redactor de "Time". Tal idea no está tan evidente en el libro, aunque en verdad

*Bebida alcohólica.

se presenta a los misioneros de la peor manera posible. Aun ahora uno no está en las islas por mucho tiempo antes de darse cuenta del juicio popular: "Llegaron los misioneros para hacer el bien, e hicieron muy bien", con lo que se hace alusión no muy sutil a las grandes propiedades que han acumulado algunos descendientes de misioneros.

No se niega que aun la crítica antipática puede "desempeñar el papel socrático del tábano".³ Lo que nos importa aquí es la evidencia de la literatura de que el concepto del ministerio en nuestro día, sin exagerar, se ha manchado.

II

La prestigiosa revista "Christianity Today" publicó recientemente el informe de una encuesta científica conducida por Lou Harris y Asociados que pretende mostrar que "los clérigos* ocupan un puesto bajo en la estima y confianza públicas pues se les clasifica más bajo que a los médicos, los banqueros, los hombres de ciencia, los líderes militares, los educadores, los directores de corporaciones, los siquiátras y aun los vendedores locales. Su valuación de 45 por ciento, en contraste con el 74 por ciento para los médicos, 66 por ciento para los científicos, 62 por ciento para los educadores, y 57 por ciento para los siquiátras, de acuerdo al informe en 'Newsweek', nos sugiere algo perturbador acerca de la fuente que los americanos están escogiendo para resolver los problemas humanos. El clérigo apenas alcanzó 1 por ciento más que los miembros del Congreso y que los directores del gobierno federal".⁴

Esta última comparación podría servir para hacernos recordar los pecadillos del reverendo Adam Clayton Powell, hijo, un clérigo cuya ordenación se reconoce por la Convención Americana Bautista, y cuyas exhortaciones de carácter frívolo ciertamente no han traído ni dignidad ni honor al ministerio.

*En Estados Unidos.

Un despacho de la Prensa Unida Internacional de Nueva York fechado el 25 de mayo, 1967, lleva un artículo por Delos Smith que tiene que ver con las estadísticas del primer estudio científico en mayor escala sobre los conceptos públicos de la salud mental. Smith informa: "De acuerdo a un estudio hecho en 1955, el 52 por ciento de las personas entrevistadas dijeron que buscarían primero a un clérigo si ellos mismos tuvieran un problema mental o emocional, y el 18 por ciento dijeron que consultarían a un siquiatra. El estudio reciente (1967) reveló que el 51 por ciento de los neoyorquinos escogerían a un siquiatra y sólo el 4 por ciento escogerían a un clérigo."⁵

En su libro intitulado *The Renewal of the Ministry* Tomás J. Mullen escribe: "Uno de los hechos duros con el que los ministros de todas las denominaciones tienen que confrontarse hoy, es que un gran número de personas están sospechosas de los móviles de los predicadores. En nuestro día hay una actitud creciente de anti-clericalismo en América del Norte, y no todos los que comparten de ella son jóvenes airados ni ancianos enojados . . . Quizás haya existido un tiempo cuando el pastor típico fue un símbolo de la dedicación profunda, de la abnegación, y de la humildad diligente. Sin embargo, aquella imagen es sostenida hoy por menos personas que en el pasado."⁶

El señor Mullen hace esta otra observación: "La imagen del médico o del abogado o del profesor o del químico de investigación es definida y clara. La imagen de un pastor protestante entre lunes y sábado es indistinta y confusa . . . En vez de ser una voz que clama en el desierto, el ministerio protestante se ha demostrado como un cuchicheo perdido en el viento."⁷

Un resultado que puede medirse en términos estadísticos de estas actitudes tan ampliamente difundidas está manifestándose: es el número declinante de candidatos para el ministerio que se presentan a sus denominaciones.

Elton Trueblood anota:

No hay escape de la conclusión de que el ministerio profesional ya no es tan atractivo como antes, y que es difícil atraer a los hombres más capacitados. No hay ninguna oportunidad verdadera de realizar la renovación de la iglesia si no se resuelve este problema . . . Más y más el problema tiene que ver con la imagen. Los ministros profesionales, especialmente los que sean personas de integridad sobresaliente, y muchos de ellos son de esta clase, sencillamente no pueden aceptar el molde en el que se espera que quepan . . .

Puesto que el reclutamiento de los líderes más fuertes es absolutamente necesario para que la iglesia haga impacto en el mundo contemporáneo, es urgente producir una imagen del liderato religioso tal que logre conseguir el interés de tales hombres. Si no se cambia la imagen de lo que se espera del ministerio, tendremos que esperar más declinación y aun decadencia.⁸

Martin Marty, eminente pensador y teólogo contemporáneo, informó los resultados de entrevistas con presidentes y decanos académicos de un número de seminarios eminentes, tocante a la falta de suficientes candidatos ministeriales. Al hablar con estos hombres, descubrió que la base del problema entero es el hecho que "la imagen del ministerio está oscurecida, difusa, sin drama y sin propósito. Ante los ojos de la generación futura la tarea del ministro no se define bien. Los universitarios . . . tienen la tendencia de pensar del ministro como un institucional competidor que arrebatara cualquier atención que pueda en su comunidad, que se ocupa de las necesidades del presupuesto, que presenta una cara falsa al mundo y a otras iglesias, y que sirve al elemento más tradicional, defensivo y estéril de la comunidad".⁹

III

Lo que podría llamarse la imagen externa del ministerio, con la cual hemos estado tratando en gran parte, probablemente sea menos significativa que la confusión que existe

en la iglesia en cuanto al papel del ministro en el mundo de hoy.

El obispo Gerald Kennedy suele hablar de la anciana escocesa que se refirió a un joven a quien ella conocía, como una persona que evidentemente serviría para el ministerio porque era "un muchachito muy inofensivo".¹⁰ Y el obispo Goodwin Hudson describió a algunos predicadores como "hombres mansos parados ante una congregación mansa, pidiéndoles que lleguen a ser más mansos",¹¹ y otro habló de los "mansos líderes de los mansos".

Cínicamente se dice de los predicadores que están tan ocupados buscando la moneda perdida, que no están buscando a la oveja perdida.¹² El finado A. W. Tozer se refirió a "la imagen popular del hombre de Dios como una mascota sonriente, simpática, asexual y religiosa cuya mano se extiende siempre en un saludo amable, y cuya cabeza se mueve con un perpetuo sí de conformidad universal". El doctor Tozer comentó con emoción: "Esta no es la imagen encontrada en las Escrituras de verdad."¹³

Cuando la nota viril profética se pierde de la predicación; cuando, de acuerdo al obispo Kennedy, "el sermón nunca va más allá que las moralejas necias de un periodista religioso"; cuando el ministro llega a ser mecánico que juega constantemente con la maquinaria eclesiástica, entonces "la congregación llega a ser un compañerismo de mediocridad cuya comprensión y cuyos conceptos religiosos permanecen en el nivel del kindergarten".¹⁴

IV

En parte, la imagen deteriorada del ministerio, tanto fuera de la iglesia como entre sus laicos, podría ser el resultado del hecho que los ministros mismos a menudo revelan una falta profunda de comprensión en cuanto a su llamamiento. Lo borroso de la imagen refleja la búsqueda personal del ministro por una identidad en la sociedad moderna.

Mullen hace esta observación: "Lo inadecuado de la imagen de sí mismos que muchos ministros tienen ha sido un factor contribuyente a la deformación de la imagen que la sociedad tiene del ministerio. Cada hombre o mujer que entra al ministerio tiene que saber quién es él, cuáles son sus motivos, lo que en realidad piensa de los demás hombres, y cuáles son sus tentaciones especiales."¹⁵

La declaración de James W. Burns, hecha cuando era presidente de la convención internacional de los Discípulos de Cristo, sugiere la razón por la que algunos abandonaron el ministerio activo. Dice el señor Burns: "He tenido correspondencia amplia con todos esos pastores nuestros que han dejado el ministerio desde el primero de enero de 1962. Unos pocos dejaron el ministerio porque decayó su salud, pero la mayoría de ellos lo hicieron porque su amor a Dios no era suficientemente fuerte para motivarlos a proseguir el trabajo arduo del ministerio. Las cartas revelan la historia de un afecto para con Dios que es inadecuado y sin disciplina."¹⁶ Estos son la clase de hombres a quienes el obispo Scanlon de la Iglesia Evangélica Congregacional se dirigió, usando un texto de Pablo: "Portaos varonilmente." Lo invirtió: "¡Hombres como ustedes desertan!"

¿Pero no es posible, a lo menos, que una parte del afecto en disminución para Dios sea el resultado de un concepto inadecuado de lo que su llamado incluye? ¿No pudiera ser que el ardor de la vida espiritual tiende a morir cuando se le priva del combustible que emana de una inversión de la vida en algo que claramente vale la pena? Cuando el pastor (de las ovejas) se baja a la posición de un perro de pastor (o aún peor, ¡de un corderito domesticado!), y el pescador llega a ser el guardián de un acuario, el corazón de toda la empresa ministerial se pierde.

La inseguridad que tiene el ministro acerca de su papel es un tema periódico en los escritos actuales acerca de la profesión. En sus conferencias de Lyman Beecher, dadas en

1961 en la Escuela de Divinidad de la Universidad de Yale, Gene Bartlett pregunta: "¿Entonces en qué relación encuentra el predicador su identidad verdadera? ¿Con qué se identifica que le da su distinción en llamamiento y pretensión? Parece que esto es nuestra perplejidad. Carl Sandburg cuenta del camaleón que iba muy bien ajustándose momento por momento a su ambiente hasta que un día tuvo que cruzar una manta escocesa. ¡Se relata que murió en el cruce de los caminos, heroicamente procurando relacionarse con todo a la vez!"¹⁷

Elton Trueblood escribió recientemente: "El problema principal que confronta el ministerio es el de su propia identidad. Le es difícil, en medio de presiones que compiten y que se contradicen entre sí, saber quién es. El problema básico debe ser resuelto antes de que él pueda enunciar correctamente los problemas de menor importancia. ¿Qué es él? ¿Es profeta, maestro, promotor, actor, predicador, consejero, visitador, administrador de negocios, o qué?"¹⁸

Aunque sea de una área muy diferente, el problema del predicador es semejante al de Guillermo Loman, el pequeño vendedor de Brooklyn descrito por Arturo Miller en la patética novela intitulada *La muerte de un vendedor*. Biff, el hijo de Loman, condensó la vida confusa de su padre en cinco palabras tristes: "El nunca supo quién era."¹⁹

El doctor Maxwell Maltz podría tener algo de razón en su libro sobre *Psico-Cibernética* cuando señala que un concepto negativo o defectuoso de sí mismo puede significar un fracaso en los esfuerzos más nobles de la vida. No estoy tan seguro de que el lado positivo de su tesis sea tan válido como el lado negativo. Pero ciertamente el concepto que uno tiene de sí mismo es importante en sus efectos de limitar, aún si no lo es igualmente importante en sus efectos de liberar.²⁰

En muchos casos las diversas demandas del llamado del ministro son reales y no pueden evitarse fácilmente. Con algo de sarcasmo el ministro metodista Pierce Harris escri-

bió: "El predicador moderno tiene que hacer tantas visitas como un médico rural, dar la mano a tantas personas como lo hace el político, preparar tantas relaciones como el abogado, y ver a tantas personas como las ve un especialista. Tiene que ser tan bueno en el papel de ejecutivo como es el rector de una universidad, tan bueno haciendo las veces de un financiero como lo es el presidente de un banco, y en medio de todo, tiene que ser un diplomático tan capaz que podría arbitrar un juego de béisbol entre los conservadores y los liberales."²¹

Algunos de los papeles de competencia y casi contradictorios que el predicador tiene que asumir hoy en día surgen de la reconstrucción de la vida de la iglesia bajo las condiciones de la sociedad moderna. Una ilustración de esto es el cambio notable de la población, de las áreas rurales a los centros urbanos, el crecimiento de los suburbios y los vecindarios del centro, el desarraigo y re-ubicación de un gran número de personas en una masa que está llegando a ser más y más heterogénea. Las estructuras sencillas de la vida parroquial han sido reemplazadas por las complejidades de una sociedad movidiza cuyo "vecindario" no se define tanto en manzanas urbanas como en asociaciones vocacionales o profesionales.

Al grado que los papeles ministeriales nuevos representen métodos nuevos de hacer la tarea vieja, les damos la bienvenida. Pero al grado que representen la introducción de funciones extrañas o incidentales, no pueden ser menos que perjudiciales y peligrosas.

V

Todo esto sólo realza la importancia de nuestro tema. La palabra *imagen* ciertamente podría ser un término trillado, y el interés excesivo en él podría llegar a ser insalubre, como Foy Valentine sugirió al escribir: "Hay . . . una cierta preocupación con nuestra 'imagen' que nos indica que no

estamos tan interesados acerca de quién y de qué somos realmente ante el Dios poderoso como estamos en lo que la gente piense de nosotros."²² Sin embargo, un concepto correcto de la obra del ministerio es aún más necesario, siendo que el concepto popular está tan confundido y tan inadecuado. Son apropiadas las palabras de Abraham Lincoln que a menudo se citan: "Si primero pudiéramos saber quiénes somos, y a dónde estamos dirigiéndonos, podríamos juzgar mejor qué hacer y cómo hacerlo."

El término imagen ha sido definido en un sentido amplio como "un concepto mental . . . simbólico de una actitud y orientación básicas".²³ Podría extenderse sobre todo el terreno desde una metáfora más o menos apta hasta lo que se identifica como el elemento básico de todo conocimiento.²⁴ La imagen funciona como una herramienta para describir y transmitir las impresiones. Provee un modo de percibir una dada realidad, especialmente cuando (la imagen) no esté sujeta a la visibilidad o a la medida objetivas. Sirve para adelantar el conocimiento de sí mismo, la integración, y un sentido de dirección.²⁵

Cuando nos tornamos del tumulto de confusión que caracteriza las valuaciones humanas del ministerio para examinar las páginas del Nuevo Testamento, encontramos diversidad sin discrepancia, y variedad sin incertidumbre. Por cierto que la variedad es grande. De hecho, la pregunta bien podría hacerse si tenemos una imagen, o imágenes, del ministro en la Biblia, en la que se usan muchas metáforas y términos descriptivos. Pero en un sentido muy real las diversas imágenes se unen en un tipo de retrato compuesto. Esto es lo que buscaremos en los capítulos siguientes.

Algo del cimiento ya ha sido puesto en *The Preacher's Portrait* por John R. W. Stott, pero desde una perspectiva diferente. Las palabras preliminares del señor Stott describen nuestra tarea: "Creo que necesitamos ganar hoy en la iglesia una perspectiva más clara del ideal que Dios ha re-

velado para el predicador, lo que es y cómo debe hacer su trabajo . . . Sugiero que éste es el retrato del predicador, un retrato pintado por la mano de Dios mismo en el lienzo del Nuevo Testamento."²⁶

VI

Antes de ir añadiendo algunas de las riquezas de detalle que se encuentran en las Escrituras, sería provechoso describir a grandes rasgos el cuadro que se va formando. Hay ciertas caracterizaciones básicas del ministerio que están en el fondo de todas las imágenes concretas del Nuevo Testamento, y que se expresan en ellas.

Primero, el ministerio es un *llamamiento*. Lo mismo que se dice del sacerdocio del Antiguo Testamento, tiene que decirse del ministro del Nuevo Testamento: "Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón" (Hebreos 5:4). De cualquiera manera que uno lo describa, hay en la conciencia de todo verdadero hombre de Dios el sentido de "¡ay de mí si no anunciare el evangelio!" (1 Corintios 9:16).

Paul R. Clifford lo expresó así en *The Pastoral Calling*:

Antes de que cualquier hombre sea ordenado al ministerio cristiano, o que sea instalado en el pastorado de cualquiera iglesia, es menester que haya tenido una experiencia de compulsión interior, interpretada como el llamamiento de Dios por medio del Espíritu a la obra del ministerio. Ninguna iglesia puede dar este llamado; sólo puede reconocer que uno lo tiene. En breves palabras, un hombre puede tener una autoridad que no se deriva en forma alguna de sus compañeros, sino que viene directamente de Dios. Unida estrechamente con tal compulsión está la compenetración que el ministro tiene de la autoridad del evangelio que se encarga de proclamar. Siendo que es la palabra de Dios, arraigada y fundada en sus hechos poderosos de creación y de redención, no está dentro del control humano. Los hombres pueden dar testimonio a ella; no pueden inventarla o cambiarla. La autoridad del llamamiento propio de un ministro descansa en la autoridad final de Dios y en la autoridad derivada de su palabra en las Escrituras.²⁷

Mucho se ha escrito acerca de la naturaleza del llamamiento al ministerio. Viene en una variedad de maneras, lo

mismo que todos los demás movimientos de Dios. Es un constreñimiento interior, un sentido de que este es mi destino, siempre compulsivo pero por lo general más fuerte con el paso del tiempo. Un poeta lo describe así en la experiencia de Mateo:

*Le oí llamar: "Ven, sígueme",
Eso fue todo;
Mi meta se oscureció,
Mi corazón lo siguió;
Me levanté y lo seguí,
Eso fue todo;
¿Quién no lo seguiría
Si le oyera llamar?²⁸*

Segundo, el ministerio es un pacto. Quizá Gene Bartlett lo expresó mejor que nadie al escribir en su obra *The Audacity of Preaching*:

Dios no requiere lo que no ofrecerá. En resumen, es un pacto: la oferta que Dios hace de Sí mismo tanto como la obediencia que requiere de nosotros. De modo que nunca se suponía que la suficiencia estaría en nosotros solamente, sino sólo en El. El llamamiento al ministerio es el llamado a un pacto. La importancia de esa verdad casi no puede medirse. Pablo la captó en aquellos primeros capítulos de 2 Corintios que tratan del ministerio del nuevo pacto. Ese pacto todavía es la única respuesta para nuestro temor. Esos capítulos de 2 Corintios están llenos de seguridad y esperanza, y el resumen del concepto se encuentra en las palabras conmovedoras del quinto y sexto versículos del tercer capítulo: "Nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto." Esto significa sencillamente que el ministerio, en cualquiera de sus expresiones, es un hecho tremendo de fe — nada menos que esto! Es un acto poderoso de confianza el que nos mete en esta tarea audaz del ministerio, creyendo cuando no podemos demostrarlo, pero aceptando la palabra de Dios como evidencia.

Antes de echarle la culpa indebidamente a la cultura contemporánea por la maceración del ministro, veamos lo que podría significar el dejar de huir de la demanda plena, y volver al fin

y poner nuestra confianza en esta palabra. Entonces tal vez pudiéramos todavía ser "ministros competentes de un nuevo pacto". Quizás entonces no seremos menos activos en nuestro ministerio, pero tendremos la actividad de la seguridad, no la de la ansiedad. Tal vez hasta sigamos haciendo muchas de las mismas cosas que hoy caracterizan el pastorado, pero tendrán significado, asumiendo una nueva naturaleza sacramental. Cuando menos podremos contribuir todo nuestro yo, el hombre total, a la proclamación del evangelio completo.²⁹

Como solía decir el doctor R. T. Williams, el pacto garantiza, "no el éxito, sino la posibilidad del éxito". Es la confianza en las promesas de un Dios que guarda el pacto con su pueblo lo que nos sostiene en los tiempos pasivos, después que hemos arado y sembrado la semilla. Frecuentemente se cita la frase de Adoniram Judson, "el futuro es tan brillante como las promesas de Dios". Lo que no siempre se recuerda es que Judson hizo esta declaración antes de la llegada de cualquier éxito para el evangelio en Burma, y en medio de largos años de labor sin tener ni siquiera un solo convertido como fruto de tal trabajo.

Más que casi cualquier otra cosa, necesitamos ver que aunque nosotros sembremos y reguemos, es Dios quien da el crecimiento. Nosotros no estamos edificando nuestra iglesia. Cristo está edificando su iglesia por medio de nosotros. Tal concepto no nos hará menos activos. Fortificará nuestra actividad con seguridad, en vez de frustrarla con ansiedad. Cristo nos dirige a nosotros las palabras tal como lo hizo a su manada original que El llamó y con quien hizo su pacto: "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino" (Lucas 12:32).

Tercero, el ministerio es un *compromiso*, una decisión. Esto se relaciona con un aspecto esencial del concepto bíblico del pacto. El pacto siempre se origina con Dios. La iniciativa es de El. Pero requiere la decisión, el compromiso, de parte de los que reciben la oferta. Alguien ha contado la historia de un anciano excéntrico que se deleitaba en los

cuentos exagerados de su pasado —como en la ocasión cuando él dijo que había guiado “un enjambre de abejas desde Utah hasta California, sin perder ni una abeja”. Se dice que cuando recibía su cheque de pensión del gobierno, él lo blandía delante de todos los expectadores, y decía: “Vean la firma —es la firma del tesorero de los Estados Unidos. Vean el retrato —es el retrato de Washington. Sin embargo, el cheque no vale ni un solo centavo hasta que yo lo firme.” Por supuesto, él tenía razón.

El llamamiento y el pacto están completos sólo con la decisión, el acto de una persona de someterse a los propósitos de Dios. Para algunos de nosotros, ese sometimiento no se ha hecho sin una lucha. George Adam Smith escribió acerca de Isaías: “Es extraño, sin embargo no es extraño, que los grandes profetas al principio retrocedían al ver su tarea. Una disposición demasiado grande de arrojarse al trabajo tremendo es una señal segura de un alma superficial—de un alma que no ha medido su propia debilidad, la grandeza de su tarea, ni la majestad de su Dios.”³⁰

Cuarto, el ministerio es una *comisión*. Esta es la parte de la iglesia. Siendo que el Espíritu Santo primero habló a la iglesia en Antioquía y dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hechos 13:2), y la iglesia respondió, imponiéndoles las manos y despidiéndolos, se ha reconocido que las credenciales del ministro y del misionero han de venir de la iglesia. La iglesia no puede transmitir el llamamiento. La iglesia tiene que confirmar el llamamiento al reconocer los dones y la gracia ya impartidos. Cualquier nombre que se le dé —licencia, ordenación, comisión, inducción— la iglesia pone su sello sobre los que serán sus ministros.

La próxima vez que usted observe o participe en un servicio de ordenación, note cuidadosamente las palabras que se usan en tal ceremonia: “un ministro del evangelio en la iglesia.” No somos ordenados como ministros *de* la iglesia.

Somos ordenados como ministros del evangelio *en* la iglesia. Sin embargo, somos ministros en la iglesia que, para la mayoría de nosotros, era antes de nosotros, y que será después de nuestra partida.

Esto tiene algunas inferencias vastas para el predicador en relación al contenido de su predicación. Implica que él le está declarando al mundo la fe de la iglesia, no sus propios caprichos ni sus interpretaciones privadas. Nos haría bien escuchar a Peter Forsyth en este punto:

Quando un ministro está en el púlpito de su iglesia no es un hombre independiente (digo en el púlpito de *su* iglesia, no en el púlpito *de* él). No es un mero fraile predicador, un evangelista vagabundo, que ha formado su audiencia en las calles y sendas, vallados y carreteras, como pueda encontrarlos. Entra a una posición de confianza que él no creó. Es licenciado para ella cuando es llamado por la iglesia, que ha sido el custodio de esa posición. En sustancia, cualquier llamado al ministro es una licencia conferida en él, aunque su forma sea una petición o llamado dirigido a él. El ministro se para sobre una plataforma, una institución, que ha sido provista para él, y él le debe un respeto práctico a la iglesia que la provee. El pide la atención de los hombres, no meramente en virtud de su calidad personal, sino en virtud de su encargo y del evangelio, dados a ambos, el ministro y la iglesia, que ambos tienen que servir. No está libre en su púlpito para vender las extravagancias de un individualismo excéntrico, ni las herejías superficiales del novato. No tiene el derecho de pedir que los hombres escuchen con silencio respetuoso a los caprichos de puro ingenio, o a las conjeturas de una inteligencia inculta. Cuando un hombre es encarado con el cuidado pastoral de una iglesia desde su púlpito, él acepta, a la vez que las normas de las Escrituras, las obligaciones, límites y reservas de la comisión pastoral.³¹

Quinto, el ministerio es una *consagración* —usada en este caso con su significado original, no como una ofrenda del hombre, sino como un acto de Dios por el cual El aparta algo a alguien para propósitos sagrados. Esta es una aplicación válida del término, aunque no se reconozca a menudo. Encuentra su ilustración más popular en los renglones correctamente expresados por Fanny Crosby:

*Conságrame ahora a tu servicio, Señor,
Por el poder de la gracia divina;
Que mi alma mire para arriba con una esperanza fija
Y mi voluntad se pierda en la tuya.**

La misionera Geraldine Chappell, después de una larga experiencia personal, ha expresado el ideal que tal hecho de apartar presenta delante de todos los siervos de Dios:

*"Por ellos yo me santifico a mí mismo";
Por el bien de esta gente, ¡oh mi Señor!
Esta gente entre quienes vivo, los hostiles,
Los indiferentes, los despiadados, los antagónicos—
Por el bien de ellos, ¡oh amado Maestro! me separo
A mí mismo en tu nombre; de la voluntad mía a la tuya.
De la manera mía a la tuya;*

*Por el bien de ellos, pongo delante de tus pies todo des-
cuido*

*Acerca de mi espíritu, mis palabras, mi voz, mi manera.
Anhelo servirles hasta lo último, no solamente
En mi oficio, sino en mi vida, en mí mismo, con todo lo
mío;*

*Y por esto, para que yo pueda llegar a ellos, llego a ti.
Para que pueda ganarlos me separo para ti.**

Sexto, el ministerio es un *desafío*. Es la tarea más grande que jamás se haya puesto en manos humanas. No hay nada entre los hombres que sea más alto, más difícil, o más santo que el ministrar las riquezas inescrutables de Cristo. Ninguna ocupación es más elevada, más exigente, más exaltada. El llegar a ser el presidente de los Estados Unidos o el primer ministro de Gran Bretaña sería un paso para abajo. De Samuel Chadwick se dice que declaró: "Preferiría pre-

*Traducción libre

dicar que comer mi cena o tener un día feriado. Preferiría pagar por predicar que ser pagado por no predicar. Tiene su lugar en la agonía de sudor y de lágrimas. Ningún llamamiento tiene tales goces y angustias, pero es un llamamiento que un arcángel podría codiciar, y le doy gracias a Dios que, por su gracia, me llamó a su ministerio."³²

El ministerio es la única profesión entre los hombres que tiene consecuencias eternas. Cristo les dijo a Pedro y a los otros apóstoles que en su obra de revelar lo que había sido atado o desatado en el cielo, ellos realmente serían los dueños de "las llaves del reino" (Mateo 16:19). Todas las demás profesiones tienen valor sólo para este mundo y para este tiempo. El ministerio del evangelio tiene valor para este mundo y para este tiempo, pero además tiene valor para el cielo y la eternidad. El médico puede aliviar el dolor y extender la duración de la vida mortal, pero al fin pierde a todos sus pacientes. Finalmente los entrega a la funeraria, si él mismo no parte primero. Por otra parte, cuando por medio del poder sanador de la gracia divina, la sanidad llega al alma enferma por el pecado, una obra ha sido hecha que tendrá consecuencias cuando el sol y las estrellas hayan perdido su calor. Ciertamente el desafío del ministerio no tiene límites.

Finalmente, el ministerio es una *continuación* del ministerio de Cristo en la tierra. Jesús dijo: "Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca" (Juan 15:16). "Como me envió el Padre, así también yo os envío" (Juan 20:21).

La iglesia misma, y especialmente su ministerio, es el ministerio de Cristo que continúa en este mundo. El habla cuando su Palabra es proclamada. El ayuda y sana cuando las manos de misericordia se extienden hacia aquellos que tienen necesidad. Aún la oposición a los seguidores de El es oposición a Cristo, porque Saulo de Tarso en camino a Damasco fue detenido con la pregunta: "¿Por qué me persi-

gues?" Como lo expresó Geoffrey Bromiley, Cristo ejerce "un ministerio que continúa de palabra y sacramento, de acción y pasión, por medio de los ministros que ha escogido, ordenado, encargado y mandado como sus testigos en el mundo. El ministerio de los apóstoles, y lo que es más, el de todos los ministros cristianos, de todos los cristianos y de toda la comunidad cristiana, es desde el principio hasta el fin el ministerio continuo de Jesús".³³

El ser humano es el instrumento pero Cristo mismo es el verdadero ministro. Pablo dijo, es "como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios" (2 Corintios 5:20). Es el concepto que Margaret Clarkson ha captado en sus elocuentes líneas:

Así os mando para vengar al contundido y quebrantado;

A trabajar, a llorar, a velar por las almas vagantes;

Para llevar las cargas de un mundo fatigado.

Así os mando para sufrir por mi causa.

Así os mando para dejar atrás vuestra ambición mayor de la vida,

Para morir al deseo precioso, y renunciar a vuestros caprichos;

Para trabajar por largo tiempo y amar en donde los hombres os injurian.

Así os mando para perder vuestra vida en la mía.

Así os mando a corazones endurecidos por el odio,

A ojos cegados porque no quieren ver;

Para gastar, aunque sea vuestra sangre, para gastar y no escatimar.

*Así os mando para experimentar el Calvario.*³⁴

CAPÍTULO 2

Un bosquejo de la imagen bíblica

En los siguientes cuatro capítulos estudiaremos los cuatro elementos mayores de la imagen del ministro en el Nuevo Testamento. En este capítulo daremos atención a algunos de los términos más limitados que se usan para describir el carácter y el trabajo pastoral. Estos son, por así decirlo, los toques más leves en el cuadro, los detalles y las sombras en el retrato. Casi estamos desconcertados por la riqueza asombrosa de metáforas, la abundancia de detalle y de descripción empleada para describir la obra del ministerio.

I

Atrás de la imagen del ministerio en el Nuevo Testamento está el cuadro del Antiguo Testamento que describe las funciones del sacerdote, del profeta y del sabio.

El orden levítico con su orden de cultos del tabernáculo y del templo ordenados por Dios mismo, y con su sacerdocio aarónico es la primera indicación que tenemos de un ministerio especialmente denominado. El sacerdocio era el gran conservador de la religión institucional entre el pueblo

del pacto. Como tal, representa un aspecto esencial de la vida espiritual.

La Torah, o la ley, la instrucción y guía del pueblo para la vida diaria fue confiada a los sacerdotes del Antiguo Testamento. Los sacerdotes servían como mediadores entre Dios y el hombre. Ofrecían los sacrificios a favor del pueblo. Comunicaban las bendiciones del Señor sobre la congregación en los renglones inolvidables de la bendición levítica: "Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz" (Números 6: 24-26). En un sentido verdadero, los sacerdotes fueron pastores del pueblo.

Pero el sacerdocio tenía todas las desventajas inherentes a cualquier orden hereditario. Estaba propenso a la corrupción. Le faltaba la capacidad de renovarse. Fue necesario que el profeta, en sus dos funciones, de vidente (*ro'eh*) y declarador (*nabi*), suplementara la función del sacerdote. Como se ha dicho frecuentemente, el profeta en las Escrituras es menos el pronosticador y más el predicador de la voluntad de Dios, lo cual reconoce, por supuesto, que la predicación a menudo incluía el vaticinio de eventos futuros.

Th. C. Vriezen declara que "el profeta es la figura típica y más importante del Antiguo Testamento".¹ Continúa: "El profeta es el hombre que lleva la Palabra de Dios."² Los profetas eran hombres "que conocían la intimidad del compañerismo con Dios, a quienes Dios les había dado algo de su espíritu, hombres que observaban el mundo a la luz de lo que habían visto en el corazón de Dios, hombres que hablaban porque tenían que hacerlo y no porque querían hacerlo, hombres sobre los que Dios había puesto su mano y su comisión, y hombres que entregaban un mensaje que no sólo pertenecía a las necesidades de la hora, sino que tenía importancia duradera para los hombres".³

A menudo se ha dado por sentado que los profetas estaban opuestos al templo y al sacerdocio y que sus críticas de los rituales y sacrificios eran contra las instituciones mismas. Pero una reflexión más profunda pone todo esto en una luz más clara. No solamente hay ejemplos notables de profetas que también fueron sacerdotes (como por ejemplo, Jeremías y Ezequiel), sino que cada día vemos con más claridad que las objeciones de los profetas fueron dirigidas, no en contra del ritual mismo, sino en contra del ritual vacío; no en contra del sacrificio, sino en contra del sacrificio hecho sin lealtad ni amor.

Ciertamente, hay algunos del temperamento que se inclina a lo que es más central en el orden sacerdotal, y otros que se inclinan más a lo que se ve en la "existencia carismática" del profeta.⁴ Kyle Yates describe las tensiones que pueden existir entre estas dos clases de personalidad en estas palabras:

En la historia religiosa del mundo dos tipos de mente chocan invariablemente: el sacerdotal y el profético. El sacerdote pone el énfasis primordial en la adoración y encuentra gozo en ceremonias y en prácticas rituales. Está propenso a ser un conservador a quien le es difícil adorar a Dios excepto por medio de las ceremonias y liturgias detalladas. La moralidad tiene un lugar en su teología pero no es un lugar primordial. El formalismo llega a ser uno de sus pecados más grandes porque la religión tiende a llegar a ser mera forma. El profeta por otro lado pone el énfasis mayor en la vida, la conducta y en la calidad moral. Constantemente se opone a la persona que depende sólo en el cumplimiento superficial de los deberes normales. Irrita, insta, denuncia, se yergue solo en sus demandas, e insiste en aplicar a la vida los principios eternos de Dios. Para él la conducta es mucho más importante que las ceremonias. Es un maestro ético, un reformador moral, un perturbador peligroso de las mentes de los hombres. Constantemente asesta golpes a los pecados, los vicios y a los deslices y procura despertar a los hombres a una vida más santa.⁵

Por supuesto, los dos elementos son realmente esenciales, el institucional y el carismático.⁶ D. R. Davies en su obra intitulada *On to Orthodoxy* ofrece la idea de que el ministro

de hoy tiene que combinar en sí mismo las funciones del sacerdote y del profeta. Dice:

La contradicción del ministerio es que los ministros tienen que ser ambos profetas y sacerdotes. Es menester que sean ambas cosas, revolucionarios y estadistas. Y eso es muy difícil. Al cuidar de la iglesia como una organización, el ministro es sacerdote o estadista. En su interés por la iglesia como un vehículo del Espíritu de Dios en la historia, es profeta. Solamente que con mucha frecuencia el sacerdote suprime al profeta. Es mucho más raro que el profeta destruya al sacerdote. Si el ministro no es profeta, hay peligro de hambre de "la Palabra del Señor". Si no es sacerdote también, hay peligro que la institución pueda desintegrarse. La única solución es conservar la tensión y que el ministro sea sacerdote y profeta.⁷

Walther Eichrodt describe la facultad creadora de esta tensión tal como aparece en el Antiguo Testamento y continúa en el Nuevo Testamento:

La religión del Antiguo Testamento sólo desplegó la riqueza de sus tensiones por la interacción de la profecía y del sacerdocio; y esta riqueza fue elevada a una unidad más alta en el evangelio cristiano primitivo, y también salió a la superficie en formas nuevas como un resultado de que el cristianismo se apropió de ellas. Fundamentalmente es la tensión entre el Dios que ha venido y el Dios que está por venir, entre el Dios revelado y el escondido, entre el Dios que ha entrado en corporalidad terrenal y Dios entronizado en majestad eterna, que, aunque esté más allá que el alcance de la comprensión humana, es sin embargo hecho más intensamente claro en Cristo; y esta ambivalencia de la manifestación de Dios en el mundo, al mismo tiempo mantiene el pensamiento humano en confusión perpetua, y guía a los hombres a la plenitud divina de la revelación bíblica, cuando se afirman en la fe y en la obediencia.⁸

Sin embargo, cuando entramos al Nuevo Testamento, es el énfasis profético lo que sobresale. Como Yates observa con respecto a Jesús:

Su énfasis era el énfasis profético. Es menester que los hombres cambien su vida, que se porten como criaturas piadosas, que pongan el énfasis donde el profeta siempre lo ha puesto. Cristo no se llamó a Sí mismo sacerdote ni una sola vez. Cuando otros les pidieron a sus discípulos que expresaran su opinión

de El, mencionaron los nombres de varios profetas pero no mencionaron a ningún sacerdote. El autor de Hebreos designa a Cristo como sacerdote pero inmediatamente después amonesta en contra del concepto de que El tenga relación alguna con el grupo sacerdotal desde el tiempo de Melquisedec. Cuando el cristianismo perdió su poder y llegó a ser una religión sacerdotal el énfasis naturalmente se cambió de la conducta a las ceremonias. Las consecuencias naturales no se hicieron esperar, y la iglesia, con su ritual magnífico y sus ceremonias primorosas, se volvió inmoral y fracasó en su misión profética. Siempre será así cuando dejemos de mostrar interés en la religión vital que resulta en la conducta piadosa.⁹

El profeta del Antiguo Testamento a menudo era conocido como el *varón de Dios*, una frase que también se usa en el Nuevo Testamento. Así se llama a Moisés en Deuteronomio 33:1 y en Josué 14:6, y así se llama también el profeta cuyo nombre desconocemos de 1 Samuel 2:27, y a Samuel (1 Samuel 9:6), a Semaías (1 Reyes 12:22), y a Elías (1 Reyes 17:18, 24), y a otros. La frase fue usada también como un título sinónimo de *profeta* en el sentido del verdadero profeta del Señor en contraste con los muchos falsos profetas de los tiempos del Antiguo Testamento (1 Reyes 13:1, 6-8, 12; 17:24; 20:28; 2 Reyes 1:9, etc.).

El profeta también era conocido como *atalaya*. Isaías habla acerca de las voces que le dan de Seir y que se dirigen a él diciéndole: "Guarda, ¿qué de la noche? Guarda, ¿qué de la noche?" (Isaías 21:11). La maldición de cualquier pueblo es la de tener guardas ciegos, perros mudos que no pueden ladrar, pastores que no pueden entender (Isaías 56:10-11). Jeremías habla de los atalayas que Dios había puesto sobre el pueblo, para amonestarlos con el sonido de la trompeta (Jeremías 6:17), y Ezequiel es puesto como atalaya a la casa de Israel y encargado con una responsabilidad de vida y muerte, para advertir del peligro próximo (Ezequiel 3:17-21; 33:2-6). Oseas (9:8) y Miqueas (7:4) usan la misma comparación.

Además, el profeta en el Antiguo Testamento es cono-

cido como el *siervo de Jehová*. Moisés comúnmente llevaba este título (Exodo 14:31; Josué 9:24; 1 Crónicas 6:49; 2 Crónicas 24:9; Nehemías 10:29); Josué también lo llevaba (Josué 5:14) y Daniel (Daniel 6:20). Al comentar acerca del uso que Pablo hace del término *siervo* en relación con su propio oficio como apóstol, William Barclay escribe:

Pero el término esclavo (*doulos*) tiene otro aspecto. En el Antiguo Testamento es la palabra común para referirse a los grandes hombres de Dios. Moisés fue el siervo, el esclavo, el *doulos* del Señor (Josué 1:2). Josué también fue *doulos* de Dios (Josué 1:15). El título que más dignifica a los profetas, el que los distingue de otros hombres, es el de ser siervos y esclavos de Dios (Amós 3:7; Jeremías 7:25). Cuando Pablo se llama a sí mismo esclavo de Jesucristo no está haciendo nada menos que ubicarse en la sucesión de los profetas.¹⁰

II

Al entrar al Nuevo Testamento, encontramos imágenes de dos tipos principales que describen el ministerio. Primero, hay una serie de imágenes en el sentido muy literal de metáfora, comparación o analogía. En segundo lugar, hay una lista de términos cuyo significado genérico contribuye a la imagen del ministerio en el sentido más amplio del concepto, la idea predominante o el pensamiento que describe la tarea del predicador.

1. En la primera categoría, el primer término aplicado a un predicador es *mensajero*, literalmente *angelos* (Marcos 1:2), el mismo término griego que se traduce "ángel" en Apocalipsis 2 y 3, en relación con las siete iglesias de Asia Menor. Con el respeto apropiado que merece la exégesis que ve en los "ángeles" de las siete iglesias a guardianes o representantes celestiales, apenas parece probable que Cristo le hubiera dado a su siervo Juan en este mundo mensajes para seres celestiales que ordinariamente están más allá de la comprensión de los mortales. En su función de mensajero, el ministro llega con un evangelio que no originó en él, y

cuyas condiciones él no dicta. Y llega con la autoridad y con la fuerza de Aquel que manda el mensaje.

2. El término *mensajero* se aplica a Juan el Bautista, de quien se dice que es "la voz de uno que clama en el desierto", una cita de Isaías 40:3 que se encuentra en cada uno de los cuatro evangelios (Mateo 3:3; Marcos 1:3; Lucas 3:4; Juan 1:23). E. Stanley Jones se refiere a un punto en las actas de una antigua iglesia en el noreste de Estados Unidos: "Un comité fue seleccionado para examinar el chirrido en el púlpito." Observa el doctor Jones: "Hay muchos ministros a quienes les caería bien esta descripción, 'un chirrido en el púlpito'. El verdadero hombre de Dios no es un 'chirrido', sino una Voz. Declara las verdades eternas de una manera positiva y produce los resultados positivos."¹¹

3. *Pescadores*, o "pescadores de hombres", es otra denominación del ministerio en los evangelios (Mateo 4:19; Marcos 1:17-18; Lucas 5:10). En el Congreso Mundial de Evangelismo en Berlín, Adiri Hatori dijo que un pescador amigo suyo le había dado tres secretos para pescar con éxito: ir adonde están los peces; escoger un tiempo apropiado; usar destreza.¹² Ciertamente la pericia y la persistencia son cualidades de un buen pescador. A esto podríamos añadir la habilidad de escoger el cebo que atrae a los peces. Es interesante escuchar a los pescadores cuando hablan de la variedad de sus cebos. Lo que ha servido en una ocasión no servirá en otra. El pescador sabio cambia sus cebos hasta encontrar los que atraen a los peces.

4. *Pastor* es una designación del Antiguo Testamento que el Señor Jesús introduce a la terminología del evangelio en su sermón narrado en Juan 10, en el que se hace un contraste entre los pastores y los asalariados: "Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa." Aunque es una cuestión exegética válida en cuanto a si pastor en este pasaje se refiere a alguien

más que el "buen pastor" de los versículos 11 y 14, el uso del mismo término para los ministros humanos hecho por Pablo en Efesios 4:11 ("pastores") provee alguna medida de sanción a la extensión bien atrincherada de "pastor" a los subpastores de la grey dispersa de Cristo.

5. Un término introducido en los evangelios (Lucas 24:48) y notable en todas partes de los Hechos de los Apóstoles es la impresionante palabra *testigo*. El "texto áureo" de los Hechos la emplea: "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (1:8). La compañía apostólica lo aceptó: era necesario que uno fuese ordenado en lugar de Judas, que "sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección" (1:22; véase 2:32; 3:15; 5:32, y otros). Pablo fue hecho "ministro y testigo" (26:16).

Este punto bien podría justificar un capítulo entero. El obispo William Quayle dijo: "Podríamos decir que la predicación es el arte de hacer un sermón y comunicarlo. Pero no, eso no es predicar. La predicación es el arte de hacer a un predicador, y comunicar eso. La predicación es la efusión del alma en un discurso. Por eso el asunto elemental en predicar no está en la predicación, sino en el predicador. No es difícil predicar, pero formar un predicador es una dificultad tremenda. Entonces, a la luz de esto, ¿cuál es la tarea del predicador? Principalmente ésta, la de forjar una gran alma para tener algo de valor que entregar, el sermón es el predicador al corriente."¹³ El presidente estadounidense Woodrow Wilson solía repetir la siguiente frase de su padre, un ministro presbiteriano: "El ministro cristiano tiene que *ser* algo antes de poder *hacer* algo."¹⁴

6. Los Hechos de los Apóstoles introduce dos términos adicionales que se usan para designar al ministro. El primero de éstos es *instrumento* (9:15). Saulo de Tarso fue presentado al temeroso Ananías como "un instrumento escogido

me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel". Más tarde el gran apóstol mismo se refirió al tesoro del evangelio como algo depositado en "vasos de barro". Un joven seminarista con mucha iniciativa, refiriéndose al hecho de que sin duda algunos de los vasos tienen grietas, anunció que el título de un sermón sobre ese texto era: "La gloria del puchero agrietado."

7. El segundo término usado en los Hechos es *siervo* (*doulos*, 16:17). Literalmente la palabra significa *esclavo*. Como hemos visto, fue aplicado a los profetas del Antiguo Testamento. Se introduce como una designación para el ministro en el Nuevo Testamento en la circunstancia sospechosa de haber sido expresado por la muchacha que tenía espíritu de adivinación, y quien daba voces que Pablo y otros de su compañía eran "siervos del Dios Altísimo". Pablo se aplicó este término a sí mismo a guisa de título en los versículos introductorios de sus cartas a Roma, a Filipos, y a Tito (Romanos 1:1; Filipenses 1:1; Tito 1:1); también lo hicieron Santiago (1:1), Pedro (2 Pedro 1:1), Judas (1), y Juan (Apocalipsis 1:1). Como señala Archibald Hunter, hay una perfecta correspondencia entre ese término ("siervo") y "Señor" e implica la sujeción más completa y total a la voluntad y propósitos del Maestro. Por lo general el siervo en la época del Nuevo Testamento era típicamente un esclavo. Era la propiedad de otro. Su vida total estaba sujeta a la voluntad del hombre que él llamaba "Señor". Puede decirse que no había esclavos "a medias", ni nadie que fuese esclavo a ciertas horas del día. La vida del esclavo era lo que el dueño quería que fuera.

La correspondencia de Pablo a los corintios, o la porción de ésta preservada para nosotros en el Nuevo Testamento, contribuye cinco términos descriptivos adicionales en esta categoría de metáforas del ministerio. Esto es lo que podríamos esperar, si recordamos el fondo del reto a su oficio apos-

tólico que es la base de lo que escribió el Apóstol.

8. En 1 Corintios 3:9, Pablo habla de sí mismo y de otros ministros como *colaboradores*. "Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios." La forma participial es usada en el original (griego) de 2 Corintios 6:1: "Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios."

El término que se usa aquí, *sunergos*, se traduce "cooperando con El" (*Nácar-Colunga*), "cooperadores suyos" (*Biblia de Jerusalén*), "colaboradores de Dios" (*Biblia de las Américas*). Representa no tanto la labor de la tarea como la necesidad de cooperación. Ningún pastor de la grey de Cristo puede ser un lobo solitario. En el grado en que la *prima donna* parece tener éxito, en ese mismo grado es un parásito que se nutre de la labor no reconocida de los demás.

9. En este mismo contexto, en el versículo siguiente, una clase de labor es mencionada. El apóstol habla de sí mismo como un *perito arquitecto*, un *architekton*, que pone el fundamento sobre el que otros construirán. La idea aquí, como ha sugerido Pablo Deitenbeck, es la de un arquitecto auxiliar.¹⁵ Es un "capataz que trabaja", capaz de planear tareas para sí y para otros. No tiene su escritorio en la moderna oficina de un arquitecto, como los papiros y las inscripciones demuestran claramente. Se siente "en casa" cuando está trabajando. Aunque ve más allá de los trabajadores que colaboran con él, no evita experimentar la fatiga y esfuerzo de ellos.

10. En 1 Corintios 4:1-2, Pablo describe a los ministros de Cristo como "administradores de los misterios de Dios". El requisito indispensable de ellos no es la brillantez ni el éxito sobresaliente, sino la fidelidad. El *oikonomos* era literalmente el "que arreglaba la casa". Era el gerente de la casa o de la hacienda. De acuerdo a lo que leemos en Lucas 16:1-12, el *oikonomos* tenía una autoridad muy amplia en el

manejo de los negocios de su amo. Sin embargo, era estrictamente responsable de la administración de los encargos confiados a su cuidado.

11. El ministro es también como un *atleta*, específicamente un corredor o un boxeador. "¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Corintios 9:24-27).

La misma figura es usada en 2 Timoteo 2:5: "Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente." La frase que aquí es traducida "lucha como atleta" viene de una sola palabra, *athleo*, que significa esforzarse en los juegos o en la lucha libre. La corona de la que se trata era la de triunfo dada al ganador. La inferencia es obvia. La disciplina, el entrenamiento, la dedicación a una sola cosa, y "jugar de acuerdo a los reglamentos" son las cualidades del atleta triunfante. ¿Hacemos menos los que buscamos una corona incorruptible (1 Pedro 5:4) siendo que las coronas de roble, de hiedra, de arrayán, o de olivo se marchitaban en la frente de un ganador de un maratón griego?

12. En 2 Corintios 5:20, Pablo usa el término "*embajadores* en nombre de Cristo" para describir la función de los que ruegan a los hombres "en nombre de Cristo" que sean "reconciliados con Dios". En Efesios 6:20, el apóstol habla de sí mismo como un "embajador en cadenas". La palabra incluye los conceptos de autoridad y dignidad.

En su comentario sobre Hebreos, William Barclay da el siguiente ejemplo inolvidable de la naturaleza de la misión de un embajador:

En una ocasión el rey de Siria, Antíoco Epifanes, había invadido Egipto. Roma deseaba detenerlo y para eso recurrió a un enviado llamado Popilio para que persuadiera a Antíoco a abandonar la invasión proyectada. Popilio lo alcanzó en la frontera egipcia. Conversaron de muchas cosas ya que se habían conocido en Roma. Popilio no se había presentado con un ejército, ni siquiera con una guardia, sin fuerza alguna. Al fin Antíoco le preguntó el motivo de su viaje. Con toda calma le contestó que Roma deseaba que abandonara la invasión y regresara a su país. "Lo tendré en cuenta", dijo Antíoco. Popilio sonrió con una mirada grave y con su bastón trazó un círculo en torno a Antíoco diciéndole: "Considéralo y decídetelo antes de salir de este círculo." Antíoco lo pensó unos segundos y luego dijo: "Pues bien, regresaré a casa." Popilio no disponía de la más mínima fuerza, pero detrás de él estaba el poder del imperio del que provenía.¹⁶

13. Elton Trueblood ha descubierto en Efesios 4:11-12 la sugerencia del ministro como un "entrenador".¹⁷ Los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros son constituidos "a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio". Es el perfeccionar a los santos para la obra del ministerio lo que es la tarea de los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Lo que tenemos aquí es el ministerio de los laicos, y los oficios ministeriales nombrados son desempeñados, como dijo T. W. Manson, por aquellos que son "simplemente laicos que han perdido su rango de aficionados".¹⁸

14. Una denominación algo limitada se encuentra en Filemón 1, donde Pablo se llama a sí mismo un "prisionero de Jesucristo". Apenas puede negarse que haya una referencia aquí a su encarcelamiento romano. Pero es significativo que el apóstol se niega a decir que Nerón y los romanos son los responsables de su encarcelamiento, y, en vez de eso se identifica como el prisionero de Jesucristo. Pablo usó otra forma del mismo término griego cuando habló de ir "ligado . . . en espíritu . . . a Jerusalén" (Hechos 20:22), obligado por vínculos internos que le mantenían en una ruta a pesar de los consejos de sus amigos.

15. Las cartas a Timoteo añaden tres metáforas más

a nuestra larga lista, y la carta a Tito añade más. El ministro es un *modelo* (*hupotuposis*, 1 Timoteo 1:16; *tupos*, Tito 2:7) y un *ejemplo*. "Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna" (1 Timoteo 1:16). "Presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras" (Tito 2:7).

Hay una nota aquí que nunca debemos perder. El ministro debe poder decir verazmente: "Sigan mi ejemplo, así como yo sigo el de Cristo" (1 Corintios 11:1, *Nuevo Testamento Viviente*). Es necesario que él mismo sea el ejemplo de lo que procura predicar. Como lo expresó William Temple: "Es enteramente inútil decirle a la gente: 'Acudan a la cruz.' Es menester que podamos decir: 'Vengan a la cruz.' Y hay sólo dos voces que pueden ofrecer esta invitación eficazmente. Una es la voz del Redentor sin pecado, una voz con la que no podemos hablar; y la otra es la voz del pecador perdonado que sabe que es perdonado. Esta es nuestra parte."¹⁹

16. El ministro es un *soldado*, un "buen soldado de Jesucristo" (2 Timoteo 2:3). Por esta razón es necesario que no se enrede en los negocios de la vida (v. 4). El término griego usado aquí significa literalmente "tejer en", llegar a ser una parte de la urdimbre y de la trama de la tela. Cada predicador debe confrontar concienzudamente lo que este mandato puede significar dentro del contexto de su propia vida. Está por demás decir que el dejar de tomarlo en serio puede resultar en dejar de ser un buen soldado de Jesucristo.

17. El ministro explícitamente se llama un *labrador* en 2 Timoteo 2:6: "El labrador, para participar de los frutos, debe trabajar primero." La base para esta metáfora fue puesta en 1 Corintios 3:6-8: "Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor."

El labrador es el que cultiva la tierra; es el viñador, o como decimos nosotros, es el agricultor. Trabaja no sólo consciente de su necesidad de otras personas, sino también está al tanto de que depende de Dios. Es, como dijo Jesús, "un sembrador" que sale a sembrar la semilla y que está completamente enterado de que algunas semillas caerán en tierra dura y serán pisoteadas, otras en pedregales que tienen poca profundidad de tierra, y otras entre cardos y espinos. Sin embargo, siembra porque algunas semillas caen en buena tierra y dan fruto para salvación, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno (Mateo 13:1-8).

III

Dejamos esta lista variada e impresionante de imágenes que se presentan en el sentido muy literal de metáfora para examinar un grupo de términos con un significado más genérico. Estos se relacionan con la imagen en el sentido más amplio del concepto o de la idea predominante, lo que pensamos cuando se menciona el asunto. Se reconoce que hay una línea muy tenue entre algunos de los términos de esta serie y la clase de términos explorados como metáforas, especialmente cuando vamos más allá de las connotaciones del castellano cotidiano y estudiamos los términos en sus originales griegos. Hay, por supuesto, un elemento metafórico en todos los idiomas. Sin embargo, la distinción parece ser suficiente para justificar algún esfuerzo de hacer tal clasificación.

1. El primero de estos términos es *discípulo*. Siendo que daremos atención especial a este punto en el capítulo siguiente, sólo lo mencionaremos aquí. Es el término amplio para todos los cristianos: "Y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía" (Hechos 11:26). Y significa ambas cosas, estudiante y uno que sigue las enseñanzas de otro. El discípulo no es solamente un alumno. También es un partidario. Antes de llegar a ser apóstoles, los

ministros cristianos primitivos eran discípulos (Mateo 5:1; 10:1; Lucas 22:11).

2. Para nuestro propósito, el *apóstol* es el término corriente que es más significativo en toda la literatura del Nuevo Testamento para señalar a los que han sido especialmente escogidos y enviados. Fue el título que Jesús mismo usó para los doce que El seleccionó. "Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, y a los cuales también llamó apóstoles" (Lucas 6:13), y el enfático término "también" en el griego significa que los apóstoles todavía son discípulos. El término "apóstol" viene de *apo*, "desde" y *stello*, "enviar". Por eso es literalmente "uno enviado afuera".

Es importante notar que el Nuevo Testamento usa *apóstol* con ambos significados: un sentido estrecho y técnico señalando a los primeros Doce, y en un sentido amplio y etimológico describiendo a aquellos mensajeros o representantes especialmente autorizados que fueron enviados por la iglesia. En el sentido estrecho, el apostolado es un grupo de hombres que habían sido compañeros de Jesús durante su ministerio público y que fueron señalados oficialmente como testigos de su resurrección (Hechos 1:22). Pablo fue agregado a esta compañía por una actuación única de acción divina, cuando Cristo se le apareció en el camino a Damasco. Fue por medio del apostolado que las escrituras del Nuevo Testamento fueron dadas, validadas anteriormente por Cristo mismo (Lucas 10:16; Juan 17:20). Como testigos de la resurrección en el sentido más estricto, la compañía apostólica necesariamente fue limitada a esa primera generación.

Sin embargo, el Nuevo Testamento también usa el término *apóstol* en el sentido más amplio y no técnico al que ya se hizo referencia. Bernabé (Hechos 14:4, 14), Andrónico y Junias (Romanos 16:7), Epafrodito ("vuestro mensajero", Filipenses 2:25, probablemente en el sentido de haber sido especialmente enviado y autorizado por la iglesia de Filipos

para actuar como representante), y Silas y Timoteo (1 Tesalonicenses 2:6) se identifican por nombre como apóstoles. Es probable también que Pablo, en Efesios 4:11, pensaba en ambos, apóstoles y profetas, como oficios continuados en la iglesia. Como sucede con otros términos genéricos para el ministerio, la palabra apóstol significa una representación autorizada y autoritaria de Dios a los hombres por medio de hombres.

3. En el sentido de una posición de responsabilidad en la comunidad cristiana, *anciano* aparece primero en los Hechos de los Apóstoles: "Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea; lo cual en efecto hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo" (Hechos 11:29-30). Aunque en el Nuevo Testamento no se le da al término el significado formal en el sentido de nuestro uso actual, hay evidencia de selección y de ordenación para el oficio de anciano (Hechos 14:23; 1 Timoteo 5:17, 19; Tito 1:5). La función amplia de aquellos que fueron llamados ancianos es descrita por el verbo *episkopeo* (Hechos 20:17, 28; Tito 1:5, 7) que significa supervisar, servir como obispos. A los ancianos (*presbyteroi*) se les encargó el cuidado espiritual y la vigilancia de las iglesias.

4. *Obispo* o *superintendente* es un término considerado equivalente al término *anciano* en Hechos 20:17, 28. Los ancianos de la iglesia en Efeso habían sido hechos superintendentes (*episkopoi*) u obispos del rebaño y se les encomendó "apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre". El término griego está compuesto por *epi*, "sobre", y *skopeo*, "mirar o vigilar". Además de este uso en Hechos, el término se encuentra en relación con un oficio en la iglesia en Filipenses 1:1; 1 Timoteo 3:2; y Tito 1:7. En 1 Pedro 2:25, Cristo se menciona como el "Pastor y Obispo de vuestras almas". La palabra relacionada *episkope* se traduce como "oficio" en Hechos 1:20, y el verbo *episkopeo*

ocurre en algunos textos de 1 Pedro 5:2, donde se traduce 'cuidando de ella': "Ruego a los ancianos que están entre vosotros . . . Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente" (1 Pedro 5:1-2). Por lo tanto, hay en el término sugerencias tanto administrativas como pastorales. 1 Tesalonicenses 5:12-13 parece identificar la obra de ancianos y obispos con lo que típicamente llamaríamos nosotros el ministerio pastoral.

Ministro es la palabra castellana que se usa para traducir tres términos griegos, cada uno de los cuales tiene un fondo y significado algo diferente. Primero, hay el ministro como *huperetes*, literalmente un remero subalterno en distinción de un marinero. Por esto el término llegó a aplicarse a cualquiera que sirviera como un ayudante actuando bajo las órdenes de otro. Fue el término aplicado a Juan Marcos, que era "ayudante" de Bernabé y de Saulo (Hechos 13:5); y a Pablo mismo cuando Cristo lo nombró como "ministro y testigo" de las cosas que había visto y de aquellas en que el Señor se le aparecería (Hechos 26:16). Se les aplica a Pablo, a Apolos y a Cefas en 1 Corintios 4:1 (donde es traducido "servidores"). Algo de su significado se ve en su uso en Lucas 4:20 para describir al encargado de los libros en la sinagoga, y en su uso frecuente para referirse a los oficiales, ayudantes o alguaciles de magistrados, o de sinagogas o del Sanedrín (por ejemplo, Mateo 5:25; 26:58; Marcos 14:54, 65; Juan 7:32, 45-46; 18:3, 12, 18, 22; 19:6; Hechos 5:22, 26).

Segundo, está el ministro como *diakonos*, la fuente de nuestra conocida palabra *diácono* que tiene el significado primordial de sirviente, cualquiera que sea la naturaleza de su servicio. Probablemente es derivada de *dioko*, "seguir o perseguir". Se aplica a los domésticos (Juan 2:5, 9), a los magistrados civiles (Romanos 13:4), a Cristo mismo (Romanos 15:8; Gálatas 2:17), y muchas veces a los seguidores

de Cristo aparte de cualquiera función ministerial (por ejemplo, Mateo 20:26; 23:11; Marcos 9:35; 10:43; Juan 12:26; Romanos 16:1; Efesios 6:21; Colosenses 1:7; 4:7). Se usa en relación con la predicación y enseñanza en 1 Corintios 3:5; 2 Corintios 3:6; 6:4; 11:23; Efesios 3:7; Colosenses 1:23, 25; 1 Tesalonicenses 3:2; y 1 Timoteo 4:6. Aún se usa para designar a los emisarios de Satanás que son descritos como "sus ministros" y que "se disfrazan como ministros de justicia" (2 Corintios 11:15).

Tercero, está el ministro como *leitourgos*, la palabra de la que derivamos el término liturgia. Primordialmente significa uno que desempeña un oficio público. Se usa sólo dos veces en el Nuevo Testamento en relación con una función en la iglesia. Pablo habla de sí como el "ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios, para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo" (Romanos 15:16). De Epafrodito, quien ya ha sido presentado como el mensajero (apóstol) de los filipenses a Pablo, también se dice que ministraba a las necesidades del apóstol (Filipenses 2:25). Se puede admitir que ambos usos se presentan en un sentido adaptado. Cristo (Hebreos 8:2), los ángeles (Hebreos 1:7), y los magistrados terrenales (Romanos 13:6) también son descritos como ministros en el sentido de *leitourgoi*.

6. *Predicador*, un heraldo o uno que hace una proclamación, ocurre en Romanos 10:14; 1 Timoteo 2:7; 2 Timoteo 1:11; y 2 Pedro 2:5. Siendo que después estudiaremos este término más detalladamente, aquí sencillamente notaremos que el uso relativamente raro del sustantivo (o participio, en Romanos 10:14) está más que equilibrado por el uso fuerte y constante de los verbos que denotan la acción de predicar.

7. La palabra *profeta*, de *pro*, "adelante", y *phemi*, "hablar", está relacionada más íntimamente con predicador que lo que generalmente hemos reconocido. El Nuevo Tes-

tamento usa el término en varios sentidos distintos: en relación con los profetas del Antiguo Testamento (Mateo 5:12; Marcos 6:15; Lucas 4:27; Romanos 11:3, y otros); de los profetas en general (Mateo 10:41; 21:46); de Juan el Bautista (Mateo 21:26; Lucas 1:76); de Jesús en ambos sentidos: como *el* Profeta (Juan 1:21; 6:14; Hechos 3:22; 7:37), y como *un* profeta (Marcos 6:15; Lucas 7:16; Juan 4:19), y otros.

Son de interés especial para nosotros en este contexto las referencias hechas a los profetas en las iglesias, de las que hay varias (por ejemplo, Hechos 13:1; 15:32; 21:10; 1 Corintios 12:28-29; 14:29, 32, 37; Efesios 2:20; 3:5; 4:11), a la vez que las referencias al don de profecía (Romanos 12:6; 1 Corintios 12:10; 14:5). La función de la profecía en el sentido del Nuevo Testamento es bosquejada claramente en 1 Corintios 14:3: "Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación."

Debe notarse que, tanto por derivación como por relación con su fondo en el Antiguo Testamento, la profecía es mucho más que predecir o pronosticar el futuro. Es "la enunciación clara de la mente y consejo de Dios".²⁰ "Es la declaración de aquello que no puede ser conocido por medios naturales, Mateo 26:68; es la expresión clara y directa de la voluntad de Dios, en lo que se refiere al pasado, al presente o al futuro."²¹

Basándose en 1 Corintios 13:8-9, algunos han afirmado que los dones de profecía y de lenguas desaparecieron de la iglesia cuando se completó el canon del Nuevo Testamento. Aunque no deseamos ser contenciosos en cuanto a la exégesis aquí, podemos sin titubeo señalar que hasta el punto en que el predicador de hoy les habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación, hasta ese punto ejerce el oficio profético y en ese grado manifiesta el don profético.

En adición a los dos términos ya tratados, hay un grupo de otros tres grandes términos en Efesios 4:11: "Y él mismo

constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros."

8. El *evangelista* es literalmente el mensajero del bien. No es uno que trae los chismes, como dijo la niña; sino el heraldo que trae el evangelio, las buenas nuevas de salvación. Felipe fue denominado "el evangelista" (Hechos 21:8), y Pablo exhorta a Timoteo diciéndole: "Haz obra de evangelista, cumple tu ministerio" (2 Timoteo 4:5). Como en el caso del término *predicador*, la frecuencia de la forma activa, "proclamar las buenas nuevas", llena el vacío de la rareza comparativa del sustantivo.

9. Tanto en el castellano como en el griego, hay una estrecha relación que casi constituye una identificación entre "pastores y maestros". Hemos notado brevemente la derivación de pastor de ovejas, y regresaremos a la función pastoral para mayor consideración más tarde. Maestro (*didaskalos*) se usa en un sentido normativo para una función en la iglesia en Hechos 13:1; 1 Corintios 12:28-29; 1 Timoteo 2:7; 2 Timoteo 1:11; Hebreos 5:12; y Santiago 3:1. Frecuentemente se aplica a Cristo en los evangelios, donde a menudo es traducido "Maestro" o "Rabino".

Hay una precaución que seguramente debe introducirse en este punto en contra de aceptar muy fácilmente la distinción moderna entre la predicación y la enseñanza, que resulta de la separación marcada de "kerygma" y "didaquë", hecha por algunos eruditos del Nuevo Testamento. Reconocemos que hay una distinción. Sin embargo, el hecho es que toda predicación cristiana incluye enseñanza; y toda enseñanza, si es cristiana, incluye la proclamación. Una o la otra puede ocupar un lugar preeminente, pero ambas tienen que estar presentes si el mensaje y el significado del evangelio han de ser comunicados.

10. Dos veces en el Nuevo Testamento el ministro se llama *el hombre de Dios*. "Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor,

la paciencia, la mansedumbre" (1 Timoteo 6:11). La función de la Escritura es "que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Timoteo 3:17).

11. Sólo en un sentido secundario se hace la referencia al ministro como un *sacerdote* en el Nuevo Testamento, y esto en relación con la familiar afirmación protestante del sacerdocio de todos los creyentes. En 1 Pedro 2:9 leemos que somos una parte de un "real sacerdocio", un concepto análogo a Apocalipsis 1:6, donde dice que Dios "nos hizo reyes y sacerdotes". No obstante, en cierta manera particular, el ministro puede servir como el representante de su pueblo con Dios, esto es, como su sacerdote, cuando intercede por ellos, sea en público o en privado. Tal como William Barclay ha señalado, el término latín para sacerdote es *pontifex*, que literalmente significa "constructor de puente", y el ministro tiene que construir puentes entre Dios y el hombre.²²

Peter Forsyth nos recuerda que la función sacerdotal del ministro en oración puede tener un efecto purificador en el espíritu del hombre. "La oración *intercesora* privada del ministro es el mejor correctivo del espíritu crítico o del espíritu gruñón que tan fácilmente nos acosa y nos marchita hoy. Aquella reconciliación, aquella pacificación del corazón, que viene por la oración abre en nosotros una fuente de intercesión privada, especialmente en favor de nuestros antagonistas." Añade: "Sólo que, por supuesto, tiene que ser privada."²³

Hemos llegado al fin de un viaje largo y algo tortuoso, trazando las líneas —menores y mayores— en la imagen bíblica del ministro. Podemos preguntarnos con Pablo: "Para estas cosas, ¿quién es suficiente?" El comunicante de la Palabra participa de la naturaleza del sacerdote, del profeta, del sabio y del atalaya. Es un mensajero, una voz, un pescador, un pastor. Es un utensilio, un sirviente, un obrero, un

arquitecto, un mayordomo. Es un atleta, un embajador, una pautista, un soldado, y un labrador. Es un discípulo, un apóstol, un anciano, un administrador, un ministro, un predicador, un heraldo, un evangelista, un pastor y un maestro. Sobre todo, es un hombre de Dios, y en su espíritu y en su visión no debe tener menos de tres metros de altura.

CAPÍTULO 3

El ministro como estudiante

En la última carta de San Pablo, hay una reveladora nota personal que provee una penetración rica en cuanto al concepto que el gran apóstol tenía de su llamamiento. Estaba escribiéndole a Timoteo y pidiéndole que llegara antes del invierno. Le aconsejó a su joven discípulo que “prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina”. Amonestaba en contra de una impaciencia que se suscitaría en el futuro con la teología sana, y habló de un tiempo cuando los que tendrían comezón de oír buscarían a maestros que les dirían lo que quisieran oír. Instó a Timoteo que hiciera la obra de evangelista y que cumpliera su ministerio.

Luego, hablando de sí mismo, Pablo dijo que estaba listo para ser sacrificado. El tiempo de su partida estaba cercano. Había peleado la buena batalla. Había acabado la carrera. Había guardado la fe. Tenía la confianza de que le esperaba una corona de justicia que el Señor, juez justo, le daría. Demas le había desamparado, amando este mundo.

Otros habían sido enviados en tareas del evangelio. Sólo Lucas estaba con él. Pablo le encarga a Timoteo que traiga consigo a Marcos cuando venga, porque el joven que una vez había fracasado, había tomado otro curso de conducta, se había probado y ahora era útil para el ministerio.

Luego viene una nota puramente personal. Pablo le pide a Timoteo que traiga el capote que el Apóstol había dejado en Troas con Carpo, "y los libros, mayormente los pergaminos" (2 Timoteo 4:13). Hasta el mero fin de su vida, Pablo fue un estudiante que quería tener sus libros y pergaminos. Probablemente estos últimos eran copias del Antiguo Testamento.

I

Ningún ministro llega jamás al punto en que ya no necesita la disciplina del estudio. Tal vez terminó sus estudios en una universidad y recibió su licenciatura. Merced a los estudios postgraduados o del seminario puede recibir más títulos. Pero el resto de lo que tiene que aprender es estrictamente una cuestión personal que depende de un programa de aprendizaje de toda la vida.

El fracaso en este punto, o sea el no cultivar el estudio de los libros y especialmente de los pergaminos, no solamente seca los manantiales de la vida intelectual, sino que corta los medios de recibir la verdad espiritual. William Barclay tocó una nota fuerte y auténtica cuando escribió en su obra titulada *The Promise of the Spirit*: "Mientras más permita un hombre que su mente se vuelva floja, perezosa y mediocre, menos tendrá el Espíritu Santo qué decirle. La predicación verdadera llega cuando el corazón amante y la mente disciplinada son puestos a la disposición del Espíritu Santo."¹

En un libro pequeño titulado *Prayer and Preaching*, Karl Barth escribió: "El predicador no tiene ningún derecho a depender del Espíritu Santo en los asuntos por los que él

es responsable, sin hacer ningún esfuerzo personal. Con toda modestia y sinceridad tiene que trabajar y procurar presentar correctamente la Palabra, aunque esté completamente consciente del hecho de que sólo el Espíritu Santo puede de hecho enseñar acertadamente."²

Otro escritor nos recuerda que "no podemos esperar la ayuda del Espíritu para enseñarnos lo que sólo la pereza y la indiferencia personal nos han impedido aprender; y el despreciar un poder para poseer el cual El nos dio capacidades no es la manera de demostrar que confiamos en Aquel que nos lo dio".³ La continuación diligente del estudio realmente honra al Dios de toda verdad y al Espíritu de verdad.

Por supuesto, sabemos que "discípulo" y "disciplina" vienen de la misma raíz, y que ambas se refieren al aprendizaje. Jesús dijo: "Todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas" (Mateo 13:52). El obispo Hogue señaló hace mucho tiempo que esto es posible sólo cuando el escriba continúa poniendo cosas nuevas en su tesoro. Si no, todo lo que sale luego serán cosas viejas. El alma realmente no está en el altar sino hasta que la mente esté allí. Si el corazón está dedicado verdaderamente a Dios, también está dedicada la cabeza. "¡Cuando el ministro detiene sus estudios, sencillamente se detiene!"⁴

Lo que estamos discutiendo aquí no es necesariamente la educación formal o en una escuela, por mucho que ésta pueda ayudar. Todavía es cierto que "uno puede guiar al joven a la universidad (o al seminario), pero no puede hacerle pensar". Siempre es más fácil pasar por una institución educativa que el adquirir lo que la educación debe representar. Un escritor de versos ramplones lo expresó así:

*El está trabajando para sostener sus estudios;
tarea que es pasmosa y pesada
pero al lado del trabajo de la escuela para
enseñarle, ¡la tarea del muchacho es nada!*

Algunos de los ministros más eficaces en la historia de la iglesia han sido hombres autodidactas. Pero han sido hombres que aprendieron a usar lo que tenían. Han sido hombres que cultivaron un apetito por los libros y los pergaminos.

El obispo Kennedy dijo: "Los hombres que mueren mentalmente en el ministerio no son asesinados, cometen suicidio."⁵ Milo Arnold escribió en su desafiante y pequeño libro, *The Adventure of the Christian Ministry*:

Un ministro debe tener una curiosidad insaciable. Si no la tiene, nunca sondeará la profundidad de la vocación ni se aventurará hacia los remotos rincones de su campo. Hay los que dicen que un ministro pierde su eficacia después de llegar a una edad determinada, pero sería mejor decir que pierde su eficacia cuando deja de maravillarse ante la realidad. De hecho, algunos hombres que no son capaces de ser motivados por una curiosidad santa, han descubierto que el ministerio no era su lugar. El ministro que llega a estar contento con lo que ha descubierto de la verdad, matará de hambre tanto a los que esperan de él la alimentación espiritual, como a sí mismo.⁶

Esto, por supuesto, es también el consejo de los siglos. En varias ocasiones Juan Wesley exhortó a sus predicadores a ser constantes y diligentes en el estudio. Si bien es cierto que tal vez sería necesaria alguna modificación de la distribución de tiempo de acuerdo a Wesley, no podemos dejar de ver el alto ideal que él mantenía para sus ministros metodistas como estudiantes. De la lectura dijo Wesley: "Constantemente pasen toda la mañana en este trabajo, o a lo menos cinco horas entre las veinte y cuatro . . . La obra de gracia moriría en una generación si los metodistas no fueran gente que lee."⁷ En otra ocasión el señor Wesley aconsejó: "Lean los libros más útiles, y háganlo regular y constantemente . . . Si no leen ningún libro más que la Biblia, entonces habrán sobrepasado a San Pablo. El quería otros libros también. 'Trae los libros', él dice, 'mayormente los pergaminos', aquellos escritos en el pergamino. 'Pero no tengo ningún gusto para la lectura' (usted dice). Desarrolle un gusto para ella

por su uso, o regrese a su antiguo oficio."⁸

En una carta a Juan Trembath en agosto de 1760, Wesley escribió:

Lo que te ha dañado sumamente en los tiempos pasados, y aún temo hasta hoy mismo, es la falta de lectura. Casi nunca he conocido a un predicador que leyera tan poco. Y quizás por haberla descuidado, habrás perdido el gusto por ella. Por esto no crece tu talento en predicar. Es el mismo que fue hace siete años. Está vivo, pero no profundo; tiene poca variedad; no hay extensión de pensamiento. Sólo la lectura te puede suplir esto, con meditación y oración diaria. Tú te haces mucho daño por omitir esto. Nunca podrás ser un predicador profundo ni aún un cristiano completo sin ella . . . Es para tu vida; no hay otra manera; si no, serás una persona frívola todos tus días, y un predicador muy superficial.⁹

Charles Haddon Spurgeon, que virtualmente fue un autodidacta, les decía a los alumnos de su colegio para ministros en Londres:

La ignorancia de teología no es una cosa rara en nuestros púlpitos, y la maravilla no es que tan pocos hombres hablen de improviso, sino que tantos lo hagan, cuando los teólogos son tan escasos. Nunca tendremos grandes predicadores hasta que tengamos grandes teólogos. No podéis construir un buque de guerra de un arbusto silvestre, ni pueden ser formados de estudiantes superficiales los grandes predicadores que mueven el alma. Si quieren ser elocuentes, sean llenos con todo conocimiento, especialmente el conocimiento de Cristo Jesús Señor nuestro.¹⁰

Gene Bartlett recuerda que hace muchos años el profesor Bruce de la Universidad de Glasgow, oyó predicar a Phillips Brooks en tres ocasiones durante su visita a los Estados Unidos de América. Su comentario fue revelador: "La mayoría de los predicadores llevan al púlpito un balde o medio balde de la palabra de Dios y la sacan con una bomba para la congregación; pero este hombre es una cañería maestra de agua, conectada con la represa eterna de verdad, y un río de vida fluye por él por la gravitación celestial para refrescar las almas cansadas."¹¹ Tal situación no sucede sencii-

llamente por casualidad. Viene sólo cuando la mente se mantiene flexible y alerta al luchar constantemente con la verdad.

El crecimiento intelectual personal del predicador depende de las disciplinas del estudio. La expansión del conocimiento en nuestro día está casi más allá de la comprensión. El mantenerse al día aún con la periferia es una tarea casi imposible. En su propio campo el ministro no osa estar menos alerta o menos enterado que el laico a quien predica y a quien aconseja. Jaroslav Pelikan hace una pregunta seria sobre este punto: "¿Hay alguien que seriamente proponga que en la iglesia del futuro podamos darnos el lujo de tener un laicado altamente entrenado y un ministerio poco preparado, o alguien que crea que las demandas intelectuales de ser un clérigo cristiano en el último tercio de este siglo serán menos rigurosas que lo que han sido en tiempos anteriores o que lo que serán para los laicos cristianos?"¹²

II

El ministro tiene que usar su estudio como un campo de batalla en el que se enfrenta con sus propias dudas y problemas intelectuales. Seguramente que no puede arriesgarse a hacerlo en el púlpito. Un escritor escribe sobre este punto:

Si escondemos de otros nuestras dudas, no debemos esconderlas de nosotros mismos. Es necesario enfrentarnos a ellas porque sólo así las venceremos. Es menester llegar hasta su fuente. Si son dudas intelectuales genuinas es menester procurar medirlas por el estudio y al pedir consejos de los que tienen más experiencia, o más educación. Si surgen de algún pecado de orgullo o de negligencia, es necesario buscar el perdón y someterlos a la disciplina espiritual. Si son el efecto del sufrimiento tenemos que asirnos tenazmente del hecho de que muchos antes de nosotros han pasado por las tinieblas hasta llegar a ver una nueva luz y hasta tener un conocimiento más seguro de Dios. 'De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven.' Pero aún en agonía de espíritu es menester que sigamos predicando y que esperemos en Dios. George Eliot, hablando de Savonarola, dice que todos los que tienen que hablarle a la

muchedumbre a veces encuentran que es necesario hablar en virtud de la fe de ayer, esperando que regresará mañana. ¡Gracias a Dios, por lo general lo hace!¹³

No sólo para sí mismo, sino para ayudar a sus feligreses que reciben su ministerio, es menester que el predicador luche con las grandes cuestiones de la fe y de la vida en el mundo moderno. Al decir esto no estamos abogando por sofismas o respuestas "sencillas" que realmente no satisfacen las preguntas. Ni intentamos negar que algunas de las preguntas mismas sean falsas, mientras que otras realmente no tienen respuestas. Mullen dice: "La educación, por sí misma, no es lo que hace que un ministro sea eficaz, pero su falta de ella bien puede impedirle ser tal ministro. Si no está preparado intelectualmente para su tarea, no será capaz de guiar a las personas cuyas dificultades intelectuales les separan del crecimiento espiritual."¹⁴

Del estudio del ministro es necesario que salga un evangelio con una nota positiva. De hecho, nada menos que esto realmente puede ser el evangelio. En la ocasión de la instalación de C. E. Macartney en su púlpito en Pittsburgh, Francis L. Patton le escribió a la iglesia: "El nuevo ministro de su iglesia llegará con un mensaje y no con una pregunta, y estará completamente seguro de que el celo en el púlpito nunca resultará de la duda en el estudio."¹⁵ Y William Barclay dijo algo similar más recientemente: "Por esto, la predicación es la proclamación de certezas, y la confirmación de creencias. La predicación está diseñada, no para producir preguntas, sino para contestarlas; la predicación está diseñada, no para despertar las dudas, sino para resolverlas y vencerlas. . . 'Háblame de tus certezas', dijo Goethe. 'En cuanto a dudas, las mías son suficientes.'"¹⁶

III

Una cierta cantidad de erudición es la mejor defensa en contra de un ministerio de predicación que recalca una

línea de verdad y excluye otras. Una vez más Spurgeon, con su predilección acostumbrada por la ilustración vívida, nos presenta la verdad: "No insistas continuamente en una sola verdad. Una nariz es una facción importante en el semblante humano, pero el pintar sólo la nariz no es un método satisfactorio de copiar su imagen. Asimismo, una doctrina puede ser importante, pero una estimación exagerada de ella puede ser fatal para un ministerio completo y armonioso. No permitas que las doctrinas menores se vuelvan puntos mayores. No pintes los detalles del fondo del cuadro del evangelio con el mismo pincel ancho que usas para los objetos grandes en el primer plano del cuadro."¹⁷

Daniel Niles ofrece una suposición solemne: "Supongamos que alguien en una congregación guardara un registro de los sermones predicados a esa congregación domingo tras domingo, y que al fin de un año entero escribiera un resumen de la fe cristiana basado solamente en estos sermones, ¿qué contendría ese resumen? La mayoría de los cristianos, entre los que asisten a los cultos de la iglesia, viven sobre la base de la fe que aprenden los domingos por la mañana. El predicador no tiene ningún derecho de malgastar un domingo por la mañana hablando de 'golosinas'."¹⁸

La erudición, dice Thomas Keir, "es un aparato para extraer la verdad de la Escritura y así proteger a la iglesia en contra de todo lo que no sea de Cristo. Es uno de los medios de lograr que el portavoz esté en condiciones para hablar la Palabra del Dios eterno."¹⁹

Trueblood señala la necesidad creciente de la erudición ministerial sana:

Al mismo tiempo que un pastor es un maestro en la comunidad, es menester también que sea un erudito. Es evidente que esto es una consecuencia necesaria del reconocimiento de que el cristianismo es una minoría. Siendo que toda fase del concepto cristiano de la vida ahora está sujeta al ataque violento, tenemos que enfrentarnos al ataque. Los que deben hacerlo son los guías religiosos que están librados de la necesidad de ganar

un sueldo secular, para permitirles comprometerse profundamente en la lucha. Cada día hay ataques públicos en contra de la existencia de Dios, contra la objetividad del orden moral y contra el valor de la iglesia. Si estos asaltos no son confrontados, la batalla se pierde por descuido y la mayoría de los cristianos llegan a estar completamente confundidos. El cristiano necesita aprender a pensar mejor que toda la oposición. La larga historia de la fe cristiana que ha confrontado en otros siglos asaltos tan fuertes como los que la confrontan ahora, nos demuestra que tal cosa es posible. Pero pensar es trabajo arduo y es menester que tengamos hombres preparados para dedicarse a ello.²⁰

IV

El ministro como estudiante busca continuamente mejores maneras de hacer que otros conozcan "las riquezas inescrutables de Cristo". Todo el propósito de la vida del predicador, como alguien ha dicho, "es hacer que la palabra de Dios sea suficientemente clara y convincente para cambiar las vidas de los hombres. Dios espera de sus ministros que busquen la máxima preparación posible; frecuentemente esto significa agonizar sobre lo que uno va a decir y cómo decirlo. Si hacen lo mejor que pueden, Dios le añadirá a lo que ellos han logrado una penetración, poder y unción adicionales, pero solamente si ellos hicieron todo lo posible. Al ministro como predicador se le ha dado la asignación de derrotar el evangelio humano de la desesperación por medio del evangelio cristiano de la esperanza, y por ende él está constantemente forzado a estirar hasta el máximo sus limitados talentos para poder enfrentarse con el mundo y con sus ideas tal como están hoy, y para ayudar a otros que lo hagan".²¹ Durante el Congreso Mundial de Evangelismo, uno de los oradores dijo: "¿Cómo presentaremos a Cristo a un mundo que está continuamente cambiando? Esta es una cuestión que debe preocuparnos hasta el fin de nuestro ministerio."²²

No es una tarea fácil ser sencillo sin ser absurdo. Nues-

tro ideal debe ser lo que expresara Juan Wesley en sus declaraciones citadas frecuentemente:

Diseño la verdad sencilla para la gente sencilla; por esto, con propósito fijo, me abstengo de todas especulaciones bonitas y filosóficas; de todo razonamiento perplejo e íntimo; y, hasta donde sea posible, aún de la exhibición de mi erudición. Trabajo para evitar las palabras raras, todas las que no se usan en la vida común; y, especialmente, aquellas clases de términos técnicos que tan frecuentemente ocurren en cuerpos de teología; aquellos modos de hablar que los hombres que leen mucho conocen íntimamente, pero que para la gente común son una lengua desconocida... La claridad especialmente es necesaria para ti y para mí, porque nos toca instruir a la gente de educación limitada. Por esto, nosotros más que todos, si pensamos con los sabios, es menester empero que hablemos con el vulgo. Constantemente debemos usar las palabras más comunes, pequeñas y sencillas (siendo puras y apropiadas) que nuestro idioma permite.²³

En una vena semejante William Barclay añade: "Debemos usar en la predicación, en la escritura y en la adoración el mejor lenguaje y el más sencillo de nuestro propio día y generación. Tal vez los que hemos nacido y hemos sido criados en la iglesia amemos las cadencias antiguas, pero, ¿vamos a ser suficientemente egoístas para demandar lo que nos gusta de modo sentimental, mientras que haya millones de seres humanos afuera de la iglesia para quienes la religión nunca llegará a ser una realidad viviente hasta que les hable en el lenguaje de la gente común?"²⁴

Lo anterior significa que necesitamos mantener contacto con la gente común en las situaciones de la vida. El obispo Gerald Kennedy recuerda que Juan Wesley y uno de sus predicadores se encontraron con dos mujeres que estaban disputando. Si bien su lenguaje no era cortés, sí era enérgico. El predicador sugirió que continuaran su marcha, pero Wesley le detuvo: "¡Quédate, Samuel, quédate, y aprende a predicar!" "¡Ay de nosotros", concluyó Kennedy, "cuando nos encerramos en nuestros roperos y hablamos sólo con los de nuestra propia clase!"²⁵

Otro ministro también apellidado Kennedy, afirma que "la manera en que el ministro se enfrenta con el mundo a menudo define los límites de su ministerio, porque si no hace caso de lo que efectivamente está pasando en el mundo, y procura vivir en el pasado, o en un presente ficticio, o en lo inexistente, o en algún futuro imaginario, le falla a Dios, a sí mismo, a su pueblo y a su mundo".²⁶ Y David Hubbard, presidente del Seminario Teológico Fuller, dijo algo semejante: "Un ministro que está atrasado de noticias puede ser una amenaza en vez de una bendición para su grey."²⁷

Una parte de la incesante tarea intelectual del predicador es que sea un traductor del evangelio al idioma y a los modos de pensamiento de su día. El escritor argentino Alejandro Clifford ha expresado el temor que "los evangélicos conservadores estén perdiendo muchos de sus jóvenes que rehúsan aceptar las tradiciones anticuadas expresadas en lenguaje arcaico, y que, aunque sean ortodoxas, parecen tener poca relación con la vida del siglo veinte".²⁸

Y, fijémonos bien, en la frase alegre de William Hordern, el predicador tiene que ser un traductor, no un transformador del evangelio.²⁹ No debe cambiar su contenido sino interpretarlo y aplicarlo. Realmente necesita ser oído. Como lo expresó Trueblood en su obra titulada *The Incendiary Fellowship*: "El ministro profesional necesita confrontar continuamente el solemne hecho de que no hace ningún bien si no lo escuchan. Y el oír significa mucho más que la mera posesión del oído. Todas las tareas grandes, como las de los médicos y legisladores, requieren atención persistente e imaginativa, pero no hay ninguna tarea en el mundo que sea más exigente en este sentido que lo que es la tarea del siervo de una congregación cristiana. Ciertamente no es una tarea para los perezosos o para los indolentes, cuyo deseo es el de tener una vida cómoda."³⁰

"El vocabulario religioso", dice C. E. Autrey, "cambia con cada generación, lo mismo que el vocabulario de cual-

quier otro campo de conocimiento. Cuando la religión pierde su atracción y su vitalidad espiritual, cae en la desintegración y se caracteriza por el lenguaje anticuado. George F. Sweazey dice que 'procura sostenerse con el vocabulario rancio del último avivamiento'. Los términos y las expresiones que se entendían en el siglo diecinueve pueden ser vagos y sin significado en nuestro día. Es indispensable para el evangelismo que sus móviles sean claros y que se expresen en el lenguaje de esta generación."³¹ "El lenguaje común es la prueba verdadera", dijo el finado C. S. Lewis. "Si no puedes expresar tu fe en ese lenguaje, entonces tú no la comprendes o no la crees."³²

Hay que decirlo otra vez, es menester que no haya ninguna reducción del contenido ni de las demandas del evangelio en este proceso inevitable de expresarlo en el lenguaje materno de nuestros oyentes. Para parafrasear lo que Jaroslav Pelikan escribió acerca de la apologética necesaria en nuestro día: "Si el predicador quiere ser oído, es necesario que pueda hablar el lenguaje de sus oyentes. Pero si quiere ser digno de ser oído, es menester que se distinga suficientemente de su ambiente para sobresalir en él y para dirigirle la palabra." Pelikan habla además de una "apologética por abdicación" de la que dice que puede "hablar a su cultura sólo al reducir el contenido de su mensaje". Señala que tal apologética es condenada al fracaso; porque se irá quitando capa tras capa de su tradición, en respuesta a una objeción u otra, "hasta que no quede ninguna continuidad significativa entre ella y el evangelio en cuyo nombre pretende hablar".³³

¿Qué precio estamos dispuestos a pagar para tener un mensaje que "se aplique"? El comprar la supuesta "aplicabilidad" al costo de abandonar cualquier cosa que sea significativa es evidentemente pagar un precio demasiado costoso. Hay sabiduría en el comentario de Vance Havner que "el mero hecho de que los hombres no pueden soportar la

sana doctrina hace que sea tanto más lógico encargarnos de que la reciban. No es nuestra responsabilidad el hacerla aceptable; es nuestro deber hacerla asequible".³⁴

El doctor Billy Graham también advierte en contra de cambiar el cristianismo en un humanismo nuevo al sucumbir a "la presión creciente de acomodar el mensaje cristiano a las mentes y corazones entenebrecidos por el pecado, el dar prioridad a la necesidad material y física al mismo tiempo que se tuerce la necesidad espiritual, que es básica para cada persona".³⁵

El teólogo luterano William Hordern plantea el problema: "¿Es el 'hombre moderno', de cualquiera manera que lo definamos, tan impresionante que nosotros tenemos que transformar la fe cristiana para satisfacerlo? ¿O será el hombre moderno el mismo pecador del pasado nada más que se ha vestido en un traje espacial? ¿Serán los incrédulos de hoy como los incrédulos del tiempo de Pablo, 'cegados por el dios de esta edad pasajera'? (2 Corintios 4:4, traducción libre)."

Hordern también nos recuerda que Karl Barth nos ha desafiado a preguntar qué es lo que está fuera de lugar: el evangelio cristiano o el hombre moderno. Hordern añade que Barth "sugiere que nuestro problema no está con un mundo maduro sino con 'un mundo que se considera maduro (y que diariamente demuestra precisamente que no lo es)' (*The Humanity of God*, páginas 58-59). En tal situación, Barth dice que es peligroso llegar al hombre moderno 'con alguna clase de bagatela, que por el momento es algo moderno', porque lo que queremos decirles tanto a otros como a nosotros mismos 'es una noticia extraña'. Lo importante es ver que también sea 'la gran noticia'. Para los traductores parece que los evangelios de los transformadores han perdido toda su grandeza. Son aceptables al hombre moderno precisamente porque no lo desafían profundamente. Tal 'teología radical' no resulta ser nada más que una expresión algo teológica de lo que se oye hoy en todas partes".³⁶

V

Esto significa que el predicador cultivará una base amplia de lectura y estudio. Cito con aprobación, en algunas ocasiones, la declaración de Juan Wesley en el prefacio de su libro de sermones: "Dejadme ser hombre de un libro." Pero evidentemente, lo que Wesley quería decir, no era que él intentaba leer y estudiar sólo la Biblia, sino que la Biblia sería la Piedra de toque y el corazón unificador alrededor de lo que toda su otra lectura sumamente amplia se integraría. Dwight Stevenson escribió: "Un hombre que estudia sólo un libro ni siquiera ese libro comprende. Esto se debe a que Dios ama a todo el mundo y El obra siete días por semana, no solamente en el día domingo. El se interesa en todo el dominio de la cultura y del conocimiento. Un hombre que se mantiene aislado de los anhelos, los pensamientos, y el hambre del mundo está mal preparado para servir a un Maestro que amaba a los publicanos y a los pecadores. En la mejor literatura creativa, o sea en la biografía, el drama, la historieta y las novelas, se 'cruzan los caminos congestionados de la vida', y allí uno escucha 'los gritos de la raza y del clan'. Tal vez no aprenda allí lo que puede ser la acción de Dios, pero se acercará más a la necesidad del hombre."³⁷

El estudio nunca debe llegar a ser un refugio de la realidad. Milo Arnold nos advierte que "un hombre que descubre que es difícil encontrarse con la gente puede disculparse de no realizar la tarea penosa de visitar al enterrar la cabeza en un libro. Los libros son cosas peligrosas si llegan a ser escondrijos"³⁸.

Los libros también pueden ser una trampa si el predicador se convierte en un hombre de pensamientos en vez de un hombre que piense. Oliver Wendell Holmes dijo en cierta ocasión que aunque un hombre pueda ordeñar 300 vacas, debe también saber cómo hacer la mantequilla con esa leche.

VI

El predicador nunca llegará a ser el estudiante que debe ser ni seguirá siéndolo, sin tener una distribución planeada de su tiempo, tan detallada que "apriete los momentos" de la misma manera que su presupuesto de dinero aprieta sus centavos. El mero hecho de tener un presupuesto evidentemente no provee ni más dinero ni más momentos. Alguien lo definió diciendo:

*Hacer mi presupuesto es la cosa que debo hacer;
Digo esto con tono muy enfático.
Estoy tan "pelado" como estaba ayer,
Pero ahora es problema sistemático.*

Wayne Oates escribe: "Todo lo que un ministro tiene para regalar es su tiempo. Lo debe hacer con más habilidad que la que usa el hombre de negocios al regalar, e invertir su dinero y al lograr ganancias de todo ello. Un uso flexible y sabio del tiempo es necesario para la propia salud del ministro tanto como para su eficacia."³⁹ Y Arnold nos recuerda: "Algunos ministros han fracasado porque no sabían lo suficiente. Algunos ministros han fracasado porque no oraban suficientemente. Posiblemente algunos clérigos hayan fracasado porque carecieron de talentos. Pero el número es legión de los que han logrado menos de lo que hubieran podido o debido hacer, por el mal uso del tiempo."⁴⁰

En un artículo intitulado "Recién terminé mi entrenamiento", Claude Garrison, un ministro metodista y ex-superintendente de distrito, escribió lo siguiente en cuanto a la importancia del uso disciplinado del tiempo:

El joven tiende a huir de la disciplina estricta al graduarse de la escuela, esperando que nunca oirá otro timbre de principio de clases. Pero lo que aceptó como una rutina en los corredores de su institución educativa ahora lo tiene que adoptar con dig-

nidad y con alegría en el pastorado. Nunca llegará a ser eficiente si no hace sonar sus propios timbres de clase, si no hace sus propias asignaciones, y planea una rutina programada que le provea la satisfacción de lograr terminar su trabajo de acuerdo al horario sin dejar que llegue a ser una mera rutina.

El día para el que no hay programa o plan alguno es bastante común. El hombre que fracasa en este punto tiende a no tener ningún horario rígido de preparación de sermones, y poca fidelidad a la lectura regular. Es irregular en sus visitas a los hogares y no es muy responsable en asuntos de administración. En los casos extremos, el hombre llega a ser un problema para sí, para su iglesia y para su familia.⁴¹

El presupuesto del tiempo debe ser realista. Definitivamente debe ser flexible. Pero salvará al predicador de trabajar en contra de sí mismo, pensando mientras ora que debiera estar visitando, o mientras está visitando que debiera estar estudiando, o mientras estudia que debiera estar trabajando en boletines para ponerlos en el correo. Nadie puede soportar el trabajar continuamente con la conciencia culpable.

Dentro del tiempo asignado para el estudio es importante desarrollar un programa con propósitos definidos. Por supuesto que una parte del estudio debe ser para la preparación de sermones. Pero más allá de la tarea inmediata de prepararse para predicar el siguiente sermón, el ministro necesita tener un programa sistemático de estudio y lectura generales. Por ejemplo, el ministro debe estudiar libros sobre la predicación, la tarea de aconsejar y la administración de la iglesia. Leerá libros de sermones, no tanto para descubrir bosquejos específicos cuanto para encontrar gérmenes de ideas e ilustraciones útiles. Necesitará leer la literatura de santidad, clásica y corriente; y libros de teología y de filosofía de religión. La base de todo ello debe ser un plan sistemático del estudio bíblico que desarrolle al paso de los años un conocimiento creciente y de primera mano de toda la Palabra de Dios.

Su plan debe dejar algo de tiempo para otras clases de lectura. "La lectura hace al hombre completo", es el aforismo

bien conocido de Francis Bacon. Casi cualquier obra de historia, literaria, biografía, y aun de ciencia, tanto la popular como la más técnica, viajes y los eventos del día "sacarán agua de una piedra" para el predicador, si lee con un cuaderno a la mano, y con la mente alerta.

En esta conexión es importante tener un sistema para preservar los frutos del estudio. Este bien puede ser un sistema de cuadernos o de archivos. Yo no tengo ninguna idea particular y predilecta que quiera que otros acepten. Lo único importante es que debe ser sencillo y un sistema práctico para un predicador ocupado. Un amigo mío compró un sistema ya hecho, que a mí me parecía carísimo. Más tarde, cuando le pregunté cómo le gustaba, me dijo: "Es maravilloso, si uno tiene una secretaria dedicada a mantenerlo."

Un semillero de sermones es una parte significativa del programa de estudio de todos los predicadores. Los mejores sermones son aquellos que van creciendo, no los que se construyen bajo la presión de una fecha fija. La mayoría de los sermones empiezan con un texto o con un asunto, al que pueden añadirse en seguida divisiones, material de contenido e ilustraciones.

Sobre este punto también permítanme decir algo a favor de un plan de largo alcance para la predicación. Si bien mi preferencia personal sería un plan basado en una porción de las Escrituras, casi cualquier plan es mejor que nada. Una ventaja es que mientras que uno está estudiando o leyendo sobre otros temas, casi sin hacer esfuerzos recogerá material sobre asuntos con los que tratará en una fecha posterior. Cito otra vez las palabras de Claude Garrison, quien dijo: "Si el Espíritu Santo ha de tener oportunidad de guiarnos, es menester que busquemos audiencia con El, en sesiones de verdadero trabajo atrás de puertas cerradas, usando los instrumentos que poseemos. Una vez que usted pague el precio de hacer un plan de predicación para el año eclesiásti-

co, nunca volverá atrás. Cada semana, mientras que hace diferentes tareas y lee de diversas fuentes, encontrará materiales y se dirá a usted mismo: 'Tengo un sermón en formación sobre este tema.' Con este plan es fácil tener algunas cosas 'en preparación' sin tener el hacha homilética constantemente lista y procurando frenéticamente cortar leña para el sermón siguiente."⁴²

Otra ventaja de un plan de predicación es una que ya mencionamos al discutir los valores del estudio disciplinado en general. William Barclay explica:

Si el predicador no hace planes sistemáticos, continuará predicando sobre aquellas cosas que significan más para él y sobre esas cosas que están en el primer plano de su mente. Cuando esto sucede, uno resulta con una predicación desequilibrada. Por ejemplo, conocemos la clase de ministro que predica todo el tiempo acerca de la segunda venida. Conocemos al pacifista que no puede excluir el pacifismo de sus sermones. Conocemos la clase de predicador que no hace nada más que fulminar denuncias, y la clase de predicador que no hace nada más que predicar de un amor casi sentimental. A éstos debemos añadir el predicador que se limita a lo que él llama 'la pura verdad', o a la religión o a la política. Si predicamos sólo acerca de las cosas que queremos seleccionar, necesariamente predicaremos un evangelio tristemente truncado.⁴³

Si todo esto ha hecho que el ministerio parezca como un trabajo intelectual difícil y como algo que no es una ocupación para la mente perezosa, excelente. No requiere la brillantez intelectual ni una fantástica personalidad, pero ciertamente demanda honradez y fidelidad en el sentido completo y en el desarrollo de los talentos que Dios nos ha dado a cada uno de nosotros. El hecho de que nuestro llamamiento también demanda de nosotros una piedad verdadera y una espiritualidad profunda no hace que los requisitos intelectuales sean menos sino que sean aún más exigentes. Tal como lo expresó Elton Trueblood: "En la iglesia, aún más que en el mundo, es importante que cada deber sea hecho bien en vez de hacerlo torpemente, porque hay tanto que está en juego. Es importante que el escritor cristiano se

discipline para escribir claramente, y el conferenciante cristiano se discipline para hablar convincentemente. El hecho de que estemos tratando con las cosas santas no significa que la piedad puede reemplazar a la valiosa destreza."⁴⁴

Para terminar, consideremos los renglones de "La oración del maestro", escritos por Handley C. G. Moule, quien fue él mismo un erudito de primera categoría:

*Señor y Salvador, verdadero y benigno,
Sé el Maestro de mi mente;
Bendice y guía y fortalece todavía,
Todos los poderes de mi pensamiento y mi voluntad.*

*Mientras yo ejerzo el deber del erudito,
Jesucristo, que estés cerca, te pido;
Ayuda la memoria, despeja mi cerebro
Para continuar buscando y hallando el conocimiento.*

*Tú me hiciste, mente y alma;
Yo por ti usaría mi todo.
Tú moriste para que yo viviera;
Todos mis poderes a ti te doy.*

*Luchando, pensando, aprendiendo todavía,
Permíteme entonces seguir tu voluntad,
Hasta que toda mi feliz naturaleza
Sea entrenada para el deber y para ti.*

CAPÍTULO 4

El ministro como predicador

En sus términos más amplios, la predicación es la comunicación oral del evangelio. Como tal, es el deber principal y la obra suprema del ministro cristiano. La negligencia en este punto no puede compensarse por ninguna otra actividad. Tal como lo expresó Emil Brunner una vez: "Donde hay verdadera predicación, donde, en la obediencia de fe, la Palabra es proclamada, allí, aunque parezca todo lo contrario, sucede el evento más importante en esta tierra."¹

Después de que uno ha dicho todo lo posible a favor de otros modos de comunicación, la predicación todavía es la manera principal con la que Dios alcanza los corazones humanos con su verdad redentora. Bien expresa esa verdad el traductor del libro de Helmut Thielicke titulado *The Trouble with the Church*; en el prefacio dice: "Dondequiera que encontremos, aún en el día de hoy, una congregación dinámica y llena de vida, encontramos en su centro la predicación vital." Y Elton Trueblood, que cita estas palabras, agrega: "No ha habido ningunos cambios en nuestra cultura que cambien el hecho de que la palabra hablada puede ser una fuerza poderosa en la vida humana. La buena predica-

ción todavía es posible y a veces obra una diferencia decisiva. Aunque ya haya pasado el tiempo cuando sea fácil reunir una multitud, cuando menos por ahora, todavía es cierto que la gente acudirá a esas reuniones donde se espere, con alguna razón, que algo se dirá con claridad y con convicción, acerca de los asuntos más importantes de la vida."²

El desafío de nuestro tiempo no es principalmente el de más predicación. Definitivamente es el de mejor predicación. Gordon H. Clark, escribió en *Contemporary Evangelical Thought*: "Si el cristianismo, en vez de sus imitaciones modernas, ha de hacer un impacto en nuestra sociedad, es menester que la predicación llegue a ser más rica, más amplia y más profunda. Además, la fe que es predicada debe ser defendida en contra de los asaltos de sus enemigos mediante la formulación y la exposición de un punto de vista del mundo que sea completamente bíblico. Esto requiere más eruditos, más discusión, más publicación, y un aprecio más amplio de la importancia de la tarea."³

El propósito de la predicación es relacionar la Palabra de Dios con las necesidades de los hombres. Es construir un puente entre la verdad salvadora y la persona que necesita ser salva.⁴ Faris Whitesell escribió: "El predicador debería ser capaz de tomarle el pulso y sentir el espíritu de la época en la que vive. Para hacer esto, es menester que esté en contacto con las corrientes de la vida y del pensamiento. Tal comprensión le ayudará a dirigir su predicación al mundo de hoy en vez de dirigirla al de ayer. Luccock dice que nuestra época tiene un sentido de insignificancia, inseguridad, inutilidad y vaciedad. Otros la llaman una época confundida en la que vivimos en un vacío moral. Las normas morales que sean objetivas y válidas casi pertenecen a la historia. ¡Qué época en la que podemos predicar las verdades morales eternamente fijadas de la revelación divina tal como son reveladas en la predicación expositiva!"⁵

Robert Mounce define la predicación como "ese esla-

bón eterno entre el gran Hecho redentor de Dios y la comprensión humana de él. Es el medio por el que Dios hace contemporánea su revelación histórica de Sí mismo, y le ofrece al hombre la oportunidad de responder con fe. Sin esta respuesta, la revelación está incompleta. Sin la predicación, el poderoso hecho divino se queda como un acontecimiento del pasado. Lo que el hombre necesita desesperadamente es un encuentro redentor en el Ahora siempre presente. La predicación responde a esta necesidad al hacer el pasado contemporáneo, y al persuadir al individuo a responder en fe".⁶

En la predicación, Dios, quien es eterno, pronuncia su "Palabra que resuelve y salva en la situación que es contemporánea".⁷ John R. W. Stott dijo: "Es por la predicación que Dios hace que la historia pasada sea una realidad presente. La cruz fue un suceso único histórico del pasado y siempre permanecerá así. Pero allí se quedará, en el pasado, en los libros, si Dios mismo no lo hace real y aplicable a los hombres de hoy. Es por la predicación, en la que El hace su llamamiento a los hombres por medio de los hombres, que Dios logra este milagro. El abre los ojos de ellos para que vean su significado verdadero, su valor eterno y su mérito duradero."⁸ Y Paul Scherer agrega el pensamiento que "la Biblia es el libro del predicador, no sencillamente porque es la historia de lo que sucedió una vez, sino también porque en ella y por ella y por medio de ella, aquello mismo está sucediendo ahora".⁹

Si la predicación es un elemento tan importante en la tarea total del ministro como hemos llegado a creer que es, debe haber mucho acerca de ella en el Nuevo Testamento, y lo hay. Es nuestro propósito examinar algunas de las maneras en las que la verdadera predicación es descrita. Una lista de siete grandes términos describe la función de la predicación como se cumple por el ministro en su papel de *mensajero, voz, apóstol, heraldo, profeta, evangelista y maestro*.

I

El primer término y probablemente el más importante para designar la predicación en el Nuevo Testamento es *kerussein*, que significa anunciar como un heraldo, proclamar un mensaje. Se usa alrededor de 38 veces en el Nuevo Testamento, de las cuales casi la mitad aparece en los evangelios. Pablo usa el término 13 veces, como en 1 Corintios 1:23-24: "Pero nosotros predicamos (proclamamos) a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios." Se traduce "predicar, proclamar, publicar", y el sustantivo correspondiente *kerux* o "heraldo", siempre es traducido como "predicador". De él se deriva el conocido término *kerygma*, una proclamación, que ahora es usado en los estudios del Nuevo Testamento como un término técnico para la proclamación del evangelio al mundo.

Este término ha sido descrito como "una parábola en una sola palabra". Pinta al predicador como un heraldo cabalgando por la ciudad, llamando a los hombres a tomar las armas, proclamando una amnistía del rey, hablando audazmente en el nombre del monarca.¹⁰ Subraya el hecho de que el predicador cristiano habla como un mensajero, haciendo una proclamación que él no originó, contando las buenas nuevas de lo que Otro ha hecho. Lawrence Toombs dice: "Los sermones metafísicos, ideados para exponer el misterio de la naturaleza divina, pueden impresionar a la congregación con la erudición del ministro, pero nunca alcanzarán el nivel del evangelio. La predicación no es hacer indagaciones curiosas en cuanto al carácter de Dios, sino una proclamación de lo que Dios ha hecho con su pueblo Israel y por la humanidad en Jesucristo."¹¹

De una manera semejante, George Buttrick ha escrito: "La predicación no es lucir nuestras opiniones sobre los

libros o la historia o aun sobre Jesús. No es una conferencia sobre la religión. No es 'la interpretación cristiana de la vida'. No es ni siquiera una homilía sobre la religión cristiana. Es . . . la declaración de un Suceso, sin el cual no podría haber ninguna interpretación cristiana de la vida. No es la declaración de nuestra convicción, sino del suceso que prende y sella nuestra convicción . . . El evangelio es la proclamación de algo ya hecho para los hombres, la anunciación de un hecho tan asombroso con gozo que Clean, un personaje de Browning tuvo cierto derecho al decir de los cristianos primitivos: 'Sus doctrinas no podrían ser creídas por ningún hombre cuerdo.' Su predicador de ellos es el que interrumpe a sus prójimos al gritar: 'La cosa más maravillosa ha sucedido.'"¹²

Además de otros significados, y ciertamente tiene muchos más, el proclamar lo que Dios ha hecho en Cristo imparte la nota de autoridad a la palabra del predicador. El habla con todo el peso del Rey cuyo heraldo es. Ciertamente la gente de hoy en día anhela escuchar una palabra con autoridad, aquella palabra que viene como la palabra de Dios. Más proclamación y menos denuncia sigue siendo, y será siendo, la predicación positiva que prende la mente moderna y se posesiona de ella.¹³

II

Un segundo término que se usa para predicación viene de la palabra griega para "evangelio", *euangelizein*. Es la fuente de nuestras palabras castellanas evangelizar, evangelismo, evangelístico y significa literalmente, traer, anunciar o contar las buenas o felices nuevas. El sustantivo que representa el contenido de la acción es "evangelio", las buenas nuevas. El sustantivo que representa al que habla es "evangelista". Está relacionado íntimamente con la proclamación

siendo que tiene referencia particular al mensaje cristiano para un mundo perdido.

La prioridad del evangelismo en el ministerio de la predicación de la iglesia se ve en el hecho de que la gran palabra para designar el mensaje de la iglesia, la palabra evangelio, sea el mismo término del que procede *evangelismo*. El evangelismo no es sólo una *parte* de la tarea de la iglesia en el mundo. Se acerca mucho a ser toda su tarea. Recordemos que la persona a quien Pablo escribió el mandamiento: "Haz obra de evangelista" (2 Timoteo 4:5), estaba llenando lo que nosotros consideramos el oficio pastoral.

D. T. Niles ha escrito: "El evangelismo es la lucha por la salvación de este mundo. Es la continuación del ministerio del Dios encarnado que vino para que el mundo fuera redimido."¹⁴ Jesús vino "a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lucas 19:10), y lo que les dijo a sus discípulos fue: "Como me envió el Padre, así también yo os envío" (Juan 20:21; véase 17:18). Es necesario que aquello que tuvo un lugar tan grande en la obra de la iglesia primitiva tenga un lugar importante en la nuestra.

Jesse Weatherspoon, en su excelente libro titulado *Sent Forth to Preach*, escribió: "La seguridad de haber sido llamados por Dios a participar con Cristo en su misión redentora como heraldos del evangelio; una sensibilidad apremiante al poder y a la dirección del Espíritu Santo; un concepto amplio y elevado de la predicación como un método eficaz de ganar a los hombres a la fe; y la posesión de un mensaje que ardía en sus mentes y en sus corazones como la única esperanza de la salvación del mundo: todos éstos son elementos del evangelismo apostólico que son esenciales para todos los que quieren fortalecer y hacer permanente el evangelismo nuevo que promete tanto."¹⁵

Leighton Ford recuerda la analogía usada por Samuel Zwemer, el gran misionero al mundo islámico: "El evangelismo es un choque de almas. Podríamos medir su efecto por

una ecuación: $M \times V = I$, o sea, la masa por la velocidad iguala el impacto. Si permitimos que la *masa* represente la verdad del evangelio", dice el señor Ford, "entonces el *impacto* de nuestro evangelio en el mundo estará en proporción directa con la *velocidad*, la *urgencia*, con la que se entrega."¹⁶

Hay una precaución que no debemos olvidar en la declaración de Halford Luccock de que "una iglesia viviente está siempre en busca de los pecadores; la calamidad verdadera para una iglesia sucede cuando se llena de 'buena' gente en una 'buena' calle, en una 'buena' parte de la ciudad. Una 'buena' iglesia pequeña nunca puede ser muy útil en la obra del reino de Dios".¹⁷

Pero hay otro punto que no debemos pasar por alto en relación con la predicación como evangelización. Es menester que la predicación sea caracterizada por el amor y el gozo. "La predicación que es enteramente de amenazas y que no tiene nada de amor puede aterrar, pero no salvará."¹⁸

El obispo metodista libre J. Paul Taylor escribió así de ese asunto:

Es enteramente fácil que uno que no tiene la plenitud de gozo explote con severidad legalista en contra de los devotos de los placeres mundanos, olvidando que vivimos en un mundo infeliz y hambriento. El especializarse en ridiculizar la música y el baile modernos, en los que un caos de sonido se junta con la locura de movimiento, es cavar un abismo entre uno mismo y las almas que desesperadamente necesitan ayuda, haciendo imposible el contacto. Ese es el procedimiento del hermano mayor farisaico, que no puede pensar en nada más que la vida desenfadada y licenciosa de su hermano pródigo. Pero toda su condenación severa no induce al hijo perdido a dar un solo paso para salir del corral de los cerdos. Es un hombre sumamente infeliz que repulsa en vez de atraer, un hombre que nunca tuvo una fiesta para su propia alma, y que se enoja por la música, la danza y el regocijo en la casa del Padre que atrajo al pródigo en la "perla de las parábolas".¹⁹

Aun el contenido de la comunicación puede ser modificado por la manera y por el espíritu en que se expresa. El mero tono de la voz puede causar una gran diferencia en lo

que lleva a los demás. George Duncan de Escocia dijo en el Congreso Mundial de Evangelismo en Berlín:

Creo que es necesario que la exactitud del mensaje sea asegurada y protegida, no solamente mediante una presentación cuidadosa de la verdad de Dios . . . sino también al darle atención prudente al tono de voz que usemos. Es tan posible torcer y desfigurar la gracia y misericordia de Dios en Cristo por el tono de voz con el que dirigimos la palabra a nuestro pueblo, como lo es falsear la verdad del evangelio tal como se revela en Cristo por un error que proclamemos. De nuestro Señor se dice que era "lleno de gracia y verdad"; uno siente que Cristo nunca hubiera usado el tono de voz que se escucha tan frecuentemente hoy.

Recuerdo muy vivamente que al pasear en las calles interiores de Londres, vi a un joven cristiano predicando al aire libre a una multitud de espectadores. Tenía en su mano una Biblia grande, pero yo razoné que debía haber tenido un palo grande, porque sencillamente estaba azotando a la gente. Mientras yo escuchaba su voz, se me ocurrió la pregunta: "¿Será posible que Cristo jamás haya hablado así?" . . . La presentación de la gracia de Dios de parte de este joven fue arruinada y destruida por la manera en la que presentó la verdad.²⁰

Uno de los errores más tristes que fueron atribuidos a William Archibald Spooner de Oxford, fue su error de decir "las reprensiones llorosas del evangelio" en vez de decir "las nuevas gozosas del evangelio".²¹

Tal vez otra manera de dar énfasis a este punto sería el llamar la atención a la propia identificación de la Biblia con el espíritu de su evangelio: "He aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor" (Lucas 2:10-11). Lo que necesitamos tanto como cualquier otra cosa en estos días es un avivamiento de la nota de alabanza y de gozo en la predicación. Lo que tenemos que contar son buenas nuevas. Puede incluir la nota de juicio, y lo hace. Sin embargo, el tono fundamental del mensaje del predicador debe reflejar el gozo de la salvación.

En su libro *Preaching the Word with Authority*, Frederick W. Schroeder subraya así ese punto: "El hacer que los hombres estén conscientes de su pecado y de su necesidad

es una cosa; el concentrar en su testarudez y en su maldad, y prácticamente excluir las buenas nuevas del evangelio eso es otro asunto. Es la ruina de una porción considerable de la predicación norteamericana que sea excesivamente analítica. Si hay alguna cosa que la mayoría de nosotros hacemos extraordinariamente bien en el púlpito, es la de hacer un análisis completo de la condición humana; de hecho, la diagnosis ha llegado a ser tan común en la predicación que se dice que el púlpito sufre de la parálisis del análisis."²²

El obispo Taylor cita palabras significativas: "Todavía es menester que aprendamos el ministerio de gozo . . . Sabemos que los hombres son pecaminosos, y les señalamos, a menudo sin cariño, la fuente de salvación. Hay una área en la que frecuentemente fallamos, al no reconocer que los hombres están desanimados y necesitan esperanza, que están atrofiados y necesitan la luz del sol. De modo que nos paramos al lado de la cama de la humanidad enferma, prescribiendo recetas monótonas y estamos sorprendidos por su efecto escaso."²³

El teólogo alemán Paul Deitenbeck citó la siguiente declaración de Bezzel: "En todo sermón deben ser proclamadas (las palabras) . . . ¡Me regocijo, regocíjate conmigo!" Agregó: "En este mundo hambriento de gozo la gente procura fabricar de todas las maneras posibles esa felicidad que dura sólo poco tiempo. El gozo duradero se encuentra sólo en Jesús. Por esto los colaboradores de Dios pueden ayudar a que haya gozo, puesto que viven en el gozo del Señor. De modo que nuestra fe hasta le presta un sentido de humor a la vida diaria. Nuestras joyitas de gozo diario pueden hacer que sea más fácil que otro llegue a Jesús."²⁴

Las credenciales verdaderas de nuestro ministerio no están colgadas en un marco sobre una pared de nuestro estudio. Viven en el registro de las vidas cambiadas. "Los milagros de gracia", dijo C. H. Spurgeon, "han de ser los sellos de nuestro ministerio."²⁵ Spurgeon definió la pasión evange-

lística en la predicación como "la lógica encendida".²⁶ "La mejor manera de predicar para que los pecadores lleguen a Cristo", dijo, "es predicarles a Cristo."²⁷

III

El tercer término usado en el Nuevo Testamento para describir la predicación es uno de los verbos griegos más comunes: *lalein*. Significa contar, hablar. Es la palabra usada para describir la actividad de Jesús en Marcos 2:2: "Les predicaba la palabra." Se usa cinco veces en los Hechos con el significado de predicar (8:25; 11:19; 13:42; 14:25; 16:6). Pablo la usó con respecto a su ministerio oral en 1 Corintios 2:13, que dice: "Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual."

Esto, si acaso lo necesitamos, puede servirnos como un recordatorio de que la predicación es la palabra hablada. Uno puede tener un sermón escrito, en sus notas, o ideado de antemano. Pero llega a ser predicación cuando se entrega y mientras se entrega.

Lo contrario, por supuesto, es muy claro. El hablar presupone el oír. Esto señala la importancia de mantener relación con la congregación. Hay un toma y daca en la predicación que hace que el sermón gane por el mero hecho de hablar. La predicación en la forma de contar o hablar incluye el diálogo. Gene Bartlett escribió:

La palabra *predicada* también es la palabra *escuchada*, y cada uno oye de acuerdo a su propia experiencia. El predicador necesita tomar en cuenta el hecho sencillo de que está participando no en un monólogo sino en una conversación. En algunos puntos de su predicación, su sermón necesitará reflejar la reacción de aquellos a quienes está predicando. Esto es una parte importante de la sensibilidad del predicador. Es menester que demuestre que conoce tanto al oyente como a la Palabra. No sólo necesita estar consciente de la revelación de Dios, sino que también ha de estar sensible a lo que sus oyentes aceptan y lo que rechazan. De la misma manera el adorador debe sentir que

en el predicador él también tiene una voz. Es una parte activa de la conversación, un individuo que está actuando, no un objeto que recibe la acción de otro.²⁸

Posiblemente como un paréntesis debamos añadir un punto que recalcó Thomas Keir. La responsabilidad que tiene el ministro de hablar presupone una responsabilidad del pueblo, la de oír. "Desde su principio hasta su fin, la Biblia insiste en la responsabilidad, no sólo del predicador, sino del oyente . . . No sólo hay cualidades diferentes de los predicadores sino cualidades diferentes de los oyentes. 'La multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado' (Juan 12:29) . . . Las épocas verdaderas de gran predicación siempre han sido las épocas en que el pueblo ha oído cuidadosamente. No es posible decir que la gran predicación sea previa a oír con cuidado ni viceversa, sino solamente que éstos íntimamente condicionan el uno al otro."²⁹

La predicación como hablar incluye un discurso directo. *Lalein* es hablarle o contarle algo a alguno. El hablar en la tercera persona raramente es predicar. Si no hay una relación de "yo-tú" establecida entre el predicador y su audiencia, la comunicación puede ser una conferencia o un ensayo oral, pero no es predicación.

Citamos otra vez las palabras de Bartlett sobre la diferencia entre simplemente atraer atención y el ganar interés. "Algo que llame la atención puede hacer que un hombre sea un espectador, pero no le hace un participante. El interés verdadero viene cuando uno siente que está involucrado, o para usar una expresión mejor, que 'se le ha dirigido la palabra', como lo expresaría Martin Buber. Pienso que esto, más que cualquier estratagema o habilidad homilética, es el secreto del verdadero interés. Tenemos interés en aquello en que nos involucramos. Que sea claro que un sermón trata con las opciones vivientes con las que se confronta una persona, y que ésta inevitablemente llega a interesarse en el

resultado. La predicación teórica o remota que no se dirige a la persona en la situación viviente inevitablemente llega a ser insípida porque no es aplicable; no trata con ninguna opción viviente.³⁰

Herbert Farmer les escribió a los predicadores algo en este sentido: "El buen contenido, el lenguaje oportuno, la estructura y el arreglo firmes, llegan a ser gran predicación sólo en proporción en que lleguen a ser, en la manera en que sólo puede lograrlo la palabra, el vehículo de una relación directa de yo-tú entre tú y aquellos a quienes les diriges la palabra."³¹

Esto incluye lo que ya hemos notado en relación con el ministro como estudiante. Es menester que él se esfuerce por expresar su mensaje en un lenguaje sencillo, claro y directo. El predicador que toca una melodía olvidada en una trompeta insegura no debe sorprenderse que ninguno le escuche.³²

Martín Lutero dijo: "Los sermones deben dirigirse a la . . . gente común. Si en mis discursos estuviera pensando en Melancton y en los otros doctores no haría nada de bien: pero predico en lenguaje claro a la gente común e ignorante, y eso agrada a todos los grupos. Si conozco el griego, el hebreo y el latín, reservo estos lenguajes para nuestras sesiones de eruditos, donde tienen uso, porque en ellas tratamos con tales sutilezas y profundidades, que Dios mismo, pienso, debe a veces maravillarse de nosotros."³³

El consejo de James Denney es digno de ser seguido: "No predique sobre las cabezas de la gente. El hombre que tira encima del blanco no prueba de esta manera que tiene municiones superiores. Simplemente demuestra que no es un buen tirador."³⁴

Esto no significa poca profundidad o que tengamos que ser condescendientes al hablar con la gente. El predicar como que uno fuera superior nunca levanta a nadie. La única cosa que es peor que hablar encima de las cabezas de la gente es

no dirigirle nada a sus cabezas. Más bien, hagamos como dijo Juan Wesley: "Los predicadores pueden pensar con los eruditos, pero es menester que hablen con la gente común."³⁵ Charles Spurgeon escribió: "No es suficiente hablar tan claro que uno pueda ser entendido; es necesario hablar de tal manera que no pueda ser mal entendido . . . Nuestro lenguaje tiene que ser intenso. Algunos se imaginan que esto consiste en hablar en alta voz, pero puedo asegurarles que están en un error. La locura no se mejora por ser rugida."³⁶

John Broadus dijo: "Es necesario que uno constantemente piense hasta que sus pensamientos estén claros, y que adquiera el dominio amplio y fácil de los mejores recursos de lenguaje, si quiere poder hablar sencillamente y todavía decir algo de valor verdadero."³⁷ Cuando verdaderamente comprendemos la naturaleza de la predicación en su expresión de hablar o contar, estaremos muy lejos de la clase de sermón descrito por el finado Andrew W. Blackwood, como "una discusión no instructiva de problemas imaginarios en un lenguaje incomprensible."³⁸

IV

Un cuarto término que considerar es *didaskein*, que significa enseñar, dar instrucción, instruir por medio de un discurso a otros. Se usa en este sentido 97 veces en el Nuevo Testamento. Dos sustantivos se relacionan con el contenido de la enseñanza: *didache* y *didaskalia*, de los cuales el último "parece señalar más fuertemente enseñanza constante de acuerdo a alguna norma".³⁹

La enseñanza, en el sentido del Nuevo Testamento, junto con otros términos que examinaremos, se acerca mucho a lo que hoy llamaríamos la "predicación pastoral". Es menester que la enseñanza nunca se oponga a la "predicación" como si fuera algo enteramente diferente. Tiene referencia particular a la predicación en la iglesia, aunque se usa en el

ministerio de Jesús para referirse a sus discursos públicos dirigidos a las multitudes, entre las que se encontraban muchos de los que no eran sus discípulos y que nunca llegaron a ser sus discípulos. La enseñanza consolida las ganancias del evangelio. Interpreta y explica lo que está siendo proclamado. H. Grady Davis dice:

La enseñanza no se estima de menos importancia que la predicación en la iglesia del Nuevo Testamento. El relato inspirado nos dice que Jesús hizo ambos: predicaba el reino de Dios y enseñaba acerca de él; y no debemos dudar que el evangelista quiere decir ambos cuando dice ambos. Así que Pedro y Pablo y todos los demás predicaban y además enseñaban. La enseñanza se incluye en cada lista importante de los deberes ministeriales en el Nuevo Testamento.

La enseñanza, como la predicación, es hecha al mandato de Dios y en su nombre, con la plena seguridad de que El obra por medio de ella. Tanto el maestro como el predicador está capacitado para su tarea por el don directo del Espíritu Santo: la enseñanza es por un don carismático, lo mismo que toda función en el cuerpo de Cristo. Dios es el autor y sostén de la enseñanza en el mismo grado en que lo es de la predicación.⁴⁰

Davis señala además que, en las referencias nuevotestamentarias a la asamblea de cristianos, las formas de hablar más características se describen como enseñanza y profecía, y no como predicación. Así por ejemplo, en Hechos 2:42 se nos dice que los creyentes "perseveraban en la doctrina (*didache*) de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones". Pablo les recordó a los corintios que les había mandado a Timoteo, "el cual os recordará mi proceder en Cristo, de la manera que enseñé en todas partes y en todas las iglesias" (1 Corintios 4:17).

Este versículo nos da otra consideración importante en la enseñanza. No solamente fue practicada "en todas las iglesias", sino que se interesaba en el "proceder en Cristo", esto es, en la ética cristiana. Esto no es un esfuerzo moralizador en ningún sentido. Es la demostración del patrón de

vida que está implicado al aceptar el evangelio proclamado, lo importante, los efectos resultantes, de la vida nueva en Cristo.

Como tal, la enseñanza en el ministerio público de la iglesia no solamente es legítima sino indispensable. Como nota Davis: "Los grandes predicadores cristianos siempre han sido ambas cosas, heraldos del evangelio y maestros. Lo que es más, mientras que la proclamación y la enseñanza pueden distinguirse fácilmente como tipos de discurso, en la práctica no es tan fácil así distinguir dónde una termina y la otra empieza."⁴¹ El "lado de creer" y el "lado de conducta" de la fe cristiana se mezclan y son la continuación el uno del otro tal como las dos mitades de una esfera.

V

Nuestro siguiente término que describe la predicación en el Nuevo Testamento es entendido muy mal; sin embargo es muy importante. Es *prophetein*, profetizar. Literalmente significa declarar, y en el griego secular de los tiempos del Nuevo Testamento significaba interpretar los oráculos de los dioses.⁴² Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, uno de los significados de "profetizar" era "pronosticar o predecir" (véase Juan 11:51). Sin embargo, en ambos Testamentos, profetizar también quería decir anunciar la voluntad de Dios, especialmente declarar lo que no puede ser conocido por medios naturales (por ejemplo, Mateo 26:68). Por supuesto, hay quienes sostienen, como W. E. Vine, que la profecía como una función del ministerio cesó con la terminación del canon de la Escritura.⁴³ Sin embargo, en cierto sentido innegable, como señala Davis, el evangelio es el cumplimiento de la profecía, y su predicación es "una continuación de la obra del profeta".⁴⁴ La nota profética en el ministerio cristiano es la declaración de la voluntad de Dios bajo la unción directa e inmediata del Espíritu Santo.

La declaración de Pablo en 1 Corintios 14:3 se acerca

mucho a una definición del significado de la profecía en el Nuevo Testamento: "Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación." Ninguno de estos términos quiere decir predicción de algo nuevo. Todos ellos representan esos resultados que son tan necesarios ahora en la iglesia como lo fueron en los tiempos del Nuevo Testamento. Thayer define la palabra *profeta* tal como se usa en el Nuevo Testamento como "uno que es movido por el Espíritu de Dios y que por ende es su órgano o portavoz, quien declara solemnemente a los hombres lo que ha recibido por inspiración, especialmente los sucesos futuros, y en particular los que se relacionan con la causa y con el reino de Dios y con la salvación humana".⁴⁵

Es significativo que los contemporáneos de Jesús nunca pensaban en El como un sacerdote, aunque oraba mucho. Siempre se referían a El como *rabí*, Maestro, o como "uno de los profetas". Deseaban saber si era "el profeta que habría de venir", el profeta escatológico cuya aparición introduciría el día del Señor. Fue su ministerio de enseñar y predicar lo que le valió los títulos de Rabí y Profeta.

El profetizar en el sentido cristiano es "la proclamación de la palabra revelada de Dios bajo la dirección del Espíritu y la interpretación de la palabra de Dios y de la actividad de Dios en su significado moral y espiritual".⁴⁶

Algo de la misma distinción que ya notamos en el Antiguo Testamento entre el profeta y el sacerdote, existe en el Nuevo Testamento entre el profeta y el maestro. E. Stanley Jones pone esto de relieve cuando escribe: "En la iglesia de Antioquía había 'profetas y maestros' (Hechos 13:1). Los maestros por lo general son los que conservan el pasado, pasando a otros las lecciones que han sido aprendidas de los antepasados. Los profetas por lo general son los radicales, quieren aplicar las lecciones del pasado al presente y al futuro. Empujan lo que 'está' hacia lo que 'debe ser'. Sin ellos retrocedemos de lo que 'está' hasta lo que 'era'. Mantened

vivo el profeta en vuestra alma."⁴⁷ "La misión del profeta es el alma de la iglesia."⁴⁸

Quizás, como sostiene Dwight Stevenson, la disposición profética sea aún más importante en nuestro día que en el pasado. "Es difícil", dice él, "aún para un hombre de Dios, vivir en una sociedad opulenta sin llegar a ser un hombre mundano. Entonces, la genuina función profética sale del ministerio, y el ministro llega a ser lo que equivale en el siglo veinte alregonero público del pasado, que sube al púlpito cada domingo por la mañana y clama: '¡Las once de la mañana, y todo va bien!' Grita: 'Paz', cuando no hay paz. Tranquiliza y consuela cuando debe perturbar; condona cuando debe juzgar y perdonar. El profeta falso puede ser un profeta de Baal."⁴⁹ Tal predicación cabe perfectamente con la disposición de la mujer que dijo: "¡Yo quiero ser conmovida, pero no perturbada!"

Lo que la profecía significa para nosotros sobre todo es la unción del Espíritu Santo, tanto en guiarnos a toda verdad como en darnos poder para la proclamación de su Palabra. Echando mano de la comparación refulgente de F. B. Meyer, "el Espíritu Santo opera como el poder eléctrico en el alambre de la palabra".⁵⁰ El alambre sin el poder es inútil. Alguien de otra generación habla de un punto que todavía es muy importante cuando dice: "Ningún hombre puede hacer la obra cristiana de ser un testigo por Cristo y de Cristo sin ser investido de poder. Poder que nos fue dado como un don permanente en el Pentecostés. Nuestra tarea demanda la renovación perpetua. Y todos podemos tenerla. Sin ese poder, la elocuencia, la erudición, y todo lo demás, no son más que metal que resuena, o címbalo que retiñe."⁵¹

El profeta, ungido con el Espíritu, no puede evitar el comunicar tanto lo que siente como lo que piensa en cuanto al evangelio. Es menester que el predicador esté involucrado emotiva e intelectualmente en lo que proclama. Como un

ministro dijo a un grupo de sus consiervos: "¡Poned más fuego en vuestros sermones, o viceversa!"⁵²

Por supuesto, hay una diferencia profunda entre la emoción y el sentimentalismo. El sentimentalismo es el abaratamiento y la explotación de la emoción. Sin embargo, Bartlett tiene razón al decir: "Sencillamente porque la emoción puede llegar a ser falsa, y artificial no significa que podamos negar que el sentimiento profundo sea un elemento de la grande predicación. Cuando se emplea en su propio interés, la emoción llega a ser de mal gusto e insalubre. Pero cuando viene como una respuesta sincera al significado del evangelio, es purificadora, elevadora y es un poder para el bien."⁵³

Richard Baxter podría hablar por todos nosotros cuando dice en su librito clásico sobre el ministerio pastoral que se titula *The Reformed Pastor*: "Me maravillo cómo puedo predicar . . . un poco y fríamente, cómo puedo dejar a los hombres en sus pecados, y que no llegue ante ellos y que no les ruegue por el Señor que se arrepientan, como quiera que lo interpreten y cualesquiera dolores o problemas que ocasionen. Pocas veces salgo del púlpito sin sentir que mi conciencia me azota por no haber sido más serio y ferviente. Me acusa no tanto por la falta de adornos o elegancia humanos, ni por haber dejado salir una palabra desagradable, sino que mi conciencia me pregunta: '¿Cómo puedes tú hablar de vida y de muerte con tal corazón? ¿Acaso no debes llorar por tal gente, y no deben tus lágrimas interrumpir tus palabras? ¿No debes tú llorar en alta voz y mostrarles sus transgresiones y rogarles y suplicarles como si fuera por vida y muerte?' "⁵⁴

VI

La siguiente palabra de importancia para describir la comunicación oral de la verdad divina por el ministro es *parakalein*, exhortar, rogar, suplicar o amonestar. El sustan-

tivo que describe la exhortación o la súplica es *paraklesis*. Su significado etimológico es el hecho de llamar a un ayudante, de *para* "al lado", y *kaleo*, "llamo". El que así es llamado al lado es el *parakletos*, el título que Jesús aplicó al Espíritu Santo en los discursos de la Santa Cena del Evangelio de Juan, y que Juan aplica a Cristo en 1 Juan 2:2.

Para evitar que un estudio ya largo pase completamente fuera de los límites, podemos dejar que la palabra exhortación represente un grupo entero de lo que Grady Davis llama términos "terapéuticos" de la predicación, o sea aquellos vocablos diseñados para cambiar y mejorar al creyente.⁵⁵ Incluidas en este grupo hay palabras para estímulo o consuelo (*paramutheomai*), hacer recordar o amonestar (*nouthetein*), fortalecer o confirmar (*episterizein*), edificar (*oikodomeo*), reprender, exponer, condenar (*elegchein*, *epitiman*, y *epiplessein*) y discutir, disputar, argüir (*dialogomai*).

La idea de desafío es común a todas estas palabras, y casi imbuida en la idea de exhortación está la de desafío. Exhortación es "una llamada a la puerta", "una nota de comparecer". Como hemos visto en relación con la profecía del Nuevo Testamento, es una de las tres funciones de la predicación profética: "Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación" (1 Corintios 14:3). Esencialmente es una demanda de que la persona que la recibe haga una decisión.

Aquí está una de las mayores diferencias entre la predicación, la conferencia o la redacción. La predicación demanda una respuesta. Henry Ward Beecher dijo: "Un sermón no es como un cohete chino encendido para que haga ruido. Es el rifle del cazador, y con cada descarga debe ver caer su casa."⁵⁶ Roy Pearson escribió: "La predicación buena siempre demanda un veredicto. '¡Contestad!' demanda a la congregación. 'Contestad: sí, o contestad: no, pero antes de volver y regresar a vuestras tareas comunes, contestad!'"

Y el señor Pearson agrega: "Si la predicación no cambia nada, no logra nada."⁵⁷

Piense uno lo que piense del total de la teología de Rudolph Bultmann, hay poca razón de quejarse con su definición de la predicación: "¿Qué queremos decir con la *predicación*? Evidentemente, la predicación no es la sencilla comunicación de los hechos. El informarle a la gente de un descubrimiento hecho por la investigación científica o histórica no es predicación. De la misma manera, es necesario distinguir la predicación de la enseñanza o instrucción: la presentación de asuntos matemáticos o filosóficos, por ejemplo, no es predicación. ¿Por qué no? Porque la predicación significa una declaración que habla directamente al oyente y le reta a una reacción específica."⁵⁸

Este hecho acerca de la predicación, en las palabras de Alan Richardson, es lo que la constituye como un asunto del autojuicio de los hombres. Richardson escribió:

No sólo en los sucesos espectaculares de la historia mundial . . . está ahora manifestándose el juicio de Dios. Este juicio es un proceso que está sucediendo en dondequiera que la Palabra de Dios sea proclamada; es como si los hombres estuvieran juzgándose a sí mismos de acuerdo a su aceptación o rechazo del evangelio (Hebreos 4:12 y ss.). Los malhechores odiarán la luz, y ya están juzgados (Juan 3:18-20); el rechazar la predicación del nombre de Cristo es rechazar *zoe* (vida), que es lo mismo que incurrir en la ira de Dios (Juan 3:36). Mediante nuestra aceptación de Cristo en este día de oportunidad anticipamos el veredicto del 'último día' (Juan 3:18; 12:48).⁵⁹

Esto no debe ser interpretado para significar que la respuesta a la exhortación tiene que ser visible para ser verdadera. La respuesta puede tomar varias formas. Clifford define la predicación como "la proclamación de la palabra de Dios, en la que el Señor mismo se enfrenta con la congregación de creyentes en gracia salvadora y santificadora, inspirándoles a la adoración, la acción de gracias, el arrepentimiento y a la ofrenda de sí mismos".⁶⁰

Hay un sentido en que la Palabra de Dios tiene efectos de los que el oyente en el momento tal vez no esté consciente. Ambos Oswald Chambers y Gene Bartlett han escrito sobre esto. Chambers anotó: "Tal vez no veamos resultado alguno en nuestra congregación, pero si hemos presentado la verdad y alguien la ha visto por un segundo, esa persona nunca puede ser igual otra vez, un elemento nuevo ha entrado a su vida. Es esencial recordar esto y no medir el éxito de la predicación por los resultados inmediatos."⁶¹ Y Bartlett agrega: "La realidad más profunda es que la predicación efectivamente les trae nuevas cualidades de vida a aquellos que participan en la experiencia. No es una idea acerca de la vida cristiana; es la vida misma lo que les es dado. De una manera profunda la verdadera experiencia es una de cumplimiento y recreación personales. Cuando la predicación alcanza su más alto nivel, un hombre no sale diciendo sencillamente: 'Yo debo', aunque hay grandes imperativos éticos, ni 'Yo lo haré', aunque hay de por medio grandes decisiones. Más profundo que todo esto, el ser humano ha de salir diciendo: 'Yo soy'; porque hasta cierto grado, o en algún aspecto, es una creación nueva. Algo ha sucedido en él y con él. La señal de la predicación no es algo que él ha oído, sino algo que él ha llegado a ser. No es una definición nueva lo que ha recibido, sino una dimensión nueva de la vida misma."⁶²

Para conformarse al significado de la exhortación, es menester que la predicación cause una diferencia. Cada sermón debe buscar comprensiones más amplias, penetraciones más profundas, vidas rendidas y cambiadas, y corazones purificados. El seminarista que llevó su sermón al instructor de homilética con la pregunta, "¿Está bien este sermón?", recibió la única respuesta apropiada: "¿Para qué está bien?" Roy L. Smith cuenta de un joven de la India que visitó varias iglesias evangélicas en los Estados Unidos de América. Dijo: "Me impresionó mucho el hecho de que todos los bancos

estaban acojinados. Me parecía que hasta los sermones tenían cojines."⁶³

Pero no quisiera dejar este grupo de términos que giran alrededor de la idea de exhortación sin llamar la atención a un aspecto muy importante de su significado total. Esto es la inclusión de la idea de consuelo o consolación. "Exhortación y consolación" están unidas en el versículo de 1 Corintios (14:3) que se ha citado dos veces. El *Parakletos*, además de ser llamado el Consejero, el Abogado, y el Ayudador, también es llamado el Consolador.

Hace años que John Henry Jowett llamó la atención a esta función de la predicación en la forma siguiente: "He estado muy impresionado en los años recientes", escribió, "por un estribillo que he encontrado repetidas veces en muchas biografías. El doctor Parker repetía vez tras vez: '¡Predicad a los corazones despedazados!' Y aquí está el testimonio de Ian Maclaren: 'El mayor propósito de la predicación es el consuelo . . .' Nunca puedo olvidar lo que una vez me dijo un erudito distinguido, que solía venir a mi iglesia: '¡Su mejor obra en el púlpito ha sido la de infundir ánimo a los hombres para la semana entrante!' Y permitidme traer os un pasaje casi sangriento del doctor Dale: 'La gente quiere ser consolada . . . Necesitan consuelo, no sólo lo anhelan, realmente lo necesitan.'"⁶⁴

Más recientemente, William Barclay dijo: "De modo que la predicación debe equipar y educar la mente; la predicación debe retar y encender la voluntad. Pero todavía hay otra parte del hombre. *Es menester que la predicación hable al corazón*. Ningún hombre jamás será predicador si no tiene a su pueblo en su corazón. Una cosa que el predicador nunca debe olvidar es la necesidad humana de los feligreses que están delante de él."⁶⁵

VII

El término final para designar la predicación que consi-

deraremos aquí es uno que se nos acerca mucho. El predicar es dar testimonio, *martyrein*. Pablo dice que su comisión de Cristo le constituye como "ministro y testigo" (Hechos 26:16). Esta también es particularmente la palabra de Juan para la predicación. Casi no usa ninguna otra.

Que el ministro sea un testigo nos dice dos cosas. Nos recuerda que la predicación verdadera es costosa. *Testigo* es la palabra de la que se deriva *mártir*. El testigo, como mártir, invierte la totalidad de su vida en la realidad del evangelio.

El obispo J. Paul Taylor ilustra esto vivamente con una anécdota: "Encima del techo de un edificio en el recinto de un seminario teológico está la figura grande hecha de piedra de una pelicana rodeada de sus pajaritos. Oí a un profesor de ese seminario contar que había llegado al recinto un día antes de que la figura de piedra fuera levantada a su lugar en la orilla del techo, y al observar a un empleado de la escuela que estaba observándola atentamente, el profesor se acercó. Unos momentos después, el empleado le preguntó al profesor qué significaba la figura. El narró la fábula de la pelicana que había desgarrado su propia pechuga con el pico para alimentar a sus pequeñitos hambrientos con su propia sangre de vida, cuando no había encontrado ningún otro alimento. El empleado se quedó solemnemente silencioso unos pocos momentos, y entonces contestó: 'Espero y ruego a Dios que este pájaro construya su nido en el corazón de cada joven predicador que llegue aquí para estudiar.'"

El obispo Taylor continúa: "Verdaderamente es necesario que pongamos la sangre de nuestro corazón, así como sudor y lágrimas en nuestro servicio, si este mundo moribundo ha de ser salvo . . . Testigo es una palabra que contiene sangre, porque contiene amor, y el amor sangra. Es la única manera en la que podemos bendecir al mundo. La palabra bendecir originalmente significaba 'el consagrar con sangre', de modo que las palabras sangre y bendecir están íntimamente relacionadas."⁶⁶

Siempre será verdad que la predicación que no cuesta nada no logra nada.

Que el ministro sea un testigo también deriva parte de su significado del uso moderno del término testigo. El testificar es hablar de la experiencia personal. La evidencia que se basa en lo que "alguien ha oído" no será aceptada, ni en la corte ni en el púlpito. Aunque indirectamente esto está implicado en la frase: "El que trabaja en el campo tiene derecho a ser el primero en recibir su parte de la cosecha" (2 Timoteo 2:6, *Versión Popular*). Esto es tanto su privilegio como su deber. No es posible que el predicador predique verdaderamente lo que no haya experimentado, así como no puede regresar de un lugar donde no haya estado. "Has descrito esta moneda muy bien", es la respuesta del oyente al predicador; "pero dime, ¿la tienes en tu bolsa?"

El sermón es la sombra alargada del hombre.⁶⁷ Sin la vitalidad de la experiencia personal, la predicación cristiana hubiera sido aplastada por la persecución en las primeras seis semanas de su actuación. La pregunta aguda que Jesús le hizo a Pilato siempre es apropiada para el predicador: "¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?" (Juan 18:34). "La predicación es declarar esa verdad cuyo significado esencial y eterno se ha visto, y cuya fuerza ha sido sentida y comprendida en el propio espíritu de uno."⁶⁸

El obispo Ralph Cushman cuenta de un laico piadoso, en una ciudad en el este de los Estados Unidos, que puso las manos sobre los hombros del ministro un día y, con ansiedad retratada en su rostro, le dijo: "Quisiera que ustedes los ministros, al subir al púlpito, a veces dejaran sus manuscritos y simplemente nos dijeran lo que Dios en Cristo significa para ustedes."⁶⁹

Daniel T. Niles ha ofrecido una ilustración inolvidable de lo que significa el hecho de que un predicador sea un testigo. Señala que hay tres formas de ser testigo. Uno puede ser testigo como espectador, como alguien que está involu-

crado, o como uno que está afectado profunda y personalmente. Por ejemplo, un accidente de automóvil puede ser visto de tres maneras: por un espectador parado en la esquina de la calle; por un pasajero en uno de los automóviles; o por uno que ha sido herido en el accidente y cuya vida ha sido afectada por ello. El contexto de la predicación es que algo le ha sucedido al predicador mismo. Es menester que él mismo sea una parte de la evidencia de que su mensaje es verdadero. La predicación se enciende de las chispas que vuelan del yunque de nuestra propia experiencia mientras que Dios nos forja, a martillazos, de acuerdo con su voluntad y con su propósito. La palabra que juzga a otros ha de juzgarnos a nosotros primero.⁷⁰

Ian M. Fraser definió la predicación como "esencialmente el llamar a los hombres que oigan con el predicador y por sus palabras la Palabra viviente de Dios, el llamamiento a los hombres a que estén alerta, bajo una Autoridad de la que el predicador testifica y a la cual se somete".⁷¹

Por supuesto, como dijo Peter Forsyth, no nos basamos en el hecho de nuestra experiencia sino en el hecho que hemos experimentado.⁷² Somos testigos, no de nosotros mismos, sino de nuestro Salvador. Clifford nos recuerda de la práctica de Miguel Angel que trabajaba con una candela atada a su frente con una correa para que su sombra no cayera sobre el mármol que estaba esculpiendo.⁷³ Tenemos que evitar el proyectar la sombra de nuestras propias nociones e idiosincrasias sobre el rostro del Maestro que queremos recomendar.

¿Qué diremos entonces de estas cosas? Sólo que la predicación es proclamar las buenas nuevas de salvación como un heraldo proclama el mensaje de su rey, enseñando la Palabra con la unción del Espíritu, exhortando a nuestros oyentes a que nos sigan como nosotros seguimos a Cristo.

Aquí es atinada la palabra de cautela que ofrece Milo Arnold: "El hombre en la iglesia pequeña necesita recordar

que no hay ningún evangelio pequeño, y ningún púlpito pequeño. Puede haber grupos pequeños de gente que necesitan su ministerio y puede haber comunidades pequeñas que necesitan pastores, pero no hay ninguna excusa para sermones pequeños o para predicadores pequeños. Los feligreses de la parroquia más pequeña necesitan sermones tan grandes y servicios tan elevados como los feligreses de la congregación más grande. Tienen el derecho de esperar lo mejor del hombre bajo la dirección de Dios. Ninguno puede permitirse el lujo de dar menos que lo mejor que tiene a cualquier servicio, porque en el momento en que lo hace, desciende de lo mejor a algo más bajo de lo que podría ser."73

"El privilegio implica responsabilidad", escribió James W. Clarke. "La responsabilidad profetiza juicio. Que nunca olvidemos que vendrá un día cuando estaremos ante el gran trono blanco, y de él saldrá una voz como la del Hijo de Dios, preguntando: 'Te di mi evangelio, ¿qué hiciste con él?'"74

*A menudo cuando la Palabra está en mí para ser entregada,
Se levanta la ilusión y la verdad se ve desnuda; Desierto
o muchedumbre, la ciudad o el río,
Se funde en un paraíso lúcido de aire—
Sólo como almas contemplo a la gente de la visión,
Encadenadas que deben conquistar, esclavos que
deben ser reyes—
Escuchando su única esperanza con una sorpresa vacía,
Tristemente contentas con una demostración de
cosas.
Entonces con un torrente el anhelo intolerable
Vibra en mí como la llamada de una trompeta—
¡Oh, que yo pudiera salvar a éstos, que pudiera perecer
por su salvación,
Morir por su vida, ser ofrecido por todos ellos!*

—De "St. Paul", por F. W. H. Myers

CAPÍTULO 5

El ministro como pastor

La función pastoral en el ministerio moderno se representa mejor en la metáfora bíblica del pastor. La idea del líder religioso como un pastor aparece por igual en el Antiguo y el Nuevo Testamentos.

En el Antiguo Testamento, lo que vemos principalmente es el pastor infiel, el sacerdote infiel o el falso profeta. "Sus atalayas son ciegos, todos ellos ignorantes; todos ellos perros mudos, no pueden ladrar; soñolientos, echados, aman el dormir. Y esos perros son insaciables; y los pastores mismos no saben entender; todos ellos siguen sus propios caminos, cada uno busca su propio provecho, cada uno por su lado" (Isaías 56:10-11).

"Porque los pastores se infatuaron, y no buscaron a Jehová; por tanto, no prosperaron, y todo su ganado se esparció" (Jeremías 10:21). "¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi rebaño! dice Jehová" (Jeremías 23:1). "Ovejas perdidas fueron mi pueblo; sus pastores las hicieron errar, por los montes las descarriaron; anduvieron de monte en collado, y se olvidaron de sus rediles" (Jeremías 50:6).

Ezequiel pronunció un oráculo memorable en contra de los pastores infieles de Israel en Ezequiel 34:1-31. Antici-

pando proféticamente el uso que Cristo haría del término, Ezequiel da la promesa: "Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor" (34:23). La edad mesiánica verá el oficio del pastor confiado a hombres fieles: "Y pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, ni se amedrentarán, ni serán menoscabadas, dice Jehová" (Jeremías 23:4). "Y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia" (Jeremías 3:15).

En el Nuevo Testamento, como ya hemos visto anteriormente, Cristo es el Buen Pastor (Juan 10:11, 14), y el espectro del pastor infiel todavía aparece como el asalariado que deja las ovejas cuando llega el lobo (Juan 10:12). No obstante, la promesa del pastor verdadero se cumple en la relación de los ancianos u obispos de la iglesia "al rebaño" (Hechos 20:17, 28) y en la lista de la función pastoral como uno de los oficios del ministerio del Nuevo Testamento en Efesios 4:11.

Aunque 1 Pedro 5:1-4 no emplea específicamente el término pastor, más que en relación con el Príncipe de los pastores, describe claramente la función pastoral: "Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacientad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria."

El oficio pastoral es insinuado si no declarado en el hecho de que con más frecuencia se hace referencia a los seguidores de Cristo, presentes y potenciales como ovejas. Los falsos profetas, aunque sean lobos rapaces, vienen con vestidos de ovejas (Mateo 7:15). Las multitudes eran como ovejas

que no tienen pastor (Mateo 9:36; Marcos 6:34). El pueblo de Israel era como ovejas perdidas (Mateo 10:6). La compañía de los finalmente redimidos son las ovejas en contraste con los cabritos (Mateo 25:33). Cristo busca sus otras ovejas, no de este redil (Juan 10:16). La misión de Pedro es la de apacentar los corderos y las ovejas (Juan 21:15-17). Como ovejas que se habían descarriado, ahora hemos regresado al Pastor y Obispo de nuestras almas (1 Pedro 2:25).

Sin embargo, se puede conceder sin discusión que la comparación del pueblo con las ovejas no debe extenderse a todos los puntos. También podemos reconocer que el ministerio de hoy difiere mucho más de aquel de los tiempos del Nuevo Testamento en las funciones del pastor y del superintendente, que lo que es en su tarea de predicar. Todavía es importante reconocer el desafío distintivo de la fase pastoral de un ministerio nuevotestamentario en nuestro día.

I

Por supuesto, en cierto sentido, cualquier división de las funciones de un ministerio total es algo artificial. El ministro es un hombre íntegro que debe obrar también totalmente con las necesidades totales de personas enteras. El fijar líneas definidas entre preparar, predicar, pastorear y administrar no es tan sencillo como parece a primera vista. El mismo líder sirve a los mismos feligreses en todas estas maneras, y lo que él es y hace en una capacidad se extiende a todas las otras.

En su libro intitulado *The Christian Shepherd* Seward Hiltner divide las funciones del ministro en tres categorías: pastorear, comunicar y organizar. Dice: "Bajo las circunstancias apropiadas cada una de ellas llega a ser el interés principal . . . Pastorear . . . no describe la función total de la persona que llamamos 'pastor'. El es también uno que comunica el evangelio y organiza a los seguidores."¹

La relación íntima y esencial entre la predicación eficaz y la totalidad del ministerio pastoral casi es demasiado obvia para que no sea vista. Phillips Brooks dijo: "El predicador que no es pastor llega a ser remoto. El pastor que no es predicador llega a ser mezquino . . . Sed ambos; porque no podéis realmente ser uno si no sois el otro también."² Clifford declara que "la llave a la predicación eficaz está en un ministerio pastoral genuino".³

Charles F. Kemp en su obra *Pastoral Preaching* señala dos declaraciones que al parecer están opuestas, pero que realmente se complementan. Ambas son de Charles E. Jefferson, que fue pastor de una gran iglesia en Nueva York, hace muchos años. En 1904, Jefferson escribió: "La obra de predicar es la más difícil de todas las cosas que un ministro es llamado a hacer. De hecho, es la tarea más difícil que mortal alguno puede emprender. Es a la vez más ardua y la más exigente de todas las formas de labor. Requiere una combinación más amplia de facultades y un equilibrio más fino de poderes que la que requiere cualquier otro departamento de esfuerzo humano."

Ocho años más tarde, Jefferson publicó un libro intitolado *The Minister as Shepherd*. En él escribió: "Es una obra que requiere sabiduría extraordinaria, paciencia inagotable, fidelidad perseverante, audacia sin titubeo, esperanza, fe duradera y amor y sin límites; empero, no hay ninguna otra que sea más claramente la obra que Cristo quiere que sea hecha ahora. Y el futuro de la humanidad evidentemente depende más del cumplimiento fiel de esta tarea que de cualquier otra cosa. Es menester que las ciudades sean salvas, y sólo los pastores pueden lograrlo."⁴ Sin embargo, no hay contradicción entre ambas declaraciones. El ministro tiene que ser ambas cosas: predicador y pastor.

Harry Emerson Fosdick le dijo a un grupo de estudiantes ministeriales en el curso de una conferencia, que su mayor problema sería aprender a comprender a los feligreses

a quienes debían servir. Dijo: "Se da por sentado que ustedes conocerán el evangelio y que comprenderán los asuntos sobre los que predicar; pero ¿comprenderán lo que está sucediendo en la vida de los que les oyen predicar, y lo que les está sucediendo a ellos? La predicación es luchar con los individuos sobre cuestiones de vida y muerte, y hasta que esa idea domine la mente y el método del predicador, la elocuencia le ayudará poco y la teología no le ayudará en nada."⁵

Hay varias maneras en las que la función pastoral total puede ser analizada. Unos la verían como la función que incluye todo lo que no cae específicamente en la categoría de la comunicación oral pública del evangelio. Así por ejemplo, Kent cita cinco funciones principales que pertenecen al ministerio pastoral:

1. El ministerio pastoral: pastorear el rebaño de Dios, alimentar y cuidar de sus miembros (Hechos 20:28; 1 Pedro 5:2).
2. El ministerio educativo: enseñar a la iglesia (1 Timoteo 3:2; 5:17).
3. El ministerio de líder: dirigir en la adoración y en las actividades de la iglesia (Santiago 5:14).
4. El ministerio representativo: representar la iglesia oficialmente en ciertas ocasiones (Hechos 20:17).
5. El ministerio administrativo: presidir en la iglesia, no como dictador, sino por precepto y por ejemplo (1 Timoteo 5:7; 1 Pedro 5:2-3).⁶

Por supuesto, la función de pastorear es más específicamente lo que aquí nos interesa. Aun al riesgo de simplificar excesivamente el asunto, esta función puede ser dividida en tres áreas: cuidar, visitar y aconsejar.

II

Daniel Day Williams ha argüido a favor del uso de la

frase "el cuidado de almas" en lugar de la más venerable "curación de almas". Hay algo favorable que puede decirse de este cambio en la terminología, "porque siempre podemos cuidar aún cuando no podamos curar".⁷

Además de otros aspectos del significado de cuidar —y hay muchos— el ministerio de un pastor con corazón de pastor, valga la redundancia, tiene que concentrar en la persona. Eso nos impedirá considerar a los seres humanos como estadística, unidades que hay que contar. Aunque estén deformados por el pecado y feos al ojo natural, son almas preciosas que han sido compradas por un precio sin comparación. Hasta que nuestro amor al pueblo se aproxime al de nuestro Salvador, tenemos más tendencia a ser asalariados que a ser pastores genuinos bajo el gran Pastor.

El cuidado pastoral incluye muchas preocupaciones. Agustín nos ha dejado una declaración clásica: "Hay que reprender a los perturbadores, animar a los de poco ánimo, sostener a los débiles, refutar a los objetantes, proteger en contra de los traidores, enseñar a los que ignoran, despertar a los perezosos, refrenar a los contenciosos, reprimir a los orgullosos, pacificar a los litigantes, aliviar a los pobres, liberar a los oprimidos, aprobar a los buenos, soportar a los malos, y amar a todos."⁸

Martin Bucer (1551) nos da un análisis de cinco aspectos que agrega una nota importante: "El atraer a Cristo a aquellos que están alejados; hacer volver aquellos que se han apartado; el asegurar la enmienda de vida a los que caen en el pecado; fortalecer a los cristianos débiles y enfermizos; preservar a los cristianos que son íntegros y fuertes, e instarles a ir adelante en todo lo bueno."⁹

Hay mucha evidencia para mostrar que la conservación de los resultados de ganar las almas no es una de las características más fuertes de las iglesias evangélicas. Mientras que estamos logrando que nuevos feligreses entren por la puerta delantera, muchos otros están saliendo por la puerta

trasera porque en alguna parte fallamos en la tarea de conservación.

Esta no es en ninguna manera una súplica que hagamos menos para evangelizar. No obstante, hay poco valor permanente en criar pollos para los halcones. Si nos adhiriéramos a una teología que enseña que un solo momento de fe y un hecho de recibir a Cristo asegura la salvación final y eterna, podríamos comprender un poco esa actitud que considera que el altar es un fin en sí mismo. Pero nosotros no interpretamos así las Escrituras. Afirmamos la necesidad de la perseverancia en la fe con todo lo que esto requiere de educación, y de cuidado pastoral. Por esto necesitamos "fortalecer a los cristianos débiles y enfermizos" con más diligencia y necesitamos "conservar a los cristianos que son íntegros y fuertes, e instarles a ir adelante en todo lo bueno".

III

La visitación es una segunda función del pastor en nuestro día. La necesidad de ella no ha disminuido con el énfasis cambiante de la obra pastoral. Todavía hay que visitar a las viudas y a los huérfanos en sus tribulaciones (Santiago 1:27), hacer el ministerio de visitación a los enfermos (Mateo 25:36) y a los encarcelados tanto por las circunstancias como por barras de acero.

El obispo Henry Knox Sherrill escribió en su autobiografía:

Me han dicho que los tiempos han cambiado y que debido al ritmo moderno de la vida y a las nuevas condiciones de las viviendas, el visitar en los hogares es poco práctico. No lo creo ni por un momento. Es una racionalización de la falta de voluntad de muchos de emprender una tarea que parece ser humilde. Reconozco que hay una gran presión sobre los clérigos de hoy para que hagan mover adelante la institución de la parroquia en todas sus organizaciones y actividades. Sin embargo, durante los últimos veinte años he viajado por toda la anchura de nuestra iglesia y en todas partes he oído la misma queja de los laicos: no ven a sus pastores en sus hogares. Al parecer no hace ningun-

na diferencia si la parroquia es grande o pequeña. Si yo fuera a sugerir un medio para producir avivamiento espiritual en la iglesia, no sería la creación de nuevas organizaciones o lemas, sino que cada ministro visitara todos los días resuelta y persistentemente. Sé que pertenezco a una generación anterior, pero se me ocurre que muchos ministros se interesan demasiado en sí mismos. Quizás haya una introspección excesiva fomentada en nuestros seminarios. Para encontrar su vida, lo mejor que puede hacer cualquier ministro es perderla en la vida de su pueblo. Esto no se hace al pronunciar generalidades amplias acerca de las ovejas, sino al conocer bien a cada una de su rebaño.¹⁰

Una parte limitada de la función de la visitación pastoral puede ser lograda por programas y procedimientos formales de aconsejamiento. Sin embargo, hay necesidad de cautela en este punto. El obispo Leslie Ray Marston lo subraya:

Ni debe el ministro, que aparta ciertas horas de su día para aconsejar en su oficina o en su estudio, derivar la consecuencia de que al hacer tal cosa ha desempeñado sus responsabilidades de la visitación pastoral. Aunque se complementan entre sí, el aconsejar y la visitación pastorales no son la misma cosa. El primer principio de aconsejar requiere que el aconsejado busque al consejero, pero los que más necesitan la ayuda pastoral frecuentemente son aquellos que buscarán la manera de evitar al pastor en un encuentro de cara a cara. El pastor tiene que buscar sus ovejas contundidas, errantes y cansadas, dondequiera que estén.¹¹

Charles F. Kemp presenta el mismo punto:

A veces, sin embargo, un pastor puede tener un feligrés que necesita ayuda pero que no la busca. ¿Qué hacer entonces? El pastor tiene una ventaja sobre otras profesiones . . . El puede visitar sin ninguna pena, sin ninguna necesidad de dar una explicación. Por una visita puede hacerse asequible. A veces esto es todo lo que se necesita. Muchas personas han vencido su reserva y declarado un problema sencillamente porque el pastor las visitó, aunque esa misma persona nunca hubiera ido al estudio del pastor para buscar su ayuda.

Pero, por otro lado, hay veces en que la persona no aceptará la visita; entonces el pastor tal vez necesite arriesgar su relación por el bien propio de la persona. Tendrá que declarar franca-

mente pero comprensivamente sus razones por estar allí. "He llegado a saber que . . . Deseo saber si hay algo que puedo hacer para ayudarlo." Mucho depende de "cómo" el pastor haga tal contacto. Es menester que no dé la impresión de que quiere entrometerse o juzgar. Tiene que ser evidente su deseo sincero de ayudar.¹²

Clifford hace una lista de los objetivos de la visitación pastoral, que, él dice, tiene un propósito tan definido e intrínseco como la visita de un médico o de un trabajador social:

1. Para lograr conocer a la persona tal como es, y no sólo como se ve en su traje dominguero.
2. Para edificar una relación por la que el ministro pueda mediar la presencia de Cristo mismo en las crisis de la vida de sus feligreses de una manera en que ningún extraño lo puede hacer.
3. Para ensanchar los horizontes de aquellos a quienes visita.
4. Para preparar el terreno y abrir el camino para el aconsejamiento.¹³

Cada uno de estos puntos es significativo. Dos de ellos especialmente requieren un comentario adicional.

El pastor conoce sus ovejas y es conocido de ellas (Juan 10:14). La única manera en que esto puede hacerse sobre una base que sea más que algo fortuito es que él haga como Ezequiel cuando declaró: "Me senté donde ellos estaban sentados" (Ezequiel 3:15). Sólo por medio de tales contactos puede el pastor conocer los problemas reales de su pueblo. El finado W. E. Sangster escribió: "Hablando en términos generales su tarea el día domingo es la de contestar, con toda la riqueza de la erudición teológica y bíblica que tenga a su disposición, las preguntas que su pueblo ha estado haciéndole, tal vez inconscientemente, durante la semana."¹⁴

IV

El último punto en el resumen de Clifford guía a una

consideración del lugar del aconsejamiento en la obra pastoral. A pesar de todos los cambios que han sucedido en nuestra comprensión de la motivación y necesidades humanas, el aconsejamiento es esencialmente tan antiguo como las relaciones de hombre a hombre. Atrás de la terminología que ha cambiado y sigue cambiando, están las mismas situaciones en las que la experiencia ayuda a la inexperiencia, la sabiduría ayuda a la locura, y los fuertes sostienen a los débiles.

En el Antiguo Testamento, el consejo era principalmente la disposición de los sabios, que con los profetas y sacerdotes comunicaban la verdad de una generación y de un nivel de madurez y comprensión a otro nivel. El Hijo que llevaría el principado sobre su hombro sería llamado Consejero, o tal vez más exactamente, Admirable Consejero (Isaías 9:6). Una de las traducciones del término griego para el Espíritu Santo en el Evangelio de Juan es "Consejero", con toda la riqueza que este término español conota.¹⁵ En la correspondencia a los Corintios se nos permite "escuchar a hurtadillas" mientras que un experto consejero contesta preguntas en un estilo que estaría en conflicto con algunas técnicas modernas de aconsejamiento.

Este no es el tiempo ni el lugar, ni yo tengo la habilidad de dar una discusión técnica del campo inmenso y creciente de aconsejamiento. Sólo puedo indicar algunas de las consideraciones básicas en el ejercicio de esta fase del papel del ministro como pastor.

Es especialmente importante que reconozcamos lo distintivo del aconsejamiento pastoral. Es menester que el aconsejamiento pastoral nunca se confunda con el aconsejamiento de otras profesiones, sea psicológico, siquiátrico, vocacional, o aún con el aconsejamiento para el matrimonio como tal, aunque el pastor tal vez tenga ocasión de hacer algo de todas esas clases de aconsejamiento. El aconsejamiento pastoral es completamente diferente en dos maneras básicas:

primero, en cuanto a su objetivo; y segundo, en cuanto al papel del pastor como consejero.

Clifford ha dado la siguiente lista de los propósitos del aconsejamiento pastoral: (1) capacitar a una persona a llegar a una mejor comprensión de sí misma, y de la naturaleza de sus problemas; (2) ayudar al aconsejado a lograr la integración de personalidad basada en un ideal espiritual digno; y (3), su objetivo primario, efectuar la reconciliación del hombre con Dios. Clifford nota además que el pastor "tiene que encontrar una manera de combinar la actitud permisiva, que estimula a la persona aconsejada a ejercer su sacerdocio hasta los límites de su capacidad, con el papel del director espiritual, un encargado que medie el consejo entero de Dios". Clifford añade: "Una cosa es cierta: el oficio pastoral es único en cuanto a método. Deberíamos darle la bienvenida a las técnicas del aconsejamiento general y usarlas hasta donde sean aplicables; pero no pueden usarse sin modificación: han de ser entretrejidas con el propósito final de la iglesia cristiana, que es la reconciliación del hombre con Dios por medio de Cristo."¹⁶

Junto con la consideración de los asuntos secundarios, el papel distintivo del pastor como consejero es subrayado por Wayne Oates en su libro intitulado *Protestant Pastoral Counseling*. El doctor Oates encuentra cuatro elementos básicos que son requisitos previos para el aconsejamiento eficaz. (1) El interés de la persona necesitada de encontrarse con el pastor ha de ser suficiente para que la haga tomar la iniciativa. (2) El pastor debe tener un lugar razonablemente privado, adecuado e indiscutiblemente apropiado para aconsejar. (3) El pastor mismo debe controlar y determinar el factor de tiempo, y no dejar que esta decisión sea hecha completamente por el aconsejado. (4) El papel del pastor tiene que ser claramente definido y comprendido mutuamente.¹⁷ Uno de los elementos distintivos en el papel del pastor, Oates dice, es su confianza "en la realidad de la con-

cepción y madurez espirituales en la vida del hombre por la actividad creativa del Espíritu Santo".¹⁸

El doctor Oates también amonesta al pastor en contra de pasar por alto los recursos de la comunidad cristiana en su tarea de aconsejamiento. La iglesia misma contribuye al sostén y a la dirección de sus miembros. "Muchas personas en la comunidad de un pastor", dice Oates, "ya están dependiendo la una de la otra para ayuda y dirección emocionales. El pastor no necesita percibirse como un mero 'consejero' al que todos deben acudir. El corta los recursos de las fuerzas naturales de utilidad que existen en la comunidad misma si insiste en ser *el único* consejero. Por otro lado, si él se ve a sí mismo como el guía pastoral de una comunión resuelta de personas que tienen una intención creativa y redentora las unas con las otras, el pastor puede movilizar los recursos de toda la comunidad en ambas áreas, la prevención y la curación de algunos problemas sumamente personales."¹⁹

Además, "el pastor que está espiritualmente seguro sabe que la vida de la persona a quien él aconseja está realmente en las manos de Dios, y no en las manos de él. El Espíritu Santo y no él mismo es el Consejero. Los procesos de propósito en la situación de esta vida son mucho más profundos que su propio poder de investigar. Por consiguiente, puede 'descansar en estos pensamientos'. No tiene que apurarse para defender a Dios. No confunde su propia inseguridad con lo precario de la posición de un dios débil en el mundo. Puede tomar en serio los problemas del pueblo sin tener sentimientos desequilibrados o asumir su responsabilidad al grado que su trabajo le mantiene despierto durante la noche, preocupado por todos los problemas que la gente le haya presentado el día anterior".²⁰

El privilegio y la responsabilidad del pastor de tomar la iniciativa es otro aspecto de lo distintivo de su papel primordial como un hombre de Dios. Oates describe tanto este

hecho como las limitaciones intrínsecas en él:

Uno de los sellos del ministerio pastoral es que tenemos el derecho de tomar la iniciativa con nuestros feligreses, llegar a ellos, y expresar interés en ellos.

Sin embargo, nuestra iniciativa debe también ser tal que respetemos la soledad y la libertad individual de una persona. Nuestro objetivo debe ser el de estimular su propia iniciativa de tal manera que ellos quieran cooperar con cualquier grado de iniciativa que tomemos con ellos. En breves palabras, estamos confundiendo nuestra relación con el pueblo cuando tomamos completa responsabilidad de toda la iniciativa, y les privamos de la salud y de la fortaleza que naturalmente serán de ellos cuando sean estimulados a interesarse saludablemente en sus propios destinos . . . Una parte de la gran tarea de ser un pastor protestante eficaz yace en saber dónde hace la línea de equilibrio para la iniciativa entre el consejero y el aconsejado.²¹

En todo el aconsejamiento, repetimos, el papel del pastor "ha de ser comprendido clara y mutuamente. La persona debe entender con claridad que el pastor no es simplemente otro *vecino* que está procurando portarse amable y cordialmente, ni sólo otro *pariente* con interés creado y con su 'lado' en el asunto, ni es sólo un *predicador* que está buscando ilustraciones con las que dramatizará sus sermones. En vez de todo esto, es un *pastor* nombrado por los hombres y llamado a Dios a pastorear con confianza y obligación a todos los interesados".²²

V

Una de las contribuciones más importantes a la vida de otro que el pastor da en su obra de aconsejamiento es la seguridad que imparte del esmero y del amor para la persona que tiene problemas. La reacción normal de una persona en dificultad es un sentido de aislamiento. Tal vez nada necesite más que darse cuenta de que no está solo. Williams cuenta de un consejero con muy poca experiencia que había procurado ayudar a otra persona que pasaba por una crisis seria al decirle que estaba "seguro que la persona saldría bien". De esto logró la lección más importante que había aprendido

acerca de la terapia. Cuando había pasado la crisis, el aconsejado le dijo: "Lo que yo más necesitaba no era saber que saldría bien, sino que usted y los demás de quienes dependo me amarían sucediera lo que sucediera."²³

Es este elemento de solicitud lo que distingue entre el aconsejamiento verdadero y el dar consejos de manera despreocupada que puede hacerse durante un solo contacto breve. Oates contrasta esa aplicación de lo que orgullosamente puede ser llamado sentido común para cualquier y todos los problemas, con la actitud del consejero que "anima a la persona, por los procesos de la mudurez y de la intuición espirituales, a echar mano de su propio problema y luchar con él". El pastor le asegura que "no está abandonado . . . y le da compañerismo espiritual y ayuda en la peregrinación del crecimiento".²⁴

Tal solicitud es costosa. El pastor ha de cuidarse en contra de la patética situación descrita en las siguientes líneas:

*Anoche, oh amigo mío, a tu puerta llegué.
Con corazón abatido y con la muerte en el alma,
Llegué para clamar por consuelo. Y tú
Me diste palabras leves, alabanza ligera, lo que
produces como bufón:
No llegaré contigo para consuelo otra vez.*

*Acepta tú mi risa, siendo que te gusta tanto.
Las bromitas que los hombres tiran como en juegos
malabares.
Yo no adiviné cuánto estaba pidiendo;
Yo ni adivinaba qué tan difícil sería la tarea
De tu consuelo para un corazón que no conociste.*²⁵

Nunca es realmente apropiado contrastar los diversos segmentos de la obra pastoral. Ninguno de ellos puede ser desatendido o relegado a una posición menor sin torcer y

dañar toda la imagen entera. El hombre de Dios ha de ser un hombre íntegro, entero y completo tanto en su propia vida como en su ministerio público. El discípulo y el heraldo también tiene que ser el pastor. Se dice que entre las razones que dio Theodore Roosevelt por asistir a la iglesia fue su comentario que, cualquiera que sea la calidad del sermón que uno oiga, "oirá un sermón predicado por un hombre bueno que con su buena esposa, están ocupados toda la semana en hacer un poco más fácil la vida dura de otros". Y eso, al considerarlo al fondo, vale todo.

Grace Noll Crowell ha escrito un poema que ella llama "Un pastor a su pueblo".

*Vosotros sois mi pueblo, que me fue dado para amar,
Para servir, para pastorear en los días venideros:
Pido a Dios que yo sea digno
De este honor; estoy feliz porque fui guiado
Para llegar a vosotros, y que por la gracia gentil de Dios
Mis cuerdas hayan caído en este lugar placentero.
Quiero ser fuerte para trabajar donde hay necesidad;
Quiero ser verídico para servirlos como debo
hacerlo;
Y daría el pan de vida para alimentar
A cada alma hambrienta que llegara conmigo para
ser alimentada,
Y honraría con cada palabra mía
Al bendito Salvador, Jesucristo, nuestro Señor.*

*Os ruego que me tengáis paciencia. Si yo hiciera
Un error, con gusto lo enmendaré,
O si alguna equivocación involuntaria
Sea mía, amigos, necesito vuestra comprensión.
Para que, como pastor y grey, seamos
Edificadores juntos, ¡por la eternidad!*

CAPÍTULO 6

El ministro como supervisor

Veremos ahora una función del ministro que se describe con el término nuevotestamentario *episkopos*, superintendente u obispo y por ese otro vocablo paralelo *presbyteros*, presbítero. En la narración de la reunión de Pablo con los líderes de la iglesia de Efeso, en Hechos 20, los ancianos de la iglesia (v. 17) son llamados obispos, para apacentar la iglesia (v. 28). Se hace la misma identificación en Tito 1:5 y 7.

El supervisor es literalmente "el que vela o cuida de los creyentes". En algunos idiomas el término *obispo* originalmente tenía casi exactamente el mismo significado, pero con el tiempo llegó a denotar a un oficial eclesiástico que supervisa la obra de otros ministros. *Presbyteros* es una forma comparativa de *presbus*, un anciano. W. E. Vine distingue entre los dos títulos diciendo: "El término 'anciano' indica la experiencia espiritual madura y la comprensión de aquellos que así son descritos; el término 'obispo', o supervisor indica el carácter de la obra emprendida."¹

Es muy evidente que la mayor parte de lo que hoy se incluiría en las tareas administrativas del ministro era desco-

nocida en los tiempos bíblicos. Tenemos, sin embargo, el consejo sabio de Jetro a Moisés cuando el suegro del gran legislador vio cuán abrumado estaba Moisés con los detalles. Le dijo: "No está bien lo que haces. Desfallecerás del todo, tú, y también este pueblo que está contigo; porque el trabajo está demasiado pesado para ti; no podrás hacerlo tú solo. Oye ahora mi voz; yo te aconsejaré, y Dios estará contigo. Está tú por el pueblo delante de Dios, y somete tú los asuntos a Dios. Y enseña a ellos las ordenanzas y las leyes, y muéstrales el camino por donde deben andar, y lo que han de hacer. Además escoge tú de entre todo el pueblo varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; y ponlos sobre el pueblo por jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez. Ellos juzgarán al pueblo en todo tiempo; y todo asunto grave lo traerán a ti, y ellos juzgarán todo asunto pequeño. Así aliviarás la carga de sobre ti, y la llevarán ellos contigo" (Exodo 18:17-22).

Tenemos un caso parecido, narrado en Hechos 6:2-4, en la acción que fue tomada cuando las exigencias de una iglesia creciente comenzaron a mermar el tiempo y la fuerza de los apóstoles. Los Doce convocaron a la iglesia a una sesión, en la cual dijeron: "No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encargaron este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra."

Estos dos casos fueron ejemplos de arreglos administrativos, y ambos indican el valor y la necesidad de la supervisión administrativa. Sin embargo, la maquinaria de la organización de la congregación de Israel, y del cristianismo primitivo estaba muy distante de lo que nos parece esencial en estos días. Alguien ha observado que Dios llama a un hombre a predicar, pero que parece que la iglesia le llama a

hacer todo menos predicar. En su libro titulado *The Ecology of Faith*, Joseph Sittler comenta que "un ministro ha sido ordenado para ejercer un llamamiento; con mucha frecuencia termina dirigiendo una oficina".²

No muchos son tan dichosos como el predicador que se encontró con el presidente de la junta oficial de la iglesia a cuyo pastorado él había sido llamado, y a quien el oficial laico le dijo que sólo había dos cosas que la congregación quería que él supiera: "Primero, queremos que nuestro pastor sea un buen ejemplo delante de la congregación, y esto incluye que no estará fuera de su hogar todas las noches de la semana. Y, segundo, no queremos que nuestro pastor haga nada en la iglesia que los laicos podemos hacer."³

I

Pero a pesar de todas sus formas modernas, la responsabilidad administrativa del ministro no es enteramente nueva. Se ha dicho que Pablo "estaba tan interesado en expresar su ministerio pastoral al recoger dinero para los creyentes necesitados en Jerusalén como lo estaba en ayudar a un esclavo fugitivo a resolver su problema con personas encumbradas".⁴ Y Juan Frederic Oberlin, quien estaba al frente de una pequeña parroquia en una región llamada "el Valle de Piedra" situada en Waldsbach, escribió: "El pastor de Waldsbach, si procura ser lo que debe ser . . . es un perro pobre, una bestia de carga y un caballo de tiro. Tiene que hacer todo, cuidar todo, proveer todo y ser responsable de todo. Desde el amanecer hasta la hora de acostarme estoy ocupado, apresurado, abrumado, y sin poder hacer la mitad o aun la décima parte de lo que debe hacerse. Todo descansa sobre el pastor."⁵

Byron LeJeune narra la historia de un pastor en una pequeña aldea; sucedía que ese pastor desaparecía frecuentemente por largo tiempo, pero siempre a la misma hora sin decir una sola palabra a su esposa ni a nadie más en cuanto

a dónde iba. La señora de la casa pastoral, aunque naturalmente estaba muy curiosa, vacilaba en preguntarle a su esposo. Pero con el tiempo llegó a alarmarse por estas salidas de su marido. Cuando le contó su preocupación a un evangelista que llegó a la iglesia, éste le dijo: "Lo seguiré para saber adónde va."

Y dicho y hecho, la próxima vez que el pastor salió a esa hora de su casa, el evangelista salió detrás de él. El primero salió de la aldea, subió a una pequeña colina y allí se sentó sobre un tronco, desde donde podía ver hacia la aldea abajo. Al descubrir que el evangelista le había seguido, lo llamó: "Venga para acá. Quiero mostrarle algo."

Ambos ministros se sentaron juntos en el tronco, mirando hacia la aldea, allá abajo. Al principio no sucedió nada, pero luego llegó un tren, se detuvo en la estación por unos cuantos minutos, y luego salió echando humo. El pastor dijo: "¿Vio eso?"

"¿Vi qué?" le preguntó intrigado su amigo. "Nada más vi el tren que pasó."

"¡Eso exactamente!" dijo el pastor entusiasmado, y añadió: "Yo sencillamente tengo que estar aquí de vez en cuando para ver a ese tren llegar y salir. ¡Es lo único en todo este lugar que se mueve sin que yo tenga que ponerme atrás y empujar!"

II

No hay duda de que muchos pastores encuentran una tensión en sí mismos al tratar de reconciliar sus funciones como pastores y como supervisores. Thomas Hughart lo expresó en una forma muy atinada, al decir: "La organización significa la manipulación y el manejo de personas como partes de una máquina, mientras que el papel pastoral requiere la clase de consideración personal que anima al descubrimiento de novedad en la vida, y a las decisiones libres de maneras de expresarla."⁶ Sin embargo la coordinación eficaz

de las actividades del pueblo demanda la organización. Y la organización requiere la administración.

Cualquier forma posible de agrupación de personas en busca de objetivos comunes ha de tener estructura. Esta es la diferencia entre una multitud y una compañía. El establecimiento y el mantenimiento de una estructura es parte de la tarea del supervisor. Thomas Mullen dice: "El ministro protestante no está libre de otra ocupación o trabajo a fin de tener tiempo para ser un entrometido. Está libre para poner a trabajar al cuerpo de Cristo."⁷

En su librito de sermones titulado *Fresh Every Morning*, el obispo Gerald Kennedy describe tres filosofías del ministerio. Un ministro fue a una iglesia y se dijo, en realidad yo estoy aquí para que los feligreses me sirvan. Y la iglesia hizo exactamente eso. Estaba dispuesta a existir para glorificar a su inteligentísimo pastor. Otro hombre fue a una iglesia y le dijo a la congregación: "Estoy aquí para servirles." La congregación estuvo dispuesta a aceptar tal oferta, y él llegó a ser un recadero. Un tercer pastor fue a una iglesia, y declaró: "Venid, sirvamos juntos a Cristo." Este hombre, dice Kennedy, era quien comprendía la naturaleza verdadera del ministerio. "El estaba allí para llamar a todos los miembros de aquella iglesia a que, con él, sirvieran al Señor."⁸

Las complejidades de la administración pastoral no son enteramente una función de tamaño. Las iglesias más pequeñas frecuentemente son más exigentes que las grandes. Más responsabilidad cae sobre el pastor, simplemente porque parece que no hay personas capaces de servir, o dispuestas a hacerlo.

Siempre hay que tener presente la totalidad del ministerio. Pablo escribió: "Una cosa hago", cuando en realidad estaba haciendo muchas cosas: predicando, escribiendo cartas, dirigiendo las labores de otros, trabajando para lograr la permanencia y la estabilidad de las iglesias que él había esta-

blecido, luchando con problemas complicados, y hasta reuniendo dinero. El Apóstol escribe de "lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias" (2 Corintios 11:28). Empero, Pablo tenía derecho a declarar de que hacía una sola cosa porque todas sus actividades tenían un solo propósito, y todo "iba en la misma dirección y servía el mismo fin".⁹ Gene Bartlett lo explica de esta manera:

La respuesta a la pérdida de identidad del ministro en su ministerio no está, en primer lugar, en la eliminación de actividades, sino en la integridad de ellas. Si un hombre puede recuperar el sentido de que está desempeñando su ministerio en dondequiera que esté en contacto con el pueblo, entonces esto no es necesariamente el encerrarse en un estereotipo que otra persona le ha impuesto; puede ser la extensión de su propio concepto del ministerio hasta incluir todas las diversas responsabilidades que llenan su semana. Por la mera naturaleza de su relación que le permite entrar a los lugares profundamente personales de la vida de otras personas, no puede ser "sólo un administrador", o un "mero ejecutivo". En todas estas actividades es constantemente un pastor trabajando entre el pueblo de Dios, y en esta realidad encuentra la totalidad de su ministerio.¹⁰

III

Administración es un término general para todo lo que se incluye en la dirección, manejo o liderato de cualquier actividad. Es la función ejecutiva o del ejecutivo. Al definirla desde el punto de vista del grupo, la administración es "trabajar con la gente para fijar metas, para construir relaciones de la organización, para distribuir responsabilidades, para conducir programas y para evaluar logros". El "foco verdadero de la administración" es "la relación con los feligreses y entre ellos".¹¹

Un escritor ha hecho una lista de cinco responsabilidades administrativas: (1) La determinación y la aclaración de funciones; (2) La formulación de sistemas y de procedimientos; (3) La delegación de autoridad; (4) La selección,

supervisión y preparación del personal; y (5) La movilización y organización de todos los recursos asequibles para lograr los fines y propósitos de la organización.¹²

En la iglesia ésas son las tareas del pastor. Cualquiera que sea la organización, la responsabilidad de la coordinación y de la actividad efectiva del grupo al final recae sobre el hombre a quien Dios y la congregación han llamado. Su liderato o falta de liderato puede decidir el éxito o el fracaso de todo el programa de la iglesia. Bien lo expresó Douglas Horton cuando dijo: "Mientras más vivo, más claramente veo que el liderato es básico. Vez tras vez hemos sido testigos en una iglesia de un cambio benéfico o de un cambio que empeora la situación cuando llega un ministro nuevo. Dados el mismo ambiente social, la misma congregación, los mismos instrumentos para trabajar, un hombre ayudará a la iglesia a descubrir su razón verdadera de existir y destapará fuerzas latentes de gran poder espiritual mientras que otro fracasará."¹³

Hay diversas maneras de agrupar los variados aspectos del liderato pastoral. En su libro intitulado *Pastores del rebaño*, el doctor G. B. Williamson hace una lista de seis principios directores: (1) La delegación de responsabilidad, lo que requiere que el pastor sea suficientemente flexible para trabajar con toda clase de personas; (2) Enlistar la cooperación de otros; (3) Una actitud de magnanimidad, grandeza de espíritu, y de compasión; (4) Conservar un programa financiero sano; (5) Dar énfasis a lo fundamental; y (6) Mantener un programa espiritual vital.¹⁴

El doctor Curry Mavis señala que el liderato pastoral ha de ser ambas cosas: fuerte y democrático, o sea que tiene que evitar dos peligros opuestos: (1) la actitud de "que pase lo que pase", que es una abdicación de la responsabilidad del liderismo positivo; y (2) la actitud autocrática, que desatien-de la necesidad del proceso democrático. Tal liderato, Mavis concluye, requiere estas características fundamentales en el

pastor: la visión para el crecimiento, la capacidad de desafiar a los feligreses para que acepten su responsabilidad; la habilidad de reconocer las tensiones personales y de enfrentarse a ellas; y los recursos de confianza, optimismo y valor.¹⁵

Un autor ha escrito:

Una congregación quiere tener en medio de ella a un hombre que pueda guiarles para que su adoración sea significativa, que pueda inspirar a los creyentes con su predicación valiente, limpia y conmovedora, que pueda enseñarles la relación entre la vida y la religión, que pueda aconsejarlos en cuanto a sus problemas personales, y consolarlos en sus angustias, y que pueda administrar con diligencia los negocios de la congregación. Observemos los verbos incluidos en esta lista de requisitos: guiar, inspirar, enseñar, aconsejar, consolar y administrar. Estas son las funciones del ministerio.¹⁶

Después de estos resúmenes generales, notemos algunas de las actividades, ideales y actitudes incluidos en la función del ministro como supervisor.

IV

Desde luego que siempre hay la necesidad muy obvia de líderes fuertes para financiar la obra de la iglesia. Si alguien jamás se opone a reunir una ofrenda, sería bueno recordarle que San Pablo le dedicó dos capítulos (2 Corintios 8 y 9) a tal asunto.

La economía de la iglesia siempre tendrá algo del carácter de "finanzas frenéticas" en tanto que las abordemos en reversa, o sea formulando primero nuestro presupuesto de gastos, y decidiendo después dónde vamos a encontrar el dinero necesario. Desgraciadamente, siempre es más fácil gastar el dinero que recaudarlo.

Es menester que el pastor se encargue de que los fondos designados sean siempre manejados con el cuidado más escrupuloso. Los fondos de la iglesia son siempre fondos sagrados, fondos que se nos han encomendado, y han de ser tratados así.

Aunque el pastor es el responsable final por las finanzas de la iglesia, siempre debe procurar trabajar a través del grupo más fuerte posible de sus laicos. El ministro nunca debe involucrarse personalmente en la colecta o el desembolso de fondos, excepto en un caso de emergencia, y aun entonces no debe aceptar dinero sin dar un recibo, ni tampoco debe gastar dinero sin obtener un recibo. En todos los casos, ha de hacer una contabilidad escrupulosa e inmediata.

Aun la iglesia más pequeña haría bien en tener un comité de finanzas, aunque su trabajo probablemente nunca sea presentado tal como lo hizo un pastor quien, para explicar la función del comité, dijo: "Miren ustedes, el predicador es el pastor del rebaño, ¡y el comité de finanzas funciona como su bastón!"¹⁷

Las finanzas personales del pastor son de primerísima importancia. Tal vez él confronte la necesidad de vivir y vestirse como un hombre profesional con un salario que es menos que el de un jornalero. Pero si sus ingresos son menos que sus gastos, ¡su apariencia será su caída! Se dice correctamente que hay dos pecados que Dios está dispuesto a perdonar, pero que una congregación no perdonará: la levedad en las relaciones con el sexo opuesto, y el descuido en manejar el dinero.

V

Una área menos tangible pero de primera importancia en la administración pastoral es la de forjar un espíritu de entusiasmo en la iglesia. La mayoría de las "iglesias problemáticas" están afligidas con la falta de entusiasmo. Es verdad que esto puede ser el resultado de algunos problemas crónicos, para los que no hay ninguna solución aparente. Pero la falta de entusiasmo, que a veces se define como "baja moral", puede también ser la causa de otros problemas que a su vez sirven para intensificar el espíritu de desaliento y derrota en la congregación.

Curry Mavis señala que los fracasos del pasado, el tamaño pequeño de una congregación, la baja posición socio-económica de sus feligreses, y las tensiones que emanan de diferencias de opinión o de personalidad entre ellos, son algunos de los factores principales que minan el entusiasmo en una iglesia. Para edificar "la moral" en su congregación, el pastor ha de encontrar maneras de inspirar el entusiasmo, tales como reconocer el mérito de otros al expresarles su aprecio tan generosamente como sea posible, y ayudar a reducir las tensiones mediante su propia comprensión de los feligreses.¹⁸

Sin embargo, ningún problema objetivo causa que la moral descienda más rápida o completamente que el problema de un líder desanimado. El desaliento es un mal contagioso que se extiende más rápidamente que el sarampión en una escuela rural. Y el ministro está expuesto aún más que otros al desánimo en cuanto al progreso de su iglesia. El debe tener la visión más alta de cómo ha de estar la congregación que él pastorea. Y él experimenta más bruscamente que nadie el contraste devastador entre la situación ideal y la situación presente. Uno que no espera nada no experimenta ninguna desilusión particular cuando nada sucede. Esperar mucho y ver poco: he aquí la fórmula que puede conducir rápidamente al desaliento profundo a cualquier pastor.

La mayoría de nosotros probablemente hemos llegado hasta el enebro debajo del cual se sentó Elías, y le hemos dicho en más de una ocasión: "Muévete, Elías, y déjame sentarme a tu lado." Pero tenemos que aprender, como Elías, el remedio que Dios ofrece para los que están deprimidos.

Dos fases del remedio del Señor para el desaliento profundo de su profeta fueron el compañerismo y el desafío de nuevas actividades y tareas. Ambos, compañerismo y desafío, son muy importantes. Cualquier posición de liderazgo resulta ser un lugar solitario. Como todos los demás, el pastor necesita el compañerismo de sus colegas. En esto yace

el valor de los grupos ministeriales de oración, de los desayunos o almuerzos de compañerismo, y de las asociaciones de varias clases. Además, el llevar vigorosamente adelante otras tareas tiene gran valor terapéutico cuando el ministro confronta la tentación de la depresión o la melancolía.

Pero uno de los aspectos más importantes del remedio divino para el desánimo de Elías fue el descanso y los alimentos y el cuidado de su cuerpo físico. El profeta durmió y comió. En nuestro caso esto podría significar: tome unas vacaciones. Pero en todos los casos significa que el ministro necesita recreación apropiada. Siempre hay quienes se oponen a esta idea diciendo que el diablo nunca toma vacaciones. "De modo que, ¿por qué he de hacerlo yo?" A lo que yo sencillamente contestaría: ¿Desde cuándo es el diablo el dechado para la vida del ministro? El Señor instó a sus discípulos: "Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco" (Marcos 6:31). El hecho de que ese descanso fuese interrumpido no altera la intención original.

El ministerio está sujeto a ciertos riesgos físicos particularmente: la hipertensión, enfermedades del corazón, agotamiento nervioso, y, frecuentemente, úlceras. La declaración de Pablo en Listra: "Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros" (Hechos 14:15), tiene más de una aplicación. Wayne Clarke amonesta a sus hermanos ministeriales al recordarles que "los domingos que no descansamos se cobran interés compuesto después de que nosotros cumplimos cuarenta años de edad".

El doctor Daniel Blain, quien es hijo de ministro, y quien por muchos años fue el director médico de la Asociación Siquiátrica de Estados Unidos, escribió:

El ministro debe procurar establecer un programa adecuado de recreación, descanso y reabastecimiento de sus recursos que le sirva para recuperar sus energías y para nutrir su mente y su espíritu. Uno de los elementos básicos en tal programa es asegurarse del descanso y de la relajación suficientes mediante el sueño, las siestas cotidianas, o simplemente al "flojear" un po-

co. La facultad creadora en grado intenso parece depender de estos períodos de descanso, y frecuentemente las percepciones e inspiraciones nuevas llegan durante tales períodos silenciosos, o inmediatamente después de ellos. Los períodos de oración y de meditación pueden servir el mismo propósito si el ministro está relajado en vez de estar tenso, y si son períodos de esperar en vez de momentos de intensa preocupación. Otro aspecto de tal programa es que debe darle descanso a esas partes muy usadas de su organismo, al activar otras partes menos usadas. De modo que un cambio de actividad o de ocupación puede en sí producir un descanso. Afortunadamente, el ministerio por lo general acarrea una variedad amplia de actividades de modo que a menudo incluye ya un elemento de autorecuperación.¹⁹

La mayoría de nosotros hemos oído esa leyenda de la iglesia primitiva que presenta al anciano apóstol Juan saliendo de vez en cuando a jugar con una bandada de palomas. Las aves aleteaban y se posaban confiadas en sus manos y hombros mientras que Juan les hablaba como si fuesen amigos humanos. Se dice que un día un cazador que pasó por allí expresó su sorpresa de que una persona tan devota como el Apóstol se solazara con tal actividad insignificante. Juan entonces señaló el arco del cazador y le preguntó a éste por qué lo llevaba con la cuerda floja.

"Porque", contestó el cazador, "pierde su fuerza si el arco no tiene oportunidad de enderezarse de vez en cuando."

Sonriendo, Juan le contestó: "Si aun un pedazo de madera necesita aflojarse para mantener su utilidad, ¿por qué se sorprende usted de que un siervo de Cristo relaje de vez en cuando a fin de mantenerse más fuerte para su obra?"²⁰

Cierto pastor que había sufrido una crisis nerviosa completa, y que se había recuperado, escribió anónimamente a sus colegas a través de un artículo publicado en la revista *Christian Advocate*:

Tal vez nos haga provecho preguntarnos a nosotros mismos si estamos tratando de hacer demasiado. Somos importantes, porque ciertamente Dios obra a través de seres humanos. Cuando El quiso revelar completamente su naturaleza, y redimir al mundo, lo hizo mediante una Persona. Y sigue haciéndolo por medio de nosotros.

Empero, es importante también que nosotros recordemos que Dios todavía es Dios. Tal vez algunos de nosotros hayamos estado tratando de "ser Dios", en sentido de que nos hayamos tomado a nosotros mismos con tanta seriedad que hemos sentido la necesidad de trabajar más allá de nuestras fuerzas, y bajo tremenda tensión, en vez de hacer nuestras tareas con la tranquila confianza que nace de razonar que, después de que nosotros le hayamos dado a El todo lo que somos y todos nuestros talentos, la victoria ha de ser de El.

Debemos recordar siempre que jugar es casi tan importante como orar. Debemos poder jugar sin sentirnos culpables por ello. Yo siempre he despreciado a un predicador perezoso, pero seguramente es necesario encontrar actividades sabias de recreo que dan descanso al cuerpo y a la mente porque son diferentes de la rutina general de actividades ministeriales. Tengamos cuidado de la fatiga. El doctor Edgar Spencer Cowles, un especialista en este campo que ejerce su profesión en Nueva York, escribió que él nunca supo de un caso de depresión que no había empezado con fatiga. Cuando nos es difícil dormir, y cuando encontramos que es difícil reírnos, debemos ver la advertencia.²¹

Desde un contexto enteramente diferente, pero completamente atinado al ministerio vienen las palabras del finado Winston Churchill, en su libro intitulado *Painting as a Pastime*:

Para estar realmente contento y realmente seguro, uno debe tener cuando menos dos o tres pasatiempos, y han de ser auténticamente pasatiempos. El cambio es la llave maestra. Un hombre puede desgastar una parte particular de su mente al usarla constantemente y cansarla, tal como puede desgastar los codos de las mangas de su abrigo. Sin embargo, hay esta diferencia entre las células vivientes del cerebro y los artículos inanimados: uno no puede remendar los codos raídos al frotar las mangas o los hombros de la prenda, pero las partes fatigadas de la mente sí pueden ser descansadas y fortalecidas, no meramente por el descanso, sino al usar otras partes del organismo. No es suficiente quitar las luces que se hayan enfocado sobre el campo principal y ordinario de interés; hay que iluminar un campo nuevo de interés. No vale decirles a los fatigados "músculos mentales", si cabe usar tal expresión: "Os daré un buen descanso", o "Saldré para un largo paseo", o "Me acostaré y no pensaré en nada". La mente se mantiene ocupada exactamente como antes. Si ha estado pensando, continúa pensando. Si ha estado preocupada, sigue preocupada. Solamente cuando otras

células entran en actividad, cuando nuevas estrellas llegan a ser señores del reino, sólo entonces se encuentran el alivio, el reposo y el solaz.²²

VI

En su función de supervisor, el pastor también ha de combinar la flexibilidad en métodos con la fidelidad al mensaje de la iglesia. Cualquier otra cosa que esté incluida en el mandato de Jesús a sus discípulos registrado en Lucas 22: 35-36, éste indica los métodos cambiantes requeridos por las circunstancias cambiantes: "Y a ellos dijo: Cuando os envié sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿os faltó algo? Ellos dijeron: Nada. Y les dijo: *Pues ahora*, el que tiene bolsa, tómela, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una" (cursivas del autor).

El doctor J. B. Chapman expresó esto en un capítulo clásico publicado en el libro titulado *Heart Talks with Ministers*. Usando título de su discusión "el mensaje inmutable y los métodos cambiantes", el doctor Chapman dijo:

El mensaje esencial del evangelio es el mismo en todas las edades, pero el método de presentarlo requiere la adaptación a los tiempos y a las condiciones. Tal vez todos aceptemos que hay algo estable y algo que es transitorio. Pero si llegamos a confundirnos y hacer que lo estable sea transitorio, y lo transitorio sea estable, vamos rumbo al desastre.

El modernista, por ejemplo, aferrado a la idea del cambio y de la adaptación, no vacila en adaptar el mensaje esencial y al hacerlo, le roba al evangelio de su poder y expone su propia alma a las consecuencias de la venenosa duda.

Pero aquí está otro hombre, quien está sumamente impresionado con el pensamiento de lo estable, por lo que aplica esta premisa tanto a los métodos como al mensaje, por lo que él y su ministerio llegan a ser anticuados, fuera de moda, y un fracaso. Tal vez salve su propia alma, pero no será capaz de salvar las almas de otros, porque este siervo de Dios es incapaz de ser "de todo para todos los hombres" aun en los asuntos que son solamente incidentales. Hace treinta años (esto fue escrito en los años veinte), parecía que todo lo que un ministro necesitaba era un lugar donde predicar. Pero ahora, la escuela dominical, el trabajo entre los jóvenes y otros departamentos legítimos y útiles de la iglesia tienen que ser alojados y provistos de equipo

que necesitan, y nada de esto puede considerarse como un lujo. Empero, tenemos la tendencia a aferrarnos a "lo que solía ser" en estos asuntos secundarios, y entonces nos negamos a dejarlos atrás, y terminamos acusando a los que quieren hacerlo de que están claudicando.

Pero lo más serio de todo es la exigencia, la demanda que pesa sobre el predicador de adaptarse él mismo, con los años que pasan y con las condiciones que cambian. Es el hábito de los ancianos soñar sueños, mientras que el progreso de la obra de Dios depende de los profetas que pueden ver visiones. Nunca es posible regresar a "lo que solía ser". El movimiento ha de ser siempre en un sentido, hacia adelante, a los campos que nunca han sido explorados.

Algunos predicadores han logrado hacer más y mejor durante la primera década de su ministerio que lo que jamás lograron hacer después. Hasta ese tiempo podían aprender y se podían adaptar. Luego, comenzaron a referirse a precedentes, a guiarse por ellos, y a confiar en "su experiencia" y acabaron muriendo de endurecimiento de las arterias.

Es sólo un paso más allá del éxito cuando el éxito llega a ser un peligro y una trampa. Por lo general un hombre puede lograr el éxito más fácilmente si tiene un poco de éxito en su pasado, o inmediatamente detrás, pero sólo un gran hombre puede tener éxito si tiene mucho éxito detrás de él. Esto no se debe a que el éxito en sí sea un riesgo, sino a que el hombre común y corriente que tiene éxito no cambiará sus métodos con los métodos cambiantes, y en el curso del tiempo, el que una vez estaba "adelante de su propio tiempo" ahora está tan atrasado que tiene más valor para un museo que para cualquier otra cosa.

Aquí está el mensaje inmutable: "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos." Aquí están los límites a los que uno puede llegar para cambiar los métodos de propagar el mensaje: "A todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos."²³

Nunca hemos de confundir la tenacidad con la devoción, o considerar todo cambio como una claudicación. Claro que toda claudicación incluye un cambio, pero también lo incluyen el crecimiento y el progreso. La lealtad a la iglesia del siglo diecinueve, o aun a la iglesia de los años treinta de este siglo puede ser una traición a la iglesia del siglo veinte, o a la de los años setenta. Los organismos vivientes perduran cuando crecen y se adaptan para enfrentarse a nuevas exigencias. La rigidez es una de las señales de la muerte.

General y básicamente las iglesias y sus líderes son conservadores en sus actitudes. Mullen comenta: "No debe sorprender a los ministros que haya sido un predicador quien escribió, en Eclesiastés, las siguientes palabras: '¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol' (Eclesiastés 1:9)." ²⁴

Leonard Chafin anota también algo en este sentido: "Las instituciones tienen la tendencia a preservar lo mejor del pasado, y podemos estar agradecidos por ello. Pero también se inclinan a ser intimidadas por el cambio. La iglesia ha adoptado tanto del espíritu del día que un cambio radical es inconcebible. En la iglesia moderna el pecado cardinal podría bien ser 'trastornar la estabilidad'. La meta de muchos pastores parece ser que las cosas se sigan moviendo, pero tranquilamente. El miembro dedicado es 'uno que coopera'. Este difícilmente es el ambiente que se presta a reflexionar en la misión de la iglesia." ²⁵

La solución de los problemas que encontramos en el área de adaptar métodos a las circunstancias cambiantes yace en mantener lo que Pablo llamó "un sentido de lo que es esencial" (Filipenses 1:10, traducción libre de la versión de Moffatt). Es menester que tengamos una clara comprensión de los aspectos esenciales y de las cosas sin importancia de nuestra santísima fe, y una distinción muy clara entre ambos. El doctor R. T. Williams solía comentar, a guisa de broma, que nada sería peor que asfixiarse con un pedazo de hielo. Una persona a quien le sucediera tal cosa siempre habría razonado que con sólo esperar un poquito de tiempo su problema se habría resuelto. La tragedia ministerial máxima debe ser la de sufrir el martirio por algo que realmente no vale pena.

VII

El liderato pastoral también requiere la capacidad de

trabajar íntima y armoniosamente con los oficiales laicos de la iglesia. El ministro siempre se enfrenta a la posibilidad de que su congregación no elija a las personas que él quiere como miembros de su junta oficial. Y, lo que es más, el pastor va rumbo a problemas muy serios si procura "escoger" los miembros de la junta. Aunque muy poco nos guste, la oposición por lo general es cosa muy sana. En primer lugar, nos mantiene alertas. La prueba suprema de ambos, el carácter y el liderato, puede ser la manera en que uno confronta su oposición.

El laico Leonard Spangenberg escribe en una vena algo irónica para darnos su "receta para una junta oficial típica de una iglesia", que dice así: "Tome uno o dos veteranos, añada un hijo o una hija, agregue un sabelotodo, hágalo todo más salado con una solterona, mézclelo con una persona que sólo haya terminado la escuela primaria y que no tenga más que un solo pensamiento, luego póngalos a todos ellos en un cuarto pequeño y tendrá una muestra algo adecuada de una junta oficial típica de una iglesia." ²⁶

Lo que necesitamos aquí es magnanimidad y paciencia. Es menester que el pastor no identifique sus planes y deseos con la eterna voluntad de Dios. Tiene que evitar lo que de modo terminante ha sido llamado "un complejo de Dios", o sea portarnos como si fuéramos Dios. Pedro amonesta a los que apacientan la grey de Dios a que no se establezcan como "pequeños dioses de hojalata" (1 Pedro 5:3, traducción de la versión de Phillips). D. T. Niles recuerda que su segundo hijo, cuando era niño, le dijo: "Papá, cuando sea grande yo quiero ser predicador." Su padre le preguntó entonces: "¿Por qué?" Todo esto sucedía en el interior del templo donde Niles era pastor. Sin titubear, el niño apuntó hacia el púlpito y contestó: "Quiero pararme allí y decirle a la gente lo que tiene que hacer." ²⁷ La correspondencia algo voluminosa de los laicos recibida durante los últimos nueve años

me convence de que tal actitud no es del todo desconocida entre nosotros.

El pastor ha de cultivar la comprensión con los líderes de la iglesia local, aun cuando haya un "tirano" en ella. El laico definitivamente tiene un punto de vista diferente, que el pastor necesita reconocer y apreciar. ¡Tal vez el laico no siempre esté equivocado! Después de todo, el laico ha visto a otros pastores llegar y salir, pero él se ha quedado y ha seguido pagando, ¡por un tiempo que parece una eternidad!

Tal vez el pastor sepa más que sus laicos en cuanto a lo que debe hacerse en la iglesia, y en realidad no se espera menos de él. Pero el ministro demostraría su inteligencia si espera hasta que los laicos se den cuenta por sí mismos de ello. Spangenberg escribe: "El pastor sabio por lo general obtiene lo que quiere, pero sólo después de que la mayoría lo quiere también. No riñe por asuntos pequeños ni lleva algo a cabo precipitadamente. En una manera serena y considerada él presenta todas las fases de un caso . . . Su 'yo quiero que hagamos esto', y 'yo insisto en aquello', son presentados de tal manera que resulten en cooperación, no en oposición."²⁸

VIII

El pastor-líder debe encargarse de que una organización laica se desarrolle en la iglesia. Ha de recordar que es mucho mejor lograr que trabajen 10 hombres, que hacer él mismo el trabajo de 10 hombres. La función primaria de todo administrador es la selección y la preparación del personal. La prueba más severa de la eficacia administrativa es la de dejar una iglesia unida al sucesor.

El doctor G. B. Williamson escribe: "El pastor que no sabe cómo delegar responsabilidad encontrará muy pronto que tiene tantas tareas secundarias que hacer que no tiene tiempo para invertir en las tareas en las cuales debe interesarse principalmente. En vez de ser grande, es pequeño,

porque siempre está haciendo cosas pequeñas. En vez de ser un ejecutivo, es un recadero."²⁹

Es importante que la iglesia provea maneras de utilizar el tiempo libre que, en forma creciente, están teniendo los laicos en muchos lugares. La actividad productiva y con propósito levanta la moral más rápidamente que cualquier otro factor. Aquí el ideal debe ser: "Una tarea para cada persona, y una persona para cada tarea." Esto es especialmente cierto e importante en las iglesias que tienen normas altas de la vida y la conducta cristianas, pues en estos casos la participación máxima posible de los feligreses ayuda a contrarrestar el peligro de la piedad introspectiva y subjetiva, a costa de una vida espiritual completa. La iglesia que no se organiza para extenderse, a menudo llega a devorarse a sí misma.

El persuadir a las personas competentes a que acepten alguna responsabilidad en la iglesia, y la preparación de buenos líderes para que lleguen a ser mejores, son tareas sin fin. No sería una mala idea organizar un "comité de personal" que funcionara todo el año, desarrollando un programa de adiestramiento activo de líderes futuros, así como de capacitación de los que actualmente desempeñan cierto cargo. El que una persona tenga varios puestos o cargos en su iglesia representa debilidad en vez de fuerza. Y que un laico continúe por mucho tiempo desempeñando el mismo cargo también puede ser un mal indicio. No siempre es un honor el haber servido como superintendente de la escuela dominical por 25 años. ¡Podría significar simplemente que ha requerido tanto tiempo así para quitarlo del puesto! Algo más: el tener cierto cargo por 25 años no siempre significa 25 años de experiencia. Podría significar solamente la experiencia de un año repetida 25 veces.

IX

Casi no es necesario decir que el supervisor del rebaño

necesita tener constantemente presentes las metas espirituales de la iglesia. Toda administración efectiva ha de ser juzgada a la luz de los objetivos de la organización. Es menester que recordemos que el Dios que servimos hace ambas cosas: pesa y cuenta. Nuestra obra ha de ser evaluada tanto por el aspecto de su calidad cuanto por el de cantidad. Estas palabras no deben interpretarse como una defensa o justificación de la pequeñez. Sin embargo, todavía es cierto que "los que viven por la estadística perecerán por la estadística".

Las actitudes personales del pastor en su trabajo administrativo tienen que estar en armonía con las metas esenciales de su ministerio. Una sola manifestación de impaciencia o de porfía en una sesión tensa de la junta oficial de la iglesia puede deshacer los efectos de meses de predicación compasiva. El pastor mismo debe ser un ejemplo de todo lo que predica. Un hombre puede ser al mismo tiempo un criminal y un buen abogado. Puede estar enfermo y a la vez ser un buen médico. Pero nadie puede ser insincero, o superficial en su devoción, y ser un buen pastor. El profesor John Knox, de un prestigioso seminario en la ciudad de Nueva York, escribió: "Cuando pienso en las personas que han influido más en mi vida, descubro que no son aquellas que tenían muchos dones, sino sencillamente personas buenas." Y se dice que Francis Pigou declaró: "Más hombres son ganados para Dios por la santidad que por la inteligencia."

El supervisor debe huir, como huiría de la plaga, de la tendencia a contagiarse con lo que el doctor L. J. DuBois atinadamente llamó "la administrivia". Es posible aliviar el dolor del fracaso en las áreas verdaderamente esenciales del ministerio y de la vida mediante "la anestesia de la actividad".³⁰ Hace muchos años J. H. Jowett declaró: "No siempre estamos haciendo un trabajo más provechoso cuando parece que estamos más ocupados. Podríamos pensar que estamos verdaderamente ocupados cuando en realidad sólo estamos

inquietos, y en esas circunstancias un retiro sin muchas actividades podría enriquecer nuestra vida y aumentar nuestras verdaderas ganancias. Sólo somos grandes cuando Dios nos posee."³¹

Es necesario aceptar que no toda la ocupación del ministro moderno le es impuesta. Frecuentemente, él mismo se busca gran parte de ella. Kyle Haselden se refirió a ello al decir: "En muchos más casos de los que está dispuesto a admitir, el ministro está sobrecargado porque quiere estar sobrecargado. Usa muchos sombreros en la comunidad y en la iglesia porque las funciones múltiples que representan constituyen su única imagen, la imagen que él tiene de sí mismo. El nombre de este hombre es Legión; su sentido de integridad no depende de ser una cosa, sino precisamente de ser muchas cosas. Su ministerio es como una mezcolanza y mientras más pueda agregar a la olla de actividades y de responsabilidades, menos, razona él, tiene que preocuparse de la ausencia del plato principal."³²

Citamos una vez más a Bartlett, quien nos desafía a que consideremos "con toda honradez, ¿cuánta de nuestra actividad tan frecuentemente desacreditada por los que quieren mantener la integridad del ministerio es impuesta, y cuánta es escogida? ¿Hasta qué grado somos impulsados desde adentro, y hasta qué grado somos obligados desde afuera? Esto requiere de nosotros algunos momentos de penetrante honradez, porque una parte impresionante de nuestras actividades parece ser escogida por nosotros mismos. Al reflexionar en el tipo fundamental de alarma, reconocemos que representa que hemos echado mano de lo que nos parece ser una alternativa más fácil, pues es mucho más fácil hacer propaganda que orar. Es más fácil estar en la oficina que en el estudio. Frecuentemente es más fácil servir en un comité que enfrentarnos al asunto de nuestra consagración verdadera a Dios. Tal vez sea difícil reunir el dinero necesario para el presupuesto, pero es infinitamente más difícil levan-

tar un espíritu que ha sido aplastado por las circunstancias de la vida, o por las tensiones internas implacables que atan a los hombres".³³

Ya hemos citado copiosamente al doctor J. B. Chapman en este capítulo, pero quisiera concluirlo con su famosa "Exhortación a los Ministros" que dice así:

Les encargo que mantengan vivos sus corazones en las cosas de Dios. Sean hombres de oración y de fe, y no estén satisfechos con nada menos que un sentido continuo de la presencia de Dios en sus corazones y en sus vidas. Si descubren que su corriente espiritual está baja, llámense a sí mismos a la oración y al ayuno y a humillarse a solas delante de Dios hasta que El derrame su Espíritu de nuevo sobre ustedes. Esto les dará la capacidad de predicar con unción y con poder, y les dará un elemento en su trabajo que no puede describirse en términos de la fuerza y el poder humanos. Insistan en orar todos los días hasta que sepan que Dios los ha oído, y no permitan que nada tome el lugar de esta seguridad divina. Estén seguros de que su vida es limpia y santa. Absténganse de todo lo que parezca malo. ¡Que Dios los ayude como ministros del evangelio a recordar esta exhortación!"³⁴

Referencias

Capítulo 1

1. (Nueva York: Oxford University Press), 1959.
2. *Time* t. 88, n. 16 (21 de octubre de 1966), p. 118.
3. Davies, *op. cit.*, p. 8.
4. T. XI, n. 8 (20 de enero de 1967), p. 25.
5. Jack Elinson, Elona Padilla, Marvin E. Perkins, *Public Image of Mental Health Services*, de acuerdo al informe en el *Mail Tribune* de Medford, Ore., 26 de mayo de 1967.
6. (Nueva York: Abingdon Press, 1963), p. 110.
7. *Ibid.*, pp. 20, 33.
8. *The Incendiary Fellowship* (Nueva York: Harper and Row, 1967), pp. 37-38.
9. Citado; Mullen, *op. cit.*, p. 35.
10. *For Preachers and Other Sinners* (Nueva York: Harper and Row, 1964), p. 37.
11. En el Congreso Mundial de Evangelismo, 2 de noviembre de 1966.
12. Citado, editorial, *Vital Christianity*, t. 86, n. 38 (18 de septiembre de 1966), p. 16.
13. *Man: The Dwelling Place of God* (Harrisburg, Pa.: Christian Publications, 1966), pp. 167-68.
14. *Op. cit.*, p. 44.
15. *Op. cit.*, pp. 117-18.
16. De G. Paul Butler, ed., *Best Sermons*, edición protestante (Princeton, N. J.: D. Van Nostrand Company, Inc., 1964), IX, 198.
17. (Nueva York: Harper and Brothers, 1962), p. 20.
18. Introducción en Mullen, *op. cit.*, p. 8.
19. Citado por C. William Fisher, *Evangelistic Moods, Methods, and Messages* (Kansas City, Mo.: Beacon Hill Press of Kansas City, 1967), p. 115.
20. *Psycho-Cybernetics* (Nueva York: Prentice-Hall, Inc. 1960).
21. Citado por H. C. Brown, hijo, en A. W. Blackwood, ed., *Special-Day Sermons for Evangelicals* (Great Neck, Nueva York: Channel Press, Inc., 1961), pp. 396-97.
22. *The Cross in the Marketplace* (Waco, Tex.: Word Books, 1966), p. 51.
23. Webster, *Third International Dictionary*, *ad loc.*
24. De acuerdo a Kenneth E. Boulding, *The Image: Knowledge in Life and Society* (Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1956).
25. Los últimos tres puntos, expresados por Paul S. Minear, acerca de las "imágenes" de la iglesia, son apropiados para la imagen del ministerio; véase *Images of the Church in the New Testament* (Filadelfia: The Westminster Press, 1960), pp. 22-24.

26. (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1961), p. 7. Las "Conferencias Payton" en Fuller Theological Seminary, Pasadena, Calif.
27. (Great Neck, N. Y.: The Channel Press, 1961), p. 26.
28. Citado por George K. Bowers, *God Here and Now* (Anderson, Ind.: The Warner Press, 1961), p. 65.
29. *Op. Cit.*, pp. 134-35.
30. "Isaiah", t. 1, *The Speaker's Bible*, redactado por Edward Hastings (Aberdeen, Escocia: "The Speaker's Bible" Office, 1934) p. 49.
31. *Positive Preaching and the Modern Mind* (Nueva York: George H. Doran Company, 1907), p. 101.
32. Un boletín hecho en mimeógrafo, ninguna fuente provista.
33. *Christian Ministry* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1959), p. 16.
34. Derechos, Zondervan Publishing House. Usado con permiso.

Capítulo 2

1. *An Outline of Old Testament Theology* (Boston: Charles T. Branford Company, 1958), p. 256.
2. *Ibid.*, p. 258.
3. H. H. Rowley, *The Faith of Israel: Aspects of Old Testament Thought* (Filadelfia: The Westminster Press, 1956), p. 39.
4. Véase Ludwig Kohler, *Old Testament Theology*, trad. A. S. Todd (Filadelfia: The Westminster Press, 1957), p. 165.
5. *Preaching from the Prophets* (Nueva York: Harper and Brothers, 1942), p. 7.
6. Véase Vriezen, *op. cit.*, p. 266.
7. (Nueva York: The Macmillan Co., 1949), p. 197.
8. *Theology of the Old Testament*, trad. J. A. Baker (Filadelfia: The Westminster Press, 1961), I, 436.
9. *Op. cit.*, p. 7.
10. *The Letter to the Romans* (Filadelfia: The Westminster Press, 1957), p. 2.
11. *Growing Spiritually* (Nashville: Abingdon Press, 1953), p. 108.
12. 3 de noviembre de 1966, Berlín, Alemania Occidental.
13. Citado, William Barclay, *Fishers of Men* (Filadelfia: The Westminster Press, 1966), p. 37.
14. Citado, John C. Thiessen, *Pastoring the Smaller Church* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1962), p. 39.
15. En el Congreso Mundial de Evangelismo, Berlín, 3 de noviembre de 1966.
16. (Buenos Aires: Editorial La Aurora, 1973), pp. 35-36.
17. *Trueblood*, *op. cit.*, p. 43.
18. Citado por Anthony T. Hanson, *The Church of the Servant* (Naperville, Ill.: SCM Book Club, 1962), p. 61.
19. *Towards the Conversion of England*, p. 66; citado por Leighton

Ford, *The Christian Persuader* (Nueva York: Harper and Row, 1966), p. 138.

20. W. E. Vine, *An Expository Dictionary of New Testament Words* (London: Oliphants, Ltd., 1940), III, 221.
21. *Ibid.*, citado de *Notes on Thessalonians* por Hogg y Vine, p. 196.
22. *Fishers of Men*, p. 65.
23. *The Soul of Prayer*, (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1916), p. 77.

Capítulo 3

1. (Filadelfia: The Westminster Press, 1960), p. 98.
2. (Naperville, Ill.: SCM Book Club, 1964), p. 83.
3. James Kennedy, *Minister's Shop-Talk* (Nueva York: Harper and Row, 1965), p. 49.
4. Roy Pearson, *The Ministry of Preaching* (Nueva York: Harper and Brothers, 1959), p. 78.
5. "We Never Had It So Good", *Pulpit Digest*, XL, n. 261 (enero de 1960), p. 15.
6. (Kansas City, Mo.: Beacon Hill Press of Kansas City, 1967), p. 50.
7. Citado, Barclay, *Fishers of Men*, p. 17.
8. Citado Phillip Watson, *The Message of the Wesleys* (Nueva York: The Macmillan Co., 1964), p. 184.
9. Carta a John Trembath, 17 de agosto de 1760; citado por Watson, *op. cit.*, pp. 183-84.
10. Citado por Thielicke, *op. cit.*, p. 182.
11. *Op. cit.*, p. 23.
12. *The Christian Intellectual* (Nueva York: Harper and Row, 1965), p. 124.
13. Leslie J. Tizard, *Preaching: The Art of Communication* (Nueva York: Oxford University Press, 1959), p. 29.
14. *Op. cit.*, p. 106.
15. J. Clyde Henry cita en la introducción a Clarence E. Macartney, *Autobiography: The Making of a Minister* (Great Neck, N. Y.: Channel Press, Inc., 1961), p. 20.
16. *The Mind of Saint Paul* (Nueva York: Harper and Brothers, 1958), pp. 137-38.
17. Citado en Thielicke, *op. cit.*, p. 192.
18. Citado por Stephen Neill, ed., *Twentieth Century Christianity* (Garden City, N. Y.: Doubleday and Co., Inc., 1963), p. 404.
19. *The Word in Worship* (London: Oxford University Press, 1962), p. 128.
20. *Op. cit.*, p. 47.
21. James Kennedy, *op. cit.*, p. 68.
22. El obispo Goodwin Hudson en el Congreso Mundial de Evangelismo, Berlín, Alemania Occidental, 2 de noviembre de 1966.
23. Citado por Barclay, *Fishers of Men*, p. 102.

24. *Ibid.*, p. 104.
25. *For Preachers and Other Sinners*, p. 4.
26. *Op. cit.*, p. 3.
27. *Bulletin*, Fuller Theological Seminary, abril de 1966.
28. En el Congreso Mundial de Evangelismo, 30 de octubre de 1966.
29. *New Directions in Theology Today*, t. 1, Introducción (Filadelfia: The Westminster Press, 1966), pp. 141 y ss.
30. P. 51.
31. *The Theology of Evangelism* (Nashville: Broadman Press, 1966), p. 28.
32. Citado por J. A. Davison, "Rehabilitating the Sermon", *Church Management*, junio de 1966, p. 7.
33. *Op. cit.*, pp. 25, 33-34.
34. *Pepper 'n Salt* (Westwood, N. J.: Fleming H. Revell Company, 1966), p. 29.
35. En el Congreso Mundial de Evangelismo, 26 de octubre de 1966.
36. *Op. cit.*, pp. 151-52.
37. *The False Prophet* (Nueva York: Abingdon Press, 1965), p. 89.
38. *Op. cit.* p. 77.
39. *The Minister's Own Mental Health* (Great Neck, N. Y.: Channel Press, Inc., 1961), p. 16.
40. *Op. cit.*, p. 47.
41. *Christian Advocate*, 13 de septiembre de 1962, p. 10.
42. *Ibid.*
43. *Fishers of Men*, pp. 107-08.
44. *Op. cit.*, pp. 113-14.

Capítulo 4

1. *Revelation and Reason*, p. 142; citado, Bartlett, *op. cit.*, p. 38.
2. *Op. cit.*, p. 48.
3. Carl F. H. Henry, editor (Great Neck, N. Y.: Channel Press, 1957), p. 161.
4. Véase Bartlett, *op. cit.*, p. 54.
5. *Power in Expository Preaching* (Westwood, N. J.: Fleming H. Revell Co., 1963), p. 134.
6. *The Essential Nature of New Testament Preaching* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1960), p. 153.
7. Keir, *op. cit.*, p. 121.
8. *Op. cit.*, p. 53.
9. *The Word God Sent* (Nueva York: Harper and Row, 1965), p. 77.
10. Jesse Burton Weatherspoon, *Sent Forth to Preach* (Nueva York: Harper and Brothers, 1954), p. 62.
11. *The Old Testament in Christian Preaching* (Filadelfia: The Westminster Press, 1961), p. 61.
12. Citado, Weatherspoon, *op. cit.*, p. 92.

13. Con disculpas a P. T. Forsyth, *Positive Preaching and the Modern Mind*.
14. *The Preacher's Task and the Stone of Stumbling* (Nueva York: Harper and Brothers, 1958), p. 34.
15. P. 103.
16. *Op. cit.*, p. 13.
17. "Simeon Stylites", *Christian Century*, LXXVII, n. 11 (16 de marzo de 1960), p. 335.
18. William Barclay, *Corinthians: Daily Bible Study* (Filadelfia: The Westminster Press, 1956), p. 131.
19. *Holiness, the Finished Foundation* (Winona Lake, Ind.: Light and Life Press, 1963), pp. 112-13.
20. 2 de noviembre de 1966.
21. William M. Elliott, hijo, *Power to Master Life* (Nueva York: Abingdon Press, 1964), p. 96.
22. (Filadelfia: The Westminster Press, 1954), p. 50.
23. *Op. cit.*, p. 114.
24. En el Congreso Mundial de Evangelismo, 3 de noviembre de 1966.
25. Thielicke, *op. cit.*, p. 71.
26. *Ibid.*, p. 55.
27. *Loc. cit.*
28. *Op. cit.*, p. 44.
29. *Op. cit.*, pp. 4-5.
30. *Op. cit.*, p. 51.
31. *The Servant of the Word* (Nueva York: Charles Scribner and Sons, 1942), p. 51.
32. Sugerido por Robert C. Strom en *Behold a New Thing*, ed. Robert B. Cunningham (Department of Evangelism, United Presbyterian Church, s. f.), p. 34.
33. Citado de *Table Talk*, por Ralph G. Turnbull, *A Minister's Obstacles* (Westwood, N. J.: Fleming H. Revell, 1946), p. 181.
34. Citado, Paul S. Rees, *Stir Up the Gift* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1952), p. 137.
35. Citado, John Broadus, *The Preparation and Delivery of Sermons* (Nueva York: Harper and Brothers, 1926), p. 242.
36. Citado, Thielicke, *op. cit.*, p. 91.
37. *Op. cit.*, p. 276.
38. *The Fine Art of Preaching* (Nueva York: The Macmillan Co., 1937), p. 30.
39. H. Grady Davis, *Design for Preaching* (Filadelfia: Fortress Press, 1958), p. 120.
40. *Ibid.*, pp. 120-21.
41. *Ibid.*, p. 125.
42. *Op. cit.*, III, pp. 221-22.
43. *Loc. cit.*
44. *Op. cit.*, p. 109.

45. Citado, *ibid.*, p. 93.
46. Weatherspoon, *op. cit.*, p. 71.
47. *Growing Spiritually*, p. 195.
48. Clifford, *op. cit.*, p. 27.
49. *Op. cit.*, p. 41.
50. *Expository Preaching Plans and Methods*, pp. 12-13. Véase también la analogía del doctor J. B. Chapman: "Tememos que a veces los hombres piensan en la verdad abstracta como algo que posee poder para renovar y guiar correctamente, y que recalcan la educación al punto de eclipsar la regeneración y la religión vital. La verdad abstracta puede ser comparada con un cable que, aunque sea muy necesario, está frío y muerto e incapacitado si no lo satura la corriente eléctrica, ardiente y poderosa. Pero de la misma manera en que el cable que está saturado con la corriente eléctrica está 'vivo', así también está viva la verdad cuando la acompaña el Espíritu.
- "Y de la misma manera que un cable de plata provee un vehículo mucho mejor para la corriente que un tronco de madera, así también la doctrina clara, definida y bíblica provee un canal mejor para el Espíritu Santo que lo que provee una doctrina que está mezclada con el error y con la equivocación. Pero de la misma manera en que un cable de la conductibilidad más fino no puede hacer ningún trabajo útil sin la corriente, tampoco puede la ortodoxia más perfecta lograr obra genuina alguna de salvación aparte del Espíritu" (*Herald of Holiness*, 23 de marzo de 1927, p. 1).
51. Alexander Maclaren: citado por Whitesell, *op. cit.*, p. 142.
52. Charles E. Moser, "Portrait of a Minister", *Pulpit Digest*, junio de 1962.
53. *Op. cit.*, p. 54.
54. Citado por Stott, *op. cit.*, p. 58.
55. *Op. cit.*, pp. 127-32.
56. Citado por James S. Stewart, *Heralds of God* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1946), p. 121.
57. *Op. cit.*, p. 24.
58. *Religion and Culture*, p. 236; citado por Howard Williams, *Down To Earth* (Naperville, Ill.: SCM Book Club, 1946), p. 76.
59. *An Introduction to the Theology of the New Testament* (Nueva York: Harper and Brothers, 1959), p. 78.
60. *Op. cit.*, p. 50.
61. *The Moral Foundations of Life* (Londres: Marshall, Morgan and Scott, Ltd., 1962), p. 20.
62. *Op. cit.*, p. 47.
63. El autor no ha podido encontrar la página exacta en *The Future Is Upon Us* (Nueva York: Abingdon Press, 1962).
64. *The Preacher, His Life and Work*, p. 107; citado, Stott, *op. cit.*, p. 91.
65. *Fishers of Men*, p. 109.
66. *Op. cit.*, pp. 116-17.
67. Earl H. Ferguson en Wayne Oates, *op. cit.*, p. 130.

68. Weatherspoon, *op. cit.*, p. 58.
69. *The Essentials of Evangelism* (Nashville: General Board of Evangelism, The Methodist Church, 1946), p. 67.
70. *Op. cit.*, pp. 104-05.
71. *Scottish Journal of Theology*, XII, n. 3 (septiembre de 1959), p. 329.
72. *The Principle of Authority*, p. 178; citado por Donald Macleod, "The Creative Preacher", *Bulletin of Crozer Theological Seminary*, abril de 1962, p. 5.
73. *Op. cit.*, p. 75.
74. *Dynamic Preaching* (Westwood, N. J.: Fleming H. Revell, 1960), p. 46.

Capítulo 5

1. Citado por Charles F. Kemp, *Pastoral Preaching* (San Luis, Mo.: The Bethany Press, 1963), pp. 20-21.
2. Citado por Clifford, *op. cit.*, p. 65.
3. *Ibid.*, p. 64.
4. *Op. cit.*, p. 17.
5. Citado, George K. Bowers, *op. cit.*, pp. 105-06.
6. Homer A. Kent, *The Pastor and His Work* (Chicago: The Moody Press, 1963), p. 211.
7. *The Minister and the Care of Souls* (Nueva York: Harper and Brothers, 1961), p. 9.
8. Citado por Frederic Greeves, *Theology and the Cure of Souls* (Manhasset, N. Y.: Channel Press, Inc., 1962), p. 10.
9. *Ibid.*, p. 11.
10. *Among Friends: An Autobiography*; Citado por James Kennedy, *op. cit.*, pp. 162-63.
11. Kenneth Geiger, ed., *Further Insights into Holiness* (Kansas City, Mo.: Beacon Hill Press, 1963), p. 309.
12. "On the Work of the Pastor", *The Christian*, t. C, n. 47 (25 de noviembre de 1962), p. 15.
13. *Op. cit.*, pp. 73-80.
14. *The Approach to Preaching* (Filadelfia: The Westminster Press, 1953), p. 80.
15. "La enseñanza del Nuevo Testamento con referencia al Espíritu Santo es un depósito indispensable de sabiduría para la práctica del aconsejamiento pastoral. Especialmente pertinente en la versión *Revised Standard* es el nombre del Paraclete como 'el Consejero'. Esta traducción del nombre ciertamente es la descripción apropiada del carácter de Dios tal como se ve en ambos Testamentos" —Wayne C. Oates, *Protestant Pastoral Counseling* (Filadelfia: The Westminster Press, 1962), p. 57.
16. *Op. cit.*, pp. 83-87, 115-16.
17. *Op. cit.*, p. 169.
18. *Ibid.*, p. 105.

19. Citado, Mullen, *op. cit.*, p. 98.
20. Oates, *op. cit.*, p. 59.
21. *Ibid.*, pp. 153-54.
22. *Ibid.*, p. 247.
23. *Op. cit.*, p. 91.
24. *Op. cit.*, p. 107.
25. Autor desconocido; citado por Alexander Stewart, *The Shock of Revelation* (Nueva York: The Seabury Press, 1967), p. 144.

Capítulo 6

1. *Op. cit.*, I, pp. 128-29.
2. (Filadelfia: Muhlenberg Press, 1961), p. 84.
3. Informado por Joseph T. Bayly, respecto al doctor Harold England, en el *Advent Christian Witness*, mayo de 1962, p. 4.
4. Oates, *op. cit.*, p. 124.
5. Citado por Bartlett, *op. cit.*, p. 62.
6. En Cunningham, *op. cit.*, p. 21.
7. *Op. cit.*, p. 90.
8. (Nueva York: Harper and Row, 1966), pp. 47-48.
9. Bartlett, *op. cit.*, p. 76.
10. *Loc. cit.*
11. H. B. Trecker, citado por W. Curry Mavis, *Advancing the Smaller Local Church* (Winona Lake, Ind.: Light and Life Press, 1957), p. 88.
12. Leonard Mayo; citado por Mavis, *loc. cit.*
13. Citado por Trueblood, *op. cit.*, pp. 35-36.
14. (Kansas City: Beacon Hill Press, 1952), pp. 171-78.
15. *Op. cit.*, p. 88.
16. "Blueprint for a Seminary", *Religion in Life*, Winter, 1946-47, p. 211.
17. Citado en *Together*, enero de 1961.
18. *Op. cit.*, p. 4.
19. En Oates, *The Minister's Own Mental Health*, pp. 29-30.
20. Narrado por Paul S. Rees, *Prayer and Life's Highest* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1956), pp. 42-43.
21. 20 de diciembre de 1962, p. 15.
22. Citado por Ralph Turnbull, *op. cit.*, pp. 119-20.
23. Reimpreso en *Herald of Holiness*, LVI, n. 14 (24 de mayo de 1967), p. 9.
24. No se aplica.
25. *Help! I'm a Layman* (Waco, Tex.: Word Books, 1966), p. 87.
26. *Minding Your Church's Business* (Kansas City: Beacon Hill Press, 1942), p. 16.
27. Paul S. Rees, *Triumphant in Trouble* (Westwood, N. J.: Fleming H. Revell Co., 1962), p. 127.
28. *Op. cit.*, p. 17.
29. *Op. cit.*, p. 173.

30. Frase inventada por Gene Bartlett, *op. cit.*, p. 131.
31. Citado por Turnbull, *op. cit.*, p. 102.
32. *The Urgency of Preaching*, p. 110; citado, Stevenson *op. cit.*, p. 100.
33. *Op. cit.*, pp. 131-32.
34. Citado del programa de un retiro pastoral distrital.

Bibliografía

LIBROS

- ARNOLD, MILO L. *The Adventure of the Christian Ministry*. Kansas City, Mo.: Beacon Hill Press of Kansas City, 1967.
- AUTREY, C. E. *The Theology of Evangelism*. Nashville: Broadman Press, 1966.
- BARCLAY, WILLIAM. *Corinthians*. "The Daily Bible Study." Filadelfia: The Westminster Press, 1956.
- . *The Epistle to the Hebrews*. "The Daily Bible Study." Filadelfia: The Westminster Press, 1955.
- . *Fishers of Men*. Filadelfia: The Westminster Press, 1966.
- . *The Letter to the Romans*. "The Daily Bible Study." Filadelfia: The Westminster Press, 1957.
- . *The Mind of Saint Paul*. Nueva York: Harper and Brothers, 1958.
- . *The Promise of the Spirit*. Filadelfia: The Westminster Press, 1960.
- BARTH, KARL. *Prayer and Preaching*. Naperville, Ill.: SCM Book Club, 1964.
- BARTLETT, GENE E. *The Audacity of Preaching*. The Lyman Beecher Lectures. Nueva York: Harper and Brothers, 1962.
- BLAKWOOD, ANDREW W. *Special-Day Sermons for Evangelicals*. Great Neck, N. Y.: Channel Press, Inc., 1961.
- . *The Fine Art of Preaching*. Nueva York: The Macmillan Co., 1937.
- BOULDING, KENNETH E. *The Image: Knowledge in Life and Society*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1956.
- BOWERS, GEORGE K. *God Here and Now*. Anderson, Ind.: The Warner Press, 1961.
- BROADUS, JOHN. *The Preparation and Delivery of Sermons*. Nueva York: Harper and Brothers, 1926.
- BROMILEY, G. W. *Christian Ministry*. Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1959.
- BUTLER, G. PAUL, ed. *Best Sermons*: t. IX, 1964, Protestant Edition. Princeton, N. J.: D. Van Nostrand Company, Inc., 1964.
- CHAFIN, KENNETH. *Help! I'm a Layman*. Waco, Tex.: Word Books, 1966.
- CHAMBERS, OSWALD. *The Moral Foundations of Life*. Third Edition. Londres: Marshall, Morgan and Scott, Ltd., 1962.
- CLARKE, JAMES W. *Dynamic Preaching*. Westwood, N. J.: Fleming H. Revell, 1960.
- CLIFFORD, PAUL ROWNTREE. *The Pastoral Calling*. Great Neck, N. Y.: Channel Press, 1961.
- CUNNINGHAM, ROBERT B., ed. *Behold a New Thing*. Department of Evangelism, United Presbyterian Church in the U. S. A., s. f.
- CUSHMAN, RALPH SPAULDING. *The Essentials of Evangelism*. Nashville: General Board of Evangelism, The Methodist Church, 1946.
- DAVIES, D. R. *On to Orthodoxy*. Nueva York: The Macmillan Co., 1949.
- DAVIES, HORTON. *A Mirror of the Ministry in Modern Novels*. Nueva York: Oxford University Press, 1959.
- DAVIES, HENRY GRADY. *Design for Preaching*. Filadelfia: Fortress Press, 1958.
- EICHRODT, WALTHER. *Theology of the Old Testament*. t. I. trad. por J. A. Baker. Filadelfia: The Westminster Press, 1961.
- ELLIOTT, WILLIAM M., hijo. *Power to Master Life*. The Message of Phillipians for Today. Nueva York: Abingdon Press, 1964.
- FARMER, HERBERT H. *The Servant of the Word*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1942.
- FISHER, WILLIAM. *Evangelistic Moods, Methods, and Messages*. Kansas City, Mo.: The Beacon Hill Press of Kansas City, 1967.
- FORD, LEIGHTON. *The Christian Persuader*. Nueva York: Harper and Row, 1966.
- FORSYTH, P. T. *Positive Preaching and the Modern Mind*. Nueva York: George H. Doran Company, 1907.
- . *The Soul of Prayer*. Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., segunda edición.
- GEIGER, KENNETH, ed. *Further Insights into Holiness*. Kansas City, Mo.: The Beacon Hill Press of Kansas City, 1963.
- GREEVES, FREDERIC. *Theology and the Cure of Souls*. Manhasset, N. Y.: Channel Press, Inc., 1962.
- HANSON, ANTHONY T. *The Church of the Servant*. Naperville, Ill.: SCM Book Club, 1962.
- HAVNER, VANCE. *Pepper 'n Salt*. Westwood, N. J.: Fleming H. Revell Company, 1966.
- HENRY, CARL F. H., ed., *Contemporary Evangelical Thought*. Great Neck, N. Y.: Channel Press, 1957.
- HORDERN, WILLIAM. *New Directions in Theology Today*. t. I, Introduction. Filadelfia: The Westminster Press, 1966.
- JONES, E. STANLEY. *Growing Spiritually*. Nueva York: Abingdon Press, 1953.
- KEIR, THOMAS H. *The Word in Worship*. Londres: Oxford University Press, 1962.
- KEMP, CHARLES F. *Pastoral Preaching*. San Louis, Mo.: The Bethany Press, 1963.
- KENNEDY, GERALD. *For Preachers and Other Sinners*. Nueva York: Harper and Row, 1964.
- KENNEDY, JAMES. *Minister's Shop-Talk*. Nueva York: Harper and Row, 1965.
- KENT, HOMER A., *The Pastor and His Work*. Chicago: The Moody Press, 1963.

- KOHLER, LUDWIG. *Old Testament Theology*. Trad. por A. S. Todd. Filadelfia: The Westminster Press, 1957.
- MACARTNEY, CLARENCE E. *Autobiography: The Making of a Minister*. J. Clyde Henry ed. Great Neck, N. Y.: Channel Press, Inc., 1961.
- MALTZ, MAXWELL. *Psycho-Cybernetics*. Nueva York: Prentice-Hall, 1960.
- MAVIS, W. CURRY. *Advancing the Smaller Local Church*. Winona Lake, Ind.: Light and Life Press, 1957.
- MINEAR, PAUL S. *Images of the Church in the New Testament*. Filadelfia: The Westminster Press, 1960.
- MOUNCE, ROBERT H. *The Essential Nature of New Testament Preaching*. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1960.
- MULLEN, THOMAS J. *The Renewal of the Ministry*. Nueva York: Abingdon Press, 1963.
- NEL, STEPHEN, ed., *Twentieth Century Christianity*. Dolphin Books; Garden City, N. Y.: Doubleday and Co., Inc., 1963.
- NILES, DANIEL T. *The Preacher's Task and the Stone of Stumbling*. Nueva York: Harper and Brothers, 1958.
- OATES, WAYNE E. *Protestant Pastoral Counseling*. Filadelfia: The Westminster Press, 1962.
- . ed., *The Minister's Own Mental Health*. Great Neck, N. Y.: Channel Press, Inc., 1961.
- PEARSON, ROY. *The Ministry of Preaching*. Nueva York: Harper and Brothers, 1959.
- PELIKAN, JAROSLAV. *The Christian Intellectual*. Nueva York: Harper and Row, 1965.
- REES, PAUL S. *Prayer and Life's Highest*. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1956.
- . *Stir Up the Gift*. Gran Rapids: Zondervan Publishing House, 1952.
- . *Triumphant in Trouble*. Westwood, N. J.: Fleming H. Revell Co., 1962.
- RICHARDSON, ALAN. *An Introduction to the Theology of the New Testament*. Nueva York: Harper and Brothers, 1959.
- ROWLEY, H. H. *The Faith of Israel*. Filadelfia: The Westminster Press, 1956.
- SANGSTER, W. E. *The Approach to Preaching*. Filadelfia: The Westminster Press, 1953.
- SCHERER, PAUL. *The Word God Sent*. Nueva York: Harper and Row, 1965.
- SCHROEDER, FREDERICK W. *Preaching the Word with Authority*. Filadelfia: The Westminster Press, 1954.
- SITTLER, JOSEPH. *The Ecology of Faith*. Filadelfia: Muhlenberg Press, 1961.
- SMITH, GEORGE ADAM. "Isaiah, Vol. I." *The Speaker's Bible*, ed. por Edward Hastings. Aberdeen, Escocia: "The Speaker's Bible" Office, 1934.
- SMITH, ROY L. *The Future Is upon Us*. Nueva York: Abingdon Press, 1962.
- STEVENSON, DWIGHT E. *The False Prophet*. Nueva York: Abingdon Press, 1965.
- STEWART, ALEXANDER. *The Shock of Revelation*. Nueva York: The Seabury Press, 1967.

- STEWART, JAMES S. *Heralds of God*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1946.
- STOTT, JOHN R. W. *The Preacher's Portrait*. Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1961.
- TAYLOR, J. PAUL. *Holiness, the Finished Foundation*. Winona Lake, Ind.: Light and Life Press, 1963.
- THIELICKE, HELMUT. *Encounter with Spurgeon*. Filadelfia: Fortress Press, 1963.
- THIESSEN, JOHN CALDWELL. *Pastoring the Smaller Church*. Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1962.
- TIZARD, LESLIE J. *Preaching: The Art of Communication*. Nueva York: Oxford University Press, 1959.
- TOOMBS, LAWRENCE E. *The Old Testament in Christian Preaching*. Filadelfia: The Westminster Press, 1961.
- TOZER, A. W. *Man, the Dwelling Place of God*. Harrisburg, Pa.: Christian Publications, Inc., 1966.
- TRUEBLOOD, D. ELTON. *The Incendiary Fellowship*. Nueva York: Harper and Row, 1967.
- TURNBULL, RALPH G. *A Minister's Obstacles*. Revisado. Westwood, N. J.: Fleming H. Revell, 1946.
- VALENTINE, FOY. *The Cross in the Marketplace*. Waco, Tex.: Word Books, 1966.
- VINE, W. E. *An Expository Dictionary of New Testament Words*. Londres: Oliphants, Ltd., 1940.
- VRIEZEN, TH. C. *An Outline of Old Testament Theology*. Boston, Mass.: Charles T. Branford Company, 1958.
- WATSON, PHILIP S. *The Message of the Wesleys*. Nueva York: The Macmillan Co., 1964.
- WEATHERSPOON, JESSE BURTON. *Sent Forth to Preach*. Nueva York: Harper and Brothers, 1954.
- WHITESSELL, FARIS D. *Power in Expository Preaching*. Westwood, N. J.: Fleming H. Revell, 1963.
- WILLIAMS, DANIEL DAY. *The Minister and the Care of Souls*. Nueva York: Harper and Brothers, 1961.
- WILLIAMS, HOWARD. *Down to Earth*. Naperville, Ill.: SCM Book Club, 1964.
- WILLIAMSON, G. B. *Overseers of the Flock*. Kansas City, Mo.: Beacon Hill Press of Kansas City, 1952.
- YATES, KYLE M. *Preaching from the Prophets*. Nueva York: Harper and Brothers, 1942.

ARTÍCULOS

- CHAPMAN, J. B. "The Unchanging Message and the Changing Methods." *Herald of Holiness*, t. LVI, n. 14 (24 de mayo de 1967), reimpression.
- DAVISON, J. A. "Rehabilitating the Sermon." *Church Management*, t. XLII, n. 9 (junio de 1966).

- GARRISON, CLAUDE. "Fresh out of Boot Camp." *Christian Advocate* (13 de septiembre de 1962).
- KEMP, CHARLES F. "On the Work of the Pastor." *The Christian*, t. C, n. 47 (25 de noviembre de 1962).
- KENNEDY, GERALD. "We Never Had It So Good." *Pulpit Digest*, t. XL, n. 261 (enero de 1960).
- LUCOCK, HALFORD. "Simeon Stylites." *Christian Century*, t. LXXVII, n. 11 (16 de marzo de 1960).
- MACLEOD, DONALD. "The Creative Preacher." *Bulletin of Crozer Theological Seminary* (abril de 1962).
- MOSER, CHARLES E. "Portrait of a Minister." *Pulpit Digest* (junio de 1962).

LMI—2310